

UNIVERSIDAD NACIONAL
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE
MAESTRÍA PROFESIONAL EN TRADUCCIÓN (INGLÉS – ESPAÑOL)

A Winter in Central America and Mexico:
Vocabulario portador del sentido histórico en la traducción de un texto de importancia
histórico-cultural

Traducción e Informe de Investigación

Trabajo de graduación para aspirar al grado de
Magíster en Traducción
(Inglés – Español)

Presentado por

LAURA PATRICIA VIDES CHAVARRÍA
112500702

2012

A Winter in Central America and Mexico:
**Vocabulario portador del sentido histórico en la traducción de un texto de importancia
histórico-cultural**

Presentado por

LAURA PATRICIA VIDES CHAVARRÍA

El 10 de noviembre de 2012

TRIBUNAL CALIFICADOR:

Dra. Judit Tomcsányi

Profesora encargada

Seminario de Traductología III

.....

Dr. Carlos Francisco Monge

Profesor lector

.....

M.A. Sherry E. Gapper

Coordinadora

Plan de Maestría en Traducción

.....

Laura Patricia Vides Chavarría

Postulante

.....

La traducción que se presenta en este tomo se ha realizado para cumplir con el requisito curricular de obtener el grado académico de la Maestría en Traducción Inglés – Español de la Universidad Nacional.

Ni la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, ni la traductora, tendrán ninguna responsabilidad en el uso posterior que de la versión traducida se haga, incluida su publicación.

Corresponderá a quien desee publicar esa versión gestionar ante las entidades pertinentes la autorización para su uso y comercialización, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del que es depositaria la traductora. En cualquiera de los casos, todo uso que se haga del texto y de su traducción deberá atenerse a los alcances de la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, vigente en Costa Rica.

*A mí misma,
porque con mucho esfuerzo y perseverancia
logré ponerle punto final a un capítulo más de mi vida.*

Agradecimientos

La primera persona que merece mi infinita gratitud no es otra más que mi madre, pues su confianza en mi capacidad para realizar de manera exitosa este trabajo fue el principal motivo para comenzar, desarrollarlo y concluirlo. La agonía que le hice padecer, los llantos que le hice escuchar, y los argumentos sin sentido que tuvo que soportar, la convierten en la principal merecedora de mi trabajo. Infinitas gracias, madre mía, por recordarme el dolor del esfuerzo y la perseverancia, así como su valor en este mundo corrompido por el materialismo. Te amo infinito, madre.

Quiero agradecer a mi padre y hermanos por su constante apoyo durante este proceso, ya que sin sus palabras alentadoras y sin su confianza en mí no habría podido continuar creyendo que alcanzaría tan importante meta. No tengo cómo agradecerles la paciencia que me tuvieron y el amor que me demostraron en todo momento para no caer y mantenerme firme hasta el final. Los amo mucho, padre mío, Mau y José.

Mis agradecimientos van dirigidos también a mi compañera Noelia, con quien compartí la dura experiencia de realizar un trabajo como el presente, y quien a lo largo del camino me sostuvo en momentos de desesperación y me dio buenas razones para seguir adelante. Espero que mis palabras de aliento te hayan ayudado también a ponerle punto final a este capítulo.

Agradezco también al profesor Juan Carlos Vargas, de la Universidad de Costa Rica, en primer lugar, por facilitarme el texto que se convertiría en mi proyecto de graduación; y en segundo lugar, por animarme a realizar un trabajo de esta índole, y por tomarme en cuenta para formar parte de proyectos de traducción venideros. Su fe y confianza en mí me motivaron a poner todo mi empeño en el proceso para alcanzar satisfactoriamente tan importante meta.

Por último, aunque no menos importante, quiero agradecerle a la profesora Judith Tomcsányi por la inmensa ayuda que me brindó para darle término a mi trabajo, por el tiempo que dedicó a mis necesidades, y por la paciencia que me tuvo a lo largo de estos meses. Muchas gracias, profesora, por sus sugerencias y consejos para hacer de éste un proyecto concluso, pues sin su conocimiento y dedicación no habría sido posible para mí efectuarlo.

Resumen

El presente informe investigativo consiste en el análisis de la traducción de un texto de importancia histórica escrito a finales del siglo XIX por una escritora estadounidense¹. Dicho análisis pretende explicar cómo y por qué se crea el efecto de historicidad en el texto meta al recurrir a vocablos arcaizantes ausentes en el texto original. El concepto de la cadena de significados acuñado por Jacques Derrida en la teoría de la deconstrucción constituye la base fundamental del marco teórico, ya que por medio de éste se analiza la función de los elementos léxicos seleccionados para alcanzar determinado fin. Además, el funcionalismo de Hans J. Vermeer también desempeña un papel esencial a la hora de estudiar el efecto del producto en el texto meta. Las palabras seleccionadas para el análisis consisten en sustantivos, adjetivos y verbos cuya variedad de significados origina un impacto en particular. De esta manera, la búsqueda, clasificación y comparación de estos significados corresponde a la metodología usada para este trabajo. Las conclusiones obtenidas mediante este análisis indican que el efecto de historicidad es mayor entre menos tipos de significados se entrelacen en la palabra. Este hecho deriva en la ambigüedad producida a partir de una palabra, lo que demuestra, según Derrida, cómo todo texto traducido implica deconstrucción. El efecto está sujeto a una de dos condiciones inherentes al lector meta; no obstante, el texto meta está orientado hacia el propósito y no hacia el público meta.

Palabras clave: texto de importancia histórica, deconstrucción, funcionalismo, skopos, historicidad, efecto arcaizante, significado, cadena de significados, ambigüedad, traducción.

¹ Sanborn, Helen. *A Winter in Central America and Mexico*. Boston: Lee and Shepard, 1886. Impreso.

Abstract

This project consists of the translation analysis of a text written in the late 19th century by an American author. The analysis seeks to explain how and why the effect of historicity is created in the target text when using words that are not visible in the source text but produce archaism. The concept of chain of meanings coined by Derrida in his theory of deconstruction represents the foundations of the theoretical frame since it helps analyze the function of the chosen lexicon. The functionalism theory, by Hans J. Vermeer, is also an essential part of this work to study the product in the target text. The evaluated words consist of nouns, adjectives and verbs that allow a variety of meanings causing a particular effect. Searching, classifying, and comparing these words constitute the methodology used here. The conclusions obtained through this process show that the less intertwined meanings, the more the effect of historicity increases. That can result in ambiguity from a word, which according to Derrida, demonstrates how every translated text implies deconstruction. The effect is subject to one of two inherent conditions in the readership; nevertheless, the target text is purpose-oriented and not audience-oriented.

Key words: historically-important text, deconstruction, functionalism, skopos, historicity, archaizing effect, meaning, chain of meanings, ambiguity, translation.

Índice general

Dedicatoria.....	iv
Agradecimientos.....	v
Resumen.....	vi
Traducción.....	1
Informe de investigación.....	82
Introducción.....	83
Capítulo I: Consideraciones teóricas.....	90
Capítulo II: Vocabulario portador del sentido histórico en la traducción de un texto de importancia histórico-cultural.....	100
Conclusiones.....	117
Bibliografía.....	120
Apéndice: Texto fuente.....	123

TRADUCCIÓN

Un invierno en América Central y México

I

¡Rumbo a Guatemala!

—¿Por qué no lleva a su hija Helen en ese viaje hacia el sur? —Preguntó una de nuestras amistades mientras charlábamos una noche en la biblioteca sobre el viaje que pronto emprendería mi padre a América Central y México. A esto, él respondió:

—Me haría muy feliz que me acompañase alguien que hablase español.

—Oh, ¿me llevarías a mí si aprendo español? —repliqué con entusiasmo—. ¡Si prometes llevarme, yo podría aprenderlo antes de que partas!

Para mi gran sorpresa, aceptó el desafío. Y a pesar de que acababa de concluir mis estudios universitarios y anhelaba conocer tierras extranjeras, me sentí algo consternada al darme cuenta, luego de reflexionar, de la tarea que me había propuesto a mí misma: aprender un idioma del cual no sabía ni una palabra, y prepararse para tan largo viaje en menos de los tres meses que faltaban antes de nuestra partida. Pero no comenté con nadie mis dudas y me puse a trabajar de inmediato.

Nos resultó sumamente difícil planear el viaje ya que era imposible obtener información sobre los países que visitaríamos. Es increíble cómo los estadounidenses sabemos tan poco de América Central. Conocemos más sobre el Polo Norte o África que sobre esta rica zona de nuestro propio continente. Por supuesto que ello se debe a las escasas facilidades para viajar, porque existen bastantes atracciones para encantar a toda clase de gente, desde los turistas acaudalados hasta el chico pobre que busca fortuna. Un paisaje magnífico se extiende ante el viajero; abundantes minas, maderas valiosas y frutas tropicales para el especulador; plantas exóticas, aves y animales para el naturalista, ruinas fabulosas para el anticuario; y gente de aspecto curioso e interesante para agrandar a todos. Sin embargo, para llegar a esto hay

que emprender arduos viajes en mula y de vivir una experiencia sin lujos, pues hasta hoy, este lugar lo han visitado casi únicamente quienes buscan riquezas, aventuras o conocimiento científico, y quienes anhelan lo último son los menos.

Antes de partir, charlamos con una o dos personas que habían viajado a aquella región, y nos pusieron al tanto sobre las desalentadoras dificultades que enfrentaríamos en ese país incivilizado, donde casi todos los habitantes son indígenas y la mayor parte del viaje se realiza montado en una mula. Un caballero en particular manifestó que era absolutamente impensable que una dama emprendiera tal expedición. Basaba su opinión en unas cartas que recibió de parte de los cónsules estadounidenses de otras regiones, quienes, después de enumerarle los peligros y obstáculos por encarar, le expresaban a mi padre:

—Usted probablemente podrá realizarlo sin problemas, pero no le aconsejamos que lleve a su hija—. A pesar de ello, no nos amilanamos. Estaba segura de poder ir dondequiera que mi padre fuere, además de que no creíamos en la mitad de lo que nos contaban. A nuestro regreso, sin embargo, estuvimos dispuestos a confirmar que dichos relatos no eran una exageración.

El estado más extenso e importante de América Central es Guatemala, y la ruta más habitual y placentera consiste en abordar el vapor *Pacific Mail*, desde Nueva York hasta el istmo de Panamá, atravesar éste en ferrocarril y abordar de nuevo el *Pacific Mail* al otro lado para llegar a San José de Guatemala, de donde el ferrocarril conduce a Ciudad de Guatemala, la capital. La otra ruta consiste en navegar desde Nueva Orleáns hasta Livingston, en Guatemala, y atravesar el país en mula hasta Ciudad de Guatemala. En este viaje ambas rutas se combinan, lo cual permite conocer de forma amplia el país. Entramos a Guatemala por medio de esta última ruta, y partimos por medio de la primera y más común.

Zarpamos de Boston un frío día de invierno desde la estación de Nueva York y Nueva Inglaterra, sobre la ruta de Virginia Midland, que atraviesa Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Washington, Richmond, Charlotte, Atlanta, Mobile y Nueva Orleáns. Pasamos un día en Baltimore y otro en Richmond, donde nos recibieron con alegría unos amigos, pero aparte de este trayecto a lo largo de los estados del sur, el resto del viaje resultó poco interesante. Desde las ventanas del vehículo por lo general se observa trechos en campos estériles y chozas de negros en miserable estado. La monotonía se rompe sólo en las estaciones donde las multitudes de negros gritaban, reíanse y holgazaneaban todo el tiempo. Sin embargo, en muchas ciudades las construcciones continúan, los negocios se mantienen dinámicos, y el progreso se refleja en las empresas mercantiles. Estábamos impresionados con los sureños. Nos parecieron excepcionalmente sociables, cálidos y serviciales, y todos los oficiales eran bastante amables y educados, mucho más que la gente del norte en cuanto a modales.

Sobre la guerra se oye hablar en cualquier parte. Las conversaciones abundan en expresiones como «antes de la guerra», «durante la guerra» y «desde la guerra». El siguiente relato ilustra este hecho:

«Dícese que Oscar Wilde, en su visita al sur, caminaba bajo la luz de la luna con una joven, a quien él hizo la nada original pero sincera observación:

—¡Qué hermosa está la luna! ¡Nunca habíase visto más encantadora que como se ve esta noche!

A lo que la joven respondió enfáticamente:

—Oh, señor Wilde, ¡debió haber visto esa luna “antes de la guerra”!»

En Nueva Orleáns encontramos la exposición en progreso, pero tuvimos que dejar la conversación porque debíamos regresar, ya que nos quedaban apenas dos días antes de que el vapor partiera hacia a América Central. Nos impresionó Nueva Orleáns como una ciudad muy

sucia, con un clima similar al de Nueva Inglaterra, pues el primer día que pasamos allí fue tan agradable como si fuese primavera, y el segundo, tan frío como pleno invierno en Boston.

La mañana en que partimos, de camino al embarcadero, nos llevaron por unos caminos en mal estado, los cuales parecían que no habían sido reparados desde que se fundó la ciudad. Debido a los numerosos baches, el vehículo agitábase estrepitosamente. No sólo eso, sino que nos salió al paso un grupo de mulas dirigidas por un negro, quien le reprochó a nuestro cochero de forma calmada pero persuasiva: «Matá esta mula y te va a salir más caro que la carga que llevás ahí». Fue una amenaza elocuente, pero una vez que salimos del apuro, llegamos por fin al embarcadero, vivos aunque algo sobresaltados.

El vapor *Wanderer*, en el que nos embarcamos, es pequeño, de tan sólo 531 toneladas, y el alojamiento para los pasajeros es de ínfima calidad. Carece de taberna o cubierta de paseo, y el espacio es insuficiente incluso para colocar una silla entre los camarotes y la barandilla.

Gran cantidad de pasajeros iban a bordo hacia América Central, muchos atraídos por el proyecto del ferrocarril, a cargo del presidente Barrios, el cual abarcaría un trayecto desde la costa hasta la capital. Viajaban apenas dos damas —lo cual agradecí bastante, pues temía que no hubiera ninguna— con sus esposos, y con todos ellos me entretuve y pasé horas agradables. Los dos caballeros eran escoceses; uno vivía en Montreal, y el otro en Honduras Británica².

La tarde y noche primeras las pasamos navegando el Misisipí; el barco bogaba con mucha calma, como si navegase en un estanque. Observamos las plantaciones de azúcar y arroz, los diques y un maravilloso atardecer. Pasadas las nueve y media de la noche, el barco ya había cruzado la barrera, y, tal como dijo uno de los escoceses, empezó a balancearse un «poquito». A la mañana siguiente, la embarcación estaba por llegar al golfo, bamboleándose en un mar «picado», por lo que todos nos sentíamos mareados. Un caballero manifestó que «el

² Actual Belice. (N. de la T.)

barco podía saltar de sesenta maneras diferentes por minuto y realizar más piruetas que un acróbata». Esta embarcación encontró en el golfo de México numerosas posibilidades para demostrar sus poderes, ya que, como dijo la vieja camarera negra: «Un demonio se aparece por aquí algunas veces». El mar del golfo es una masa de agua traicionera; en ocasiones está calmada y tranquila como un lago, y luego se agita, embravecido y estrepitoso cual vorágine. Nos sentábamos tranquilamente en la cubierta durante algunas horas, mientras el agua veíase tan transparente como el cristal, pero de repente, sin aviso alguno, nos veíamos en la necesidad de refugiarnos en nuestros aposentos debido a la lluvia y al brusco movimiento del navío.

Casi todos a bordo sufrimos mareos durante dos días. Mi caso no era de los más graves pues nunca sentí que moriría o que me lanzaría fuera de la embarcación, lo cual me habían dicho que experimentaban quienes enfermábanse seriamente. Tan pronto pude, me arrastré a sentarme en la silla junto a la puerta de mi camarote. Entonces empecé a preguntarme por qué mi padre permanecía tan silencioso y no aparecía para decirme «buenos días» o preguntarme cómo estaba. En ese momento noté que el camarero le llevaba una pequeña bandeja con té y tostadas, e indagando, supe para mi asombro que mi padre era también víctima del mareo.

Como no tenía con quién hablar, no tenía ningún entretenimiento, salvo el que brindáronme mis amigos pasajeros, y aunque no estaba del todo cómoda, divirtiéronme en gran medida con sus historias. En el aposento contiguo alojábase un pobre hombre terriblemente enfermo, y sus amigos, quienes sufrían lo mismo, intentaron ayudarlo al aparecer en la puerta por momentos y preguntarle: «¿Cómo te sientes ahora, Charlie?» Pero la pregunta, formulada con rapidez, impulsividad y una voz entrecortada, no era más que un signo de sus condolencias, ya que nunca pudieron esperar hasta obtener una respuesta. Sin embargo, con la mayor impaciencia apresuráronse a aprovechar la barandilla más próxima para agarrarse de ella, un recurso tan valioso y popular en algunas ocasiones.

Por la tarde del segundo día nos habíamos recuperado lo suficiente para sentarnos en la cubierta y disfrutar de una ligera cena. ¡Cómo habíamos comentado sobre esa cena antes! Una novia no podría haber pensado más en su ajuar que nosotros seis en la merienda. Aunque habíamos ayunado durante mucho tiempo, aún no sufríamos los calambres del hambre verdadera, y dudábamos mucho sobre cuáles eran nuestras necesidades en cada caso. Después de mucho debatirlo, solicitamos al camarero el siguiente pedido:

Sr. P.: Carne adobada con papas.

Sra. P.: Galletas y queso.

Sr. A.: Pescado salado y papas hervidas.

Sra. A.: ¡Hielo, apio y sal!

Sr. S.: Té.

Srta. S.: Sardinas.

Nuestros deseos no resultaron vanos; la comida fue un gran éxito pues sentimos como si hubiésemos disfrutado de una cena buffet.

Al cuarto día llegamos al mar Caribe, donde descansamos un poco del vahído causado por el movimiento del barco. Era un día hermoso. El mar estaba en calma y lucía un color verdemar; peces voladores, gaviotas y grullas marinas rodeaban el navío, y divisábase la península de Yucatán. Esta costa está desolada, inhabitada. Pueden avistarse los restos de un naufragio y las viejas ruinas de un castillo de piedra que ha estado allí durante cientos de años, aunque sus únicos inquilinos han sido aves marinas que llegan allí en bandadas de miles de ellas. Pasamos junto a un barco pesquero, y observamos en la distancia otro vapor con las velas izadas. Fueron éstas las únicas embarcaciones que notamos durante el viaje, y Yucatán fue la única porción de tierra a la vista.

Después de ese día calmado esperábamos gozar de un merecido descanso por la noche, pero el viento sopló en todo momento como un huracán, y debido a esto el barco emitía chillidos y chasqueaba como si se estuviera haciendo añicos. Además, la maquinaria estaba fuera de servicio, por lo que hubo que detenerse con frecuencia para revisar los sondeos. Estos desagradables acontecimientos continuaron hasta que estuvimos cerca de Belice, donde las aguas estaban más calmadas.

El mar de esta región está plagado de peligrosos arrecifes coralinos, y los naufragios, muy frecuentes, atraen a los nativos quienes de forma festiva saquean el navío. Al caer la noche observamos varias luces provenientes de los numerosos arrecifes, y a las diez en punto arribábamos al lado opuesto del «Archipiélago Inglés», donde un piloto indio abordaría. El capitán silbó, y un pequeño bote apareció y se acercó al barco. En él iban dos indígenas, quienes parecían ser presa de lo riesgoso de su situación, y se gritaron entre ellos con un tono de nerviosismo, alarma y ansiedad mientras buscaban su posición y el piloto abordaba la nave. El capitán comentó: «Estos muchachos son unos miedosos; se asustan de cualquier alboroto».

El piloto era un indígena caribe, bajo y rechoncho, y todo —barco, vidas y cargamento— estaba a su cargo. La noche lucía brillante y estrellada. Todos sobre cubierta permanecían tranquilos. El indígena, el timonel, el piloto del barco y el capitán observaban desde la cabina del piloto tanto los arrecifes como las luces de Belice. El silencio se interrumpió con las órdenes del indígena caribe, dadas cada pocos minutos. El vapor se arrastró por una senda llena de curvas, pasando sobre los peligrosos arrecifes. Finalmente, al cabo de dos horas —al dar la media noche— se lanzó el ancla, y un disparo anunció a Belice la llegada del *Wanderer*.

II

Belice, Livingston y los Caribes

Al no haber embarcadero en Belice, el barco tuvo que anclar a unos ochocientos metros de la costa, y tuvimos que esperar hasta la mañana siguiente para desembarcar en pequeños botes que mandaron desde Belice. Temprano por la mañana nos despertó una ruidosa confusión de extrañas voces, de las cuales sólo se distinguía la expresión «¡Alick!, ¡Alick!», y al asomarnos, notamos cómo el barco abarrotóse de muchachos negros que supieron de la llegada de los pasajeros. Alick era un muchacho negro de unos quince años, y parecía el líder de esta numerosa jarca. Tenía un bote de buen tamaño, el que controlaba con la ayuda de otro chico, y a él le encomendamos que nos llevase a tierra firme. En el agua había muchos tiburones, nada amistosos acompañantes, que rodearon el bote por completo y abalanzábanse desesperadamente sobre la comida que les lanzaba el camarero del barco. Los muchachos divertíanse con ellos y les trataban de disparar con sus viejos mosquetes. Por supuesto, nosotros indagamos sobre la ferocidad de estos tiburones mientras nos cruzaban en el bote, y nos contaron historias de hombres a quienes estos animales habían volcado y devorado en el acto, o que habían escapado no sin antes haber perdido un brazo o una pierna. Además de los tiburones, estas aguas abundan en peces de primera calidad, y al preguntar cuál era el mejor, Alick replicó: «Bueno, yo podría vivir sólo de corvina», y nadie le disputó su preferencia.

Desde el bote pisamos tierra en el patio del *International Hotel* y nos adentramos en el verdor tropical. Mi padre dijo una vez: «¡Qué natural se ve, casi tanto como las Indias Orientales!», pero yo nunca antes había visto los trópicos, y lo único que podía hacer era quedarme embelesada ante tal maravilla y nuevos y desconocidos escenarios. Contemplábanse tanto las flores más hermosas, palmeras de coco y banano, árboles de fruta de pan, y mango

por doquier, así como zopilotes, lagartijas y arañas. Para estar segura, yo había visto ilustraciones de plantas tropicales y algunos especímenes en invernaderos, pero a fin de cuentas, esto apenas dábame una idea la realidad, y entonces sentí como si de repente me hubiesen transportado a otro mundo, y no pude darme cuenta de que hacía menos de dos semanas había estado en la nevada Nueva Inglaterra, donde aún todo permanecía cubierto de un manto de nieve.

El hotel consistía en un amplio edificio blanco, con grandes y abiertas plazas en cada planta para capturar la brisa al máximo. El propietario —un escocés— era amable, servicial y divertido, la personificación plena de la armonía entre palabra y movimiento, aunque lo contrario podía decirse del hotel. Las camas eran tan duras como si se hubiesen construido por completo de caoba, madera nativa de estas regiones; sobre la mesa no había más que una presuntuosa carta sin ningún equivalente considerable. Aun así, quien viaja con frecuencia hacia los trópicos sabe que esta situación es característica de la zona y se abstiene de quejarse. Sin embargo había que intentarlo: pedimos una limonada, pero al no haber limones en el hotel, tuvimos que prescindir de ella a pesar de haber observado celemines de limones ni bien uno sale del hotel que ni siquiera hacía falta pedirlos.

Belice es la capital de Honduras Británica y es un pueblo muy antiguo; fue establecido por primera vez en 1670, pero no se vio libre del dominio español hasta 1783. La población consta de unos cinco mil habitantes, de los cuales tres mil son blancos, en su mayoría escoceses, y el resto son negros. Predomina el clima templado, lo cual se considera saludable, ya que el viento del este —que sopla durante nueve meses al año— atenúa el excesivo calor. Esta región representa un importante depósito de suministros británicos, pues su localización en el mar —cercana a la desembocadura de un río navegable— es ventajosa; gracias a ello es posible exportar frutas, maderas para teñir, zarzaparrilla y caoba.

Después de la cena, nos condujeron durante una hora por la zona para mostrarnos el resto del lugar. La calle principal se subdivide en unas pocas bifurcaciones, se extiende de forma paralela al mar, y cruza el río por medio de un puente, importante punto de reunión que suele abarrotarse de hombres y mujeres tanto de día como de noche. Las mejores casas distínguense por ser estructuras blancas de madera, mientras que las chozas de los negros están deterioradas y a punto de derrumbarse. Para la extensión de que consta, comprende varios edificios públicos, un hospital, un albergue, un manicomio subsidiado por el gobierno, y numerosas escuelas y templos de diversas denominaciones. Los lugareños asisten con mucha frecuencia a la iglesia. Al lado opuesto del hotel úbicase una Iglesia Episcopal donde se realiza servicio tres veces al día, casi todos los días de la semana. En una ocasión, estando allí y a pesar de tratarse de un día entre semana, asistieron tantas personas al tercer servicio que el lugar parecía desbordarse. Esta extraordinaria asistencia sería sin duda un tanto diferente de existir allí un teatro o algún otro lugar de entretenimiento.

El cementerio es de una extraña apariencia, pues entierran a los difuntos en bóvedas de ladrillo colocadas sobre el suelo por el simple hecho de que Belice se ubica bajo el nivel del mar. Los entierros realízanse inmediatamente después de la muerte para evitar la acción del calor; agregan cal viva dentro del ataúd para que de esta forma todo se desintegre rápido, y así se pueden vaciar y limpiar las bóvedas cada siete años. El cuartel se sitúa justo en las afueras del pueblo, en un sector bastante hermoso cerca del mar. En éste se han establecido espacios específicos para bañarse, cercados para mantener alejados a los tiburones que llegan a asomar sus cabezas a través de la abertura mientras la gente se baña.

El ejército permanente se compone de cincuenta hombres, ¡todos negros! Se enorgullecen de llamarse «súbditos británicos», y están dispuestos a «vender sus cabezas» por el honor que simboliza ese título.

La ciudad refleja un buen gobierno, y los negros son, en gran parte, calmados y pacíficos. Las leyes son muy estrictas en cuanto al cumplimiento del Sabbath y a la venta de licor. Las licencias se extienden, pero ninguna taberna puede abrir los domingos o después de las ocho de la noche. A lo largo de todo nuestro viaje, notamos que este pueblo fue el único lugar fuera de Estados Unidos donde el domingo respetábase por completo.

Por el calor, la mayoría de los mandados se realizan a tempranas horas. Las comidas se disponen según este horario: café y pan, 5:30; desayuno, 9:30; cena, 4:30. Las mujeres casi no salen entre la hora del desayuno y la cena. Alrededor de las siete en punto de la mañana el mercado se empieza a vaciar, ya que el pescado y la carne deben venderse lo más pronto posible. La pesca se realiza a las dos o tres de la mañana, y la carne adquirida el sábado para vender el domingo tiene que cocerse a medias y picarse. El mercado y todas las tiendas se cierran a las cuatro de la tarde, después de lo cual nadie manifiesta intenciones de trabajar.

En general, Belice es un bello lugar, y considérase un centro de sociedad y moda, similar a lo que sería Boston en Nueva Inglaterra.

A la tarde siguiente reembarcamos, y por la mañana arribamos a Livingston, donde descendimos alegremente del *Wanderer* aunque lamentábamos dejar a los amigos que hicimos. Estábamos muy agradecidos con los oficiales y la tripulación quienes, por cortesía y amabilidad, habían enmendado los desperfectos del barco mostrándonos mil cortesías durante el viaje para hacer de éste uno tan placentero como fuera posible.

Livingston es un puerto de Guatemala, localizado en la desembocadura del río Dulce. La ciudad es un asentamiento de las Indias Occidentales, donde habitan alrededor de veinte o treinta personas blancas. Es un lugar majestuoso, y luce muy bello desde el mar. La tierra emerge abruptamente del mar en forma ondulada, y se cubre por doquier de plantas floreadas y palmeras de coco. Un camino que empieza en el muelle conduce al pueblo cuya mayor parte

se puede observar desde el mar, y consiste principalmente en chozas de adobe con techos de paja. En este sitio, *The Boston Tropical Fruit Company* dispone de un almacén y un pequeño barco de vapor; el secretario vive allí, y las plantaciones se sitúan a pocos kilómetros de distancia. Nos pareció que esta región era demasiado templada, y nos apresuramos a permanecer en la costa tan sólo por unos minutos. El cónsul estadounidense (a quien le traíamos cartas de presentación) estaba enfermo, pero sí conocimos al secretario de la *Fruit Company*, un caballero de Boston. Él nos proporcionó información valiosa acerca del país al cual pronto entraríamos y nos habló sobre los obstáculos de viajar hasta allí, de los cuales por cierto, continuábamos escuchando cada vez más. Aunque nos habíamos preparado lo mejor que pudimos, nos faltaban algunos enseres, pues se nos había advertido que el país era tan incivilizado que los habitantes vivían de forma primitiva, que una vez en el interior del país debíamos acostumbrarnos a la falta de comodidades y necesidades básicas, y que nos era imprescindible adquirir hamacas y sábanas si queríamos disponer de un buen sitio para dormir; además, lo que nos pareció más excéntrico de todo era que debíamos conseguir por nuestros propios medios los cuchillos y tenedores si no queríamos comer con los dedos.

Mientras mi padre se encargaba de los arreglos necesarios, me senté en la cubierta del barco a observar el exótico escenario que se extendía ante mí, este pueblo indio situado en el corazón de los trópicos, y apenas podía creer que estaba contemplando algo real, tan diferente era de todo cuanto alguna vez había visto. Cuando observé las flores, los árboles y las bellezas que la naturaleza le había conferido a esta región, me empecé a preguntar si estaba en realidad en la tierra de las hadas; pero no había hadas; sus habitantes moraban en chozas de adobe y se caracterizaban por un color tan oscuro que parecían duendes. Sentí deseos de pellizcarme y verificar si estaba despierta o sólo soñando, y me dije a mí misma: «¿Quién soy?, ¿dónde estoy?, ¿es esto parte de la misma Tierra donde vivo?»

A cada instante aparecían ante nosotros panoramas más y más desconocidos, y cavilaba sobre lo que yacía frente a nosotros y cómo resolveríamos lo relacionado con penetrar en este país y mezclarse con gente incivilizada.

Los indígenas caribes de Livingston constituyen una tribu muy interesante, bastante diferentes de otras tribus de América Central, y merecen una atención especial. Se ha debatido respecto de su origen, pero seguramente provienen de los arahuacos del Orinoco, quienes provienen de los araucanos (ancestros de los indios peruanos).

Los caribes mantienen una leyenda en cuanto a su origen, y esta leyenda, que llegué a conocer gracias a un húngaro, quien la supo de boca de uno de ellos, y dice más o menos así:

Una de las tribus del Orinoco vivía cerca de un pozo que generaba conflictos a raíz de un duendecillo de agua, quien aquejaba a las personas de varias maneras. Un poste marcaba el punto donde moraba, y se creía que si alguien lo tocaba, él lo haría sufrir el mayor de los perjuicios. Pero el jefe tenía una hermosa hija, cuya osadía la llevó a desafiar el poder del duendecillo. Se dice que una de tantas noches escabullóse hasta el pozo, apoderóse del poste y lo agitó con vigor, pero, para sorpresa de la espantada doncella que esperaba ver salir un horroroso monstruo, un apuesto joven apareció en su lugar y disipó sus miedos con palabras amorosas. Tiempo después contrajeron matrimonio y de sus hijos origináronse los caribes. Sus descendientes heredaron el rebelde espíritu de su padre y el osado y aventurero espíritu de su madre, y pronto emigraron hacia las islas vecinas, donde arrasaron con los hombres y casáronse con las mujeres. De ahí el surgimiento de un acertijo que mantiene intrigados a los científicos; a saber, el hecho de que hombres y mujeres, aún al día de hoy, hablen diferentes idiomas. Cuando los hombres se juntan, considérase una vergüenza hablar el lenguaje de las mujeres, y si por ventura a uno de ellos escápasele una palabra en el idioma de ellas, los demás hombres mófanse de él.

Al momento del descubrimiento de América, los caribes representaban la tribu más importante sobre la costa de Sudamérica y de las islas del mar Caribe, y practicaban el canibalismo que Colón describió al encontrarlos. Durante la invasión de los europeos, los caribes mostráronse temibles y dispuestos a combatir, y ofrecieron tal prolongada y decidida resistencia que muchos de ellos perecieron. En San Vicente, una de sus principales islas, un barco cargado de esclavos naufragó y debido a ello, comenzaron a mezclarse con los negros. En 1796 tornáronse tan conflictivos que los ingleses los transportaron a Roatán, sobre la costa de Honduras, de donde se dispersaron, y uno de sus principales asentamientos establecióse en Trujillo, Honduras. Tiempo después, cuando se generó controversia sobre si debía considerarse superior la autoridad civil o la sacerdotal, los caribes que apoyaban a Carrera (el presidente de Guatemala que apoyaba el partido civil), huyeron de Trujillo y asentáronse en Livingston, donde ahora suman unos mil habitantes. Los caribes perdieron su ferocidad y carácter belicoso para tornarse calmados y pacíficos, como lo son en la actualidad.

Son morenos, de cabeza redonda y abundante pelo negro, por lo general lacio, aunque en algunos es crespo; son de baja estatura, rechonchos y erguidos, pero de contextura fuerte y musculosa. Hasta hace poco comenzaron a vestirse, y lo hacen porque el gobierno los obliga. Las mujeres presentan una belleza particular y su andar puede describirse como regio. Ellas suelen ser las que trabajan, mientras los hombres se hacen pasar por héroes. Los caribes sobresalen específicamente por mantenerse auténticos, y nunca contraen matrimonio con personas de otras tribus. Le otorgan gran importancia al fortalecimiento de sus lazos familiares, lo cual a menudo trae problemas para quienes dependen de ellos para trabajar y suplirse. Por ejemplo, los caribes no venderían jamás, a ningún precio, sus bienes en el mercado hasta que cada uno de ellos esté lo suficientemente suplido. Siempre trabajan realizando tareas específicas, y completan una cierta cantidad de éstas por una pequeña paga,

pero cuando finalizan la tarea, aún si es en la mañana y han ganado tan sólo cinco centavos, no hay monto de dinero que los tiente a trabajar de más.

III

Una travesía por los ríos Dulce y Polochic

El barco de vapor en el que nos embarcamos en Livingston, pertenecía a una excelente línea fundada tres años antes; recorría los ríos Dulce y Polochic hasta el interior de América Central. Los propietarios eran unos emprendedores estadounidenses que afrontaban grandes dificultades para navegar por estos ríos tan poco profundos y de corriente rápida, que antes eran recorridos sólo por las canoas de los indígenas. El primer barco de vapor que lanzóse a estas aguas perdióse en medio de ellas. El actual —muy espacioso, diseñado para moverse sobre aguas de por lo menos dos metros— se construyó en el río *Pearl* de Luisiana, y lo trajeron sus aventureros dueños a lo largo del golfo hasta el puerto, no sin pasar situaciones riesgosas y peligrosas. Antes de embarcarnos, describiósenos bastante los paisajes que contemplaríamos, y muchos a bordo del *Wanderer* habían exclamado: «¡Cómo quisiera poder navegar ese río!»; lo que sí era cierto fue que no teníamos idea de las maravillas y la belleza que estábamos por contemplar.

Preocupábame mucho al principio cuando me di cuenta de que sería la única dama a bordo, pero los oficiales y los demás pasajeros hicieron todo cuanto les fue posible por hacerme sentir cómoda.

Empezamos a navegar por el río Dulce en la tarde, y de inmediato, y por varias horas, posábanse ante nosotros las más encantadoras escenas. No existen estudios topográficos sobre esta parte del país, por lo que resultaba imposible dar medidas exactas, pero a lo largo de unos dieciséis kilómetros el río corre a través de un cañón, el cual es una majestuosidad, similar a nuestros cañones en el oeste del país, pero aun más hermosos porque en lugar de paredes de piedra estériles, estos cúbrese con la más exuberante vegetación. El cauce es muy angosto, y las riberas se levantan exactamente perpendiculares al agua a cientos de metros sobre ésta,

envueltas por una perfecta mezcla de árboles tropicales, arbustos y enredaderas, con lo que se convierten en muros de esmeralda de indescriptible belleza. Algunas veces un trozo de piedra caliza emerge a la superficie y adopta formas fantásticas; a veces parece una fortificación española para luego asemejarse a una réplica exacta de las tiendas³ que se ven en ese país, incluso se podían apreciar las puertas y ventanas con barrotes, muy bien representadas por las enredaderas deshojadas que atraviesan algunas partes de la roca. El trayecto del río es tortuoso, y en cada giro se aprecian nuevas maravillas. Uno de los recodos, «El Giro de la Doncella», consiste en una curva tan cerrada que no deja ver el paso. Para resaltar aún más la belleza de este escenario, navegábamos bajo el cielo azul de los trópicos, en medio de tanta paz y tranquilidad como sólo se pueden encontrar en la naturaleza. Los resoplidos del vapor y nuestras voces son los únicos sonidos alrededor, y en ocasiones alguna silenciosa canoa indígena que se desliza cerca del vapor, o el vuelo de un ave espantada son las únicas señales de vida.

Al atravesar el cañón, el río de repente se amplía hacia «El Golfete»⁴ de cinco o seis kilómetros de ancho y cerca de veinticuatro kilómetros de largo. Bellas islas se alzan sobre la superficie, pero sólo una está habitada, y no se observan señales de residencia en las costas. Sobre uno de los extremos se avista una cordillera, ramales de Los Andes, y estas majestuosas formas cubiertas de un verdor perdurable, adornadas con nubes cual algodón, como si fuesen pequeñas ciudades, con cambiantes colores y apariencias, nos acompañaron desde ese momento hasta que partimos, acercándonos cada vez más hasta que con mucho dolor alcanzamos sus cumbres montados en mula.

³ «Tienda»: Armazón de palos hincados en tierra y cubierta con telas o pieles sujetas con cuerdas, que sirve de alojamiento o aposentamiento en el campo, especialmente en la guerra. (DRAE).

⁴ Lago de Guatemala, también conocido como El Golfete Dulce, Golfo Dulce o Izabalino. (N. de la T.)

Al final del Golfete comienza el lago Izabal, en el cual, sobre una pintoresca región, obsérvanse chozas indígenas y los restos de un viejo fuerte español, San Felipe, el cual construyóse hace mucho tiempo para protegerse de los piratas. Establecieron una falsa aduana en este lugar, y tuvimos que detenernos allí para que tres nativos de la zona, que venían en un pequeño bote, examinasen los documentos del navío. Esta supuesta autoridad de parte de seres ignorantes e incivilizados era más bien irrisoria, pero sin duda ellos pensaron durante ese momento que habían demostrado un gran poder y vanagloriáronse de ello. Nosotros, que aún no nos acostumbábamos a esta cultura, ni a los nativos, preguntamos ingenuamente: «¿A qué se dedica la gente en este lugar?», y la respuesta obtenida fue: «Nada, yacen bajo el sol y se embaen soñando».

El lago Izabal es una hermosa superficie de agua de diecinueve kilómetros de ancho y cincuenta y ocho kilómetros de largo, uno de los más extensos de Guatemala. Mantúvose calmado y tranquilo durante esa tarde, pero el capitán nos dijo que con frecuencia se rodea de fuertes vientos provenientes de las montañas, y por lo tanto suele tornarse turbulento y peligroso.

A dos terceras partes desde el lago se localiza el pueblo de Izabal, conformado, por supuesto, por chozas de adobe y por una población de aproximadamente seiscientos habitantes. El capitán, un joven recién casado, reside aquí junto con su esposa. Sumados a ellos dos, otros familiares constituyen la población de blancos. Como la mayoría de estas poblaciones indígenas, Izabal se ubica en una hermosa región, ya que los indígenas son verdaderos amantes de la naturaleza y nunca fallan en seleccionar el sitio más bello para convertirlo en su hogar.

En tiempos de Cortés, este pueblo gozaba de reconocimiento por su mercado de cerámica y aún sobresale en ello; los indígenas que peregrinan hacia Esquipulas detiéndose

aquí para vender cerámica. Es también uno de los principales puertos de América Central y la sede de la aduana, con Livingston como un puerto libre. Esta aduana se rige bajo principios muy particulares, los oficiales son nativos ignorantes y a menudo irracionales. Tres de ellos, de piel oscura, descalzos y de apariencia poco inteligente, subieron a bordo expresando con una sonrisa burlona su autoridad, la cual era suficiente para que cualquiera se rebelara ante la inspección del equipaje que ellos realizaban. Los impuestos se recaudaban según el peso, lo cual implicaba pagar algunas sumas exorbitantes. En Guatemala, un alemán nos relató que tuvo que pagar \$200 por un fogón, artefacto por completo desconocido en este país. A la pólvora y las armas de fuego se les contempla con desconfianza debido a las recientes insurrecciones, y el impuesto por poseer un revólver es de \$6. Un joven a bordo de nuestro vapor, nativo del país y que regresaba de los Estados Unidos, tuvo que pagar \$22 por unos artículos (como fotografías y unas gafas ordinarias), bastante más dinero del que gastó en adquirirlos. Los oficiales empeñan en que los bienes correspondan exactamente a lo establecido en los documentos escritos, y de existir alguna leve diferencia, lo confiscan por completo. Un mercader perdió una caja de brochas porque contenía tan sólo cuatro o cinco menos que lo estipulado en el inventario. Además, estos oficiales son tan inconsistentes como irracionales, pues en ocasiones cumplen su deber con la más terminante autoridad, y en otras, si sienten pereza o están de buen humor, dejan que casi todo pase. Resultó éste ser el caso con nuestro equipaje, el cual no inspeccionaron del todo para nuestra fortuna, pues según su juicio, hubiéramos tenido que pagar alrededor de mil dólares, ya que cargábamos una gran cantidad de artículos.

Pasamos todo el domingo en Izabal, y aunque hacía calor, visitamos la costa para observar el lugar y cumplir así nuestro propósito. Por la mañana, el pífano y el tambor hacen un llamado al pueblo entero para una revisión, pues cada hombre considérase un soldado. El

cuartel se localizaba en el sitio más bello, sobre una pequeña elevación en la parte trasera del pueblo, pero el ejército, compuesto de hombres morenos, andrajosos y descalzos, no desplegaba magnificencia. El hotel consistía en la habitual choza de adobe de un solo aposento, pero el propietario mostraba los mismos modales que un noble, y nos recibió con gran cordialidad, a la vez que nos dijo: «Mi casa es su casa, caballeros». Una vez dicho esto, nos dispusimos a comprobar su desmedida generosidad solicitándole una limonada, cuyos ingredientes (limones, azúcar y agua) eran tan baratos como el adobe. Preparáronse debidamente cuatro vasos, y al propietario entregósele un dólar, el cual guardó con calma y sin devolver ningún cambio. Era de esperar que si la casa era nuestra, la limonada era suya, y quedamos algo disgustados con nuestra primera lección sobre cortesía española. Esta reacción es habitual entre los estadounidenses, quienes no logran entender dicha etiqueta. Cuéntase una impresionante historia sobre un «yanqui»⁵ que estaba por partir sobre un valioso caballo después de escuchar al propietario decir: «El caballo es suyo, señor», para después ser detenido por las más sinceras súplicas de parte del dueño, quien luego aprendió a ser más cuidadoso con respecto a la cortesía que se demuestra a los estadounidenses.

Esa misma tarde oímos por primera vez el instrumento nacional o marimba, que consta de bandas de madera de diferentes longitudes, de las cuales se suspenden unos tubos de madera, y la estructura completa está montada sobre unas patas. Tres hombres tocan el instrumento con pequeñas varas. La dulce música que produce es similar a un instrumento de cuerdas pero con la profundidad de un tambor. Era un sonido muy hermoso que impregnaba esa noche, mientras las melodías lejanas flotaban a través del lago hasta llegar a nuestro vapor.

Partimos de Izabal con algunos pasajeros, pero los más interesados quedáronse: uno de los dueños de la línea, quien demostró ser un invaluable amigo durante nuestra estadía en

⁵ Persona proveniente de Estados Unidos. (N. de la T.)

Guatemala; un anciano, húngaro de nacimiento, quien me proporcionó bastante información sobre el país; el hijo de un clérigo de Boston; y un joven guatemalteco, quien después resultó ser una persona muy servicial durante nuestro recorrido a lo largo del territorio.

Por la tarde, el viaje nos llevó hasta la desembocadura del río Polochic, y así nos adentramos en «las áreas silvestres de América Central». El desolado lugar consistía en pantanos, enjambres de mosquitos, miríadas de loros verdes, monos y mandriles que aullaban tan fuerte como un grupo de rugientes leones. En este lugar cambiamos de navío y esperamos la mañana siguiente, porque no es posible navegar sobre el Polochic de noche. El barco que nos correspondía estaba resguardado por un solo vigilante, el único ser humano en ochenta kilómetros. Esta embarcación era algo más pequeña que la anterior, pero igual de hermosa, y su parte inferior era plana, de manera que arrastraba la menor cantidad de agua. Era el primer vapor construido en Guatemala, y por supuesto representaba una maravilla para los indígenas, quienes solían venir en grupos para verlo. Uno de ellos lo describió a uno de los pasajeros de una forma muy interesante: «Es más grande que dos templos juntos, y tiene una gran caldera que siempre hierve. El hombre lo hace sonar con un “tuu, tuu”, menea la cola, y se aleja más rápido de lo que un indígena puede correr».

Retomamos el recorrido a la mañana siguiente y gozamos de un placentero viaje durante el día. El Polochic resultó ser un río muy curioso. Es un afluente montañoso de muchas curvas, poco profundo, abundante en obstáculos y bancos de arena cambiantes, con un raudo cauce que dificulta la navegación. Además, es el río más torcido del mundo, pues tiene curvas por doquier y hasta parece devolverse sobre sí mismo, dando la impresión, en ocasiones, de crear nudos dobles. Estos laberintos lo hacen más interesante, ya que con frecuencia parecíamos navegar sobre una pequeña laguna encerrada por montañas, con ninguna posibilidad de encontrar una salida. Por momentos, las vueltas suelen ser tan abruptas

que el vapor casi tocaba la ribera y tenía que ser empujado por varas, para lo que los hombres debían prepararse y actuar en el momento preciso para sortear el paso. Un hecho aun más sorprendente consiste en que se podría navegar durante una hora o más y avanzar muy poco en la dirección establecida. En una ocasión miramos a través de un emparado creado por las lianas, y de hecho observamos justo a nuestro lado una parte del río sobre el cual habíamos navegado una hora antes. Una dama, a quien se le pidió su opinión sobre el Polochic, contestó: «Hasta que no se enderezcan los tortuosos senderos, creo que necesitará realizarse mucho trabajo en el Polochic».

La tierra de la región es baja, húmeda y abundaba en vegetación y fauna. Se aprecia diferentes valiosas maderas, como caoba, y diversos y curiosos árboles: el ceiba, que se distingue de los otros por su tamaño y apariencia, ya que su forma simula un champiñón con ramas en ángulos rectos; una acacia sin ramas con una altura de veinte o veinticinco metros; y un árbol llamado «pacaya», cargado con nueces en un racimo, como las uvas. Una profusión de lianas de por lo menos veinte variedades sobresalía, muchas de las cuales estaban cubiertas por magníficas flores que impregnaban el aire con su fragancia. Algunas eran similares a nuestras campanillas, pero permanecían abiertas todo el día y variaban en sus tonalidades; otras exhibían un intenso color rojo y tenían forma de trompeta; y algunas se parecían a nuestro *arbutulum*⁶, pero más extenso y rico. Las lianas entretejíanse sobre la cepa muerta de un viejo árbol, con lo cual transformábanse en bellas enramadas, columnas corintias o arcos de delicado verdor.

⁶ Árbol con grandes flores rojas. (N. de la T.)

Además, divisábase varias aves poco comunes: grullas blancas y negras; la «Quaca Mayor»⁷, de radiante pecho rojo; un hermoso martín pescador azul, el cual siempre alertaba a sus compañeros sobre nuestra cercanía; primorosos colibríes, de los que existen treinta y seis variedades; y bandadas de loros verdes cuyo fuerte cotorreo oíase mientras volaban. Los monos y babuinos divisábanse entre los árboles, y sobre las riberas y bancos de arena, observábanse los lagartos saliendo silenciosamente de sus escondites para asolearse, hasta que, al notar nuestra presencia, desaparecían de nuevo bajo el agua, con un zambullido. Abundaba toda especie de lagartijas de diferentes colores, incluidas las iguanas. Estas últimas tienen una apariencia repugnante, pues están cubiertas por escamas similares a las del lagarto, con una larga cola, una bolsa bajo la garganta, y púas a lo largo de la espalda. Algunas miden hasta un metro y medio, y las hay en diferentes colores como verde, amarillo y café, aunque la mayoría de las veces dificultase el distinguirlas de entre las ramas de los árboles que trepan. Son herbívoras, y su comida preferida es el árbol de mangle. Crean un hoyo en el suelo donde permanecen durante la temporada lluviosa. Los huevos y la carne, que es blanca y suave como la del pollo, considéranse un preciado alimento.

Al dar las cuatro de la tarde, alcanzamos la parte principal del trayecto: el precario pueblo de Panzos, donde abundaba el calor, la humedad, los zancudos y otros diminutos mosquitos cuyo piquete es aun peor que el del zancudo.

En este lugar, sólo dos personas hablaban inglés: el agente de la línea y su esposa, una joven pareja que representaba la satisfacción en medio de este lamentable lugar, donde muchas familias antes de ellos no habían logrado establecerse.

⁷ Ave de la cual se desconoce información. (N. de la T.)

El hotel consistía en una choza de adobe, de una sola habitación; mas para nuestra fortuna, el vapor tuvo que esperar una carga de café desde el interior, por lo que aceptamos con gozo la invitación del capitán a permanecer a bordo.

Desde Panzos comenzaríamos nuestro viaje a través del país hasta Ciudad de Guatemala, y dado que sabíamos con anticipación que no podríamos contar con una mula en Panzos, habíamos tomado ya la precaución de telegrafiar desde Izabal al interior para solicitar un carruaje si era posible, o en caso de no serlo, disponer de mulas. Esperábamos conseguirles, además de un guía. Pero no los conseguimos, por supuesto, lo cual debimos suponer después de nuestra vasta experiencia en este país, ya que estábamos en la tierra del «hoy no, mañana sí». Ya fuera con paciencia o sin ella, debíamos esperar.

IV

La vida entre los indígenas

Los indígenas con quienes ahora comíamos, dormíamos y viajábamos, eran por completo diferentes de los de Norte América; eran pacíficos, sinceros, dóciles y limpios. En lugar de ocuparse de la guerra, dedicábanse a la agricultura; su estilo de vida no era nómada sino que establecíanse en pueblos; no eran salvajes sino semicivilizados; labran el suelo, tejen, trabajan la cerámica y construyen casas. Su piel morena luce un tono cobrizo, sus ojos y cabello son negros, poseen frentes bajas y sus pómulos no son prominentes; sus rostros, con frecuencia apuestos, reflejan amabilidad y simpatía. De considerable baja estatura —por debajo del promedio— y contextura firme, estos indígenas son de manos y pies pequeños. Su trato es tan sincero y pacífico que América Central puede considerarse el lugar más seguro del mundo para viajar, y en general los estadounidenses, en contraste con nuestra percepción del indígena como un ser salvaje, pueden considerarlos gente bastante afable. Sin embargo, estas pobres personas representan las bestias de carga del país, ya que las manadas de mulas son tan poco comunes que casi todo se transporta sobre la espalda de ellos, aun tratándose de cargas abrumadoras. El cargamento se coloca dentro de cajas o canastas de madera atadas con una correa que rodea la cabeza para que el peso se compense con la frente. De esta manera, con un peso que sobrepasa los cuarenta y cinco kilos, pueden recorrer de treinta y dos a cuarenta kilómetros por día, con un agraciado pero rápido paso, y por este arduo trabajo nunca se les paga más de un real⁸ (doce centavos y medio) diario. La mayor parte del café se transporta hasta los puertos de esta forma. Además, se les confía miles de dólares, y el mercader tan sólo les dice: «Su cargamento es dinero». Nunca un dólar perdióse o fue robado.

⁸ Moneda vigente desde que se creó la República Federal Centroamericana en 1824 y hasta 1912. (N. de la T.)

Una de las más llamativas características de los indígenas consiste en el silencio y la impasibilidad que demuestran ante la presencia de los blancos, aunque, cuando no se percatan de la presencia de estos, suelen hablar y reír con estrépito, y son en realidad una raza muy sociable, pues viajan siempre en grupos. Manifiestan un gran orgullo, y cuídanse de no expresar sorpresa, admiración o asombro. De esto observamos un excelente ejemplo en Panzos, durante una fiesta de indígenas que acababan de llegar del campo y que nunca antes habían visto un vapor. Acercáronse a la orilla del río y contemplaron el navío con seriedad y detenimiento durante unos quince minutos, pero mientras lo exploraban no intercambiaron una palabra entre ellos, ni expresaron en sus rostros la menor emoción, a pesar de que debieron haberse asombrado ante tan extraño y estupendo objeto.

Estos indígenas constituyen cinco octavas partes de la población de Guatemala; el resto lo conforman los ladinos, originados a partir de la mezcla de sangre española e indígena, y algunos de los cuales descienden directamente de los primeros españoles. Incluso el presidente Barrios lleva algo de sangre indígena en sus venas. Las clases más pobres de estos ladinos considéranse apenas superiores a los indígenas, y suelen ser más perezosos y sucios; siempre hablan español, mientras que los indígenas conservan su propio idioma.

La noche del segundo día en Panzos, nos contentamos al saber que el carruaje había llegado, así que nos dirigimos camino arriba para inspeccionarlo. Tratábase del único carruaje entre Panzos y Guatemala (distancia que abarca más de trescientos veinte kilómetros) y habíase utilizado en la región del Pacífico hasta que el dueño optó por el ferrocarril para transportar al interior sus vagones de café y sus mulas. El carruaje tuvo que desarmarse; así los indígenas cargaban las partes sobre sus espaldas a través de las montañas y a lo largo de una distancia de más de ciento sesenta kilómetros, desde donde el camino ampliábase lo suficiente para ingresar con él. Éste era un vehículo grande, resistente y cubierto, constaba de dos

asientos, y parecía una camioneta de playa pero con un freno de hierro apropiado para trasladarse en las montañas. Tanto por dentro como por fuera estaba cubierto de lodo; sin embargo, el capitán nos aseguró que con este resultado estaríamos viajando «con estilo». El carruaje era tirado por dos robustas mulas, y quien las dirigía era un joven ladino, despreocupado pero ágil, que vestía un atuendo curioso y poco refinado, con una bufanda roja alrededor de su cintura, lo cual lo hacía parecer más bien un joven garboso.

Acordamos con él empezar a las cinco en punto de la mañana para evitar el calor del día. Esa noche, por ser la última, lié con los mosquitos en forma más desenfadada que lo habitual. Por la mañana teníamos todo listo a la hora establecida, pero dieron las seis, luego las siete y el carruaje no aparecía. Finalmente, cerca de las ocho, el muchacho apareció; pero no parecía avergonzado por su demora, ya que, como el resto de las personas aquí, era normal para él no llegar a tiempo nunca en la vida, ni se esperaba que lo hiciera. Al preguntársele, respondió que «Dolly» —una de las mulas— había escapado durante la noche y que había estado buscándola durante horas. No valía la pena reprenderlo, así que comenzamos lo más animados posible, pero no habíamos andado ni diez metros cuando nos detuvimos; el joven salió y ató un balancín del carruaje que estaba medio roto, según parece, desde hacía varios días, pero que por lo visto él no pensaba reparar (aun si estando en Panzos no hubiera tenido nada más que hacer) hasta que soltóse por completo al comenzar el viaje.

Tan pronto emprendimos el recorrido me aventuré a dirigirle unas palabras en español al cochero, pues sabía que había llegado el momento de que yo me encargara de la comunicación, y nos veríamos en una difícil situación si fracasase. Para mi contento, me entendió y yo a la vez entendí su respuesta. Su español no consistía en la más clara gramática, y si el mío le parecía extraño fue muy cortés en no revelarlo con la mínima expresión, así que lidió con mi intento como si creyese que yo había hablado español toda mi vida. Pasadas unas

horas, nos acostumbramos a nuestras maneras de hablar, por lo que nos comprendíamos muy bien; pude preguntarle todo lo necesario, y si en algún momento no me comprendía, no le importaba tomar todas las molestias hasta que yo le comprendiese.

Al poco tiempo salíamos de Panzos, mientras el carruaje sacudíanos en todas direcciones sobre un camino terrible. Era esperable que debía estar en buenas condiciones por tratarse de la estación seca, pero ni siquiera el peor camino en Estados Unidos, durante la primavera, multiplicado por cien, estaría en tan mal estado como éste durante nuestro primer día. Había grandes lodazales dentro de los cuales podía desaparecer toda una rueda mientras la otra elevábase varios centímetros en el aire, y como consecuencia, uno de nosotros por poco fue a dar al suelo al tiempo que el otro aferrábase al carruaje para permanecer suspendido y no caerse. Tomando en cuenta que uno de nosotros pesaba 118 kilos y el otro solo 63, es posible valorar la seriedad de la situación cuando el lado del «gordo» se inclinaba. Lo que evitó el vuelco del carruaje sigue siendo un misterio, pero el muchacho nos aseguró que no podía desajustarse. Debió de haber algo en su construcción que impedía tal vuelco, ya que en bastantes ocasiones esto pudo haber sucedido. Algunas veces lográbamos avanzar, pero en otras, nos estancábamos en lodazales de donde parecía que no saldríamos. Aun así, las mulas demostraron su valentía y fuerza, y haciendo uso de toda su energía, nos sacaban de forma tan impecable y segura que ni cuatro caballos hubieran tenido éxito en lograr tal faena. Casimir, el cochero, realizó casi tanto trabajo como las mulas y además, lo hizo muy bien al gritarles y alentarlas. Nos divertía tanto su jerga que reíamos aun en los lugares más peligrosos. Sus expresiones oíanse más o menos como esto: «*Jiba mula, jiba soldar, biba colila, jiba!*» Cuando se exaltaba mucho y si nos localizábamos en un sitio dificultoso, poníase de pie, agitaba el látigo con fuerza y gritábase lo más fuerte posible: «*Jidyá, cerca, soldar, jolda*

colila!») lo cual, sumado al gorjeo, a los gritos y al nombrar a «Dolly» y a «Selosa» —las dos mulas—, convertíase en un divertido episodio que nos entretuvo durante varios días.

Arribamos a nuestra primera parada —aparte de los baches— cerca del mediodía en un lugar llamado Teleman, donde divisábanse unas pocas chozas de adobe. A medida que nos acercábamos, el joven guatemalteco que nos había acompañado en el vapor salió a nuestro encuentro con los brazos cargados de frutas, y sus palabras «dulces naranjas» nos parecieron una bienvenida. En vista de que demostró ser un amigo invaluable durante el viaje y a que desplegaba el más agradable carácter entre los nativos, su presencia resultónos especial. Era un mozo de unos veintiún o veintidós años, de estatura promedio y complexión delgada —característica de la zona—, con ojos y cabello negros y de piel muy oscura, pero en general, era atractivo. Su nombre provenía del español, y su trato y forma de vestir se asemejaban a los de un refinado caballero. Descendía de una de las primeras familias; su padre fue secretario del jefe (el gobernador) de uno de los principales distritos de Guatemala. Había estado en los Estados Unidos durante tres meses, y fue allí donde aprendió un poco de inglés. Ahora estaba de regreso en su casa en uno de los pueblos del interior, luego de esperar en Panzos el caballo que le fue enviado. Nos había acompañado desde Nueva Orleáns pero sólo habíamos conversado con él en una o dos ocasiones, pues sabía muy poco inglés entonces, además de que se mantuvo retraído y tímido. Por esta razón, nos sorprendimos y contentamos al saber que nos esperaba allí para acompañarnos y ayudarnos en nuestra expedición.

Después de un breve descanso en Teleman, proseguimos el camino, de nuevo al estilo «sube-y-baja». El chico se adelantó para que cuando llegásemos a nuestro siguiente destino la cena estuviese lista, ya que hasta ese momento tan solo habíamos subsistido con el almuerzo servido en el vapor. Durante todo el recorrido nos vimos rodeados de exuberante vegetación tropical, pero con las inesperadas subidas y bajadas no nos fue posible admirar por entero el

paisaje. A media tarde nos topamos con un enorme árbol caído que obstaculizaba el camino, con lo cual nuestros corazones encogieron, ya que el trecho era demasiado angosto por haber un terraplén en un lado y gruesos árboles en el otro, así que sólo pudimos pensar que quedaríamos por completo atrapados a treinta y dos kilómetros de alguna choza o indígena. A pesar de esas circunstancias, el cochero sencillamente quedó sentado en el vehículo y echóse a reír con toda su fuerza. Nosotros, que no compartíamos su descuidado temperamento ni considerábamos graciosa la situación, buscamos una solución a toda prisa, y para nuestro asombro, hallamos un sendero junto al camino, entre los árboles, a través del cual el carruaje podía pasar. Bastante afortunado el acontecimiento, pues no existía ningún otro sitio en varios kilómetros a la redonda donde fuese posible encontrar una salida.

Sin que ningún otro percance aconteciese, llegamos a La Tinta, a las siete de la noche. Era un lugar de miserable apariencia, uno de los pueblos indígenas en peores condiciones, pues ni siquiera contaba con el tradicional hotel de adobe de una sola habitación. Llegar en medio de la oscuridad a un lugar desconocido, en medio de personas extrañas, con costumbres particulares y un idioma extranjero, nos hizo sentir que éramos dos niños abandonados y aturdidos, ignorantes de qué hacer o cuál camino tomar una vez que bajamos del carruaje. Sin embargo, nuestro joven amigo pronto apareció, con lo cual nuestra ansiedad encontró término. Guiónos hasta el cabildo, un edificio del gobierno que existe en cada pueblo y donde detienen los indígenas con sus cargamentos. Corresponde en cierta manera a nuestro ayuntamiento, y es el cuartel del comandante, un oficial del gobierno a cargo de los indígenas. El edificio era de adobe pero pintado de blanco, y consistía en una habitación con piso de tierra. La habitación estaba amueblada con una banca —de lado a lado—, una larga y dura mesa de madera sobre la cual una candela ardía, y eso era todo. Pronto aprendimos la intensidad de una repetida frase: «no hay», pues en todo el pueblo no había una cama o algún

otro mueble, cuchillos o tenedores, un plato para la comida, un tazón donde echar agua para lavarnos el rostro, ni nada de lo que considerábamos necesidades básicas, y peor que esto, nadie hablaba nuestro idioma. Lo que habríamos hecho de no tener a nuestro amigo al lado, no estoy segura de saberlo. El cochero preocupóse más por las mulas que por nosotros. A esa hora de la noche no nos habían preparado nada de comer, no sabíamos adónde ir o qué hacer, y habríamos experimentado, con certeza, una terrible situación de no ser por la amabilidad de este joven. En esa miserable choza, asemejábase a un príncipe, y sus palabras causaban cierta magia al dar órdenes, pues todos apresurábanse a cumplir sus peticiones. En poco tiempo presentónos la cena, que consistió en frijoles, tortillas y café, traídos de una choza vecina, y algunos platos, cuchillos y tenedores junto con comestibles de su propio maletero. Los frijoles, las tortillas y el café constituyen el alimento diario de los indígenas; nunca consumen carne a excepción de los días festivos. Los frijoles son negros y se guisan; su sabor es similar al de nuestros «*Boston baked beans*»⁹; las tortillas son tortas gruesas hechas de la manera más simple. Se hacen de maíz, el cual primero se muele entre dos piedras, así como hacíase en Egipto en tiempos de los israelitas. Luego, el maíz se moja y se palmea hasta formar una torta plana y redonda que seguidamente se hornea sobre una lámina de hierro colocada al fuego. Nos proveyeron de estos alimentos a diario durante diez días mientras nos trasladábamos a Ciudad de Guatemala, y resultó ser de buena fortuna el que no hubiese epicúreos.

Después de cenar, y como no existía nada que nos motivase a seguir velando —a excepción de un parpadeante sebo de candela—, nos acostábamos en nuestras hamacas por la noche. Los indígenas, que estuvieron cargando el abundante equipaje del joven, habían extendido sus petates sobre el suelo y durmieron fuera. Nuestro cochero había extendido una

⁹ Platillo tradicional de Boston que consiste en frijoles blancos saborizados con especias y otros ingredientes, y cocidos a fuego lento. (N. de la T.)

pequeña sábana sobre el polvo en medio del camino y durmió cerca del carruaje, al cual las mulas estaban atadas. De lo cansados como nos sentíamos a causa del largo viaje, y aunque las hamacas no nos parecían blandos sofás, dormimos hasta las cinco de la mañana, hora a la que los indígenas nos despertaron mientras se preparaban para su diario quehacer. Sentíamos ansias por salir, pero el muchacho y la mula no aparecieron hasta después de las siete. Venía con la reacia «Dolly», diciendo que la había estado buscando desde las tres de la mañana. Acto seguido, se determinó de inmediato acabar con las excursiones nocturnas de «Dolly», así que entregósele al chico dos fuertes cuerdas, con las cuales dichos problemas llegaron a su fin. Aunque las mulas ya podían amarrarse, el joven volvió a demorarse, y cuando se le preguntó por la razón, dijo que «no había bebido su café», con lo que supimos que nuestro viaje no comenzaría hasta que realizase tan importante evento. Todos en este lugar comienzan el día, invariablemente, con una taza de café, y la manera de prepararlo es tan peculiar como interesante. Se tuesta el café al fuego hasta que se oscurece y toma un sabor amargo; luego se muele y se le agrega agua hasta que se le extrae la esencia, y el resultado es una negra tintura. Prepárase suficiente como para una semana y colócase en la mesa con cada comida, ya sea frío en una botella o algunas veces calentado y vertido en un recipiente. Échase solo una pequeña cantidad en una taza, la cual luego se llena de agua caliente; no se le agrega leche, pero azúcar sí –rara vez– excepto en pueblos más grandes. Al principio su sabor es amargo; por esta razón nos tomó trabajo beberlo todo, pero después de un tiempo nos acostumbramos a él y lo tomábamos sin problema hasta tres veces al día, como hacen todos aquí. Aun más, dícese que en los distritos donde existen brotes de malaria es aun mejor, pues actúa como tónico, casi con la misma eficacia que la quinina, y sin ningún efecto secundario.

Al segundo día el camino presentaba mejores condiciones, aunque ascendía de forma gradual. Al mediodía nos detuvimos para descansar en un sitio encantador, tan hermoso que

parecía un escondite de hadas. En mi opinión, este paisaje es uno de los más preciosos que he visto de entre los que soy capaz de recordar. A un lado pude observar un terraplén al pie del cual un caudal de la montaña rugía y espumeaba sobre las piedras; al otro lado noté una gran abertura en la verde ladera, y a través de ésta, un pequeño cauce corría y sus riberas se cubrían de las flores más hermosas, finos musgos y helechos. Cerca del caudal, estaban sentados un indígena, su esposa y el bebé. Así, formaban un pintoresco grupo con sus brillantes atuendos coloridos. Era evidente que nos observaban con mucho interés y admiración, y cuando mi padre le dio unas palmaditas al niño en la mejilla y le dejó dinero en su mano, parecía tan deleitado como el niño, quien alejose gateando con alegría. Nos detuvimos sólo el tiempo necesario para descansar, aunque me hubiese encantado quedarme allí. Me puse de pie a regañadientes cuando Cassimir, después de haber concluido su siesta, nos avisó que era hora de proseguir el viaje. Por la noche, llegamos a un pequeño pueblo indígena, Tucuru, a trescientos metros sobre el nivel del mar, y allí hicimos una parada en una choza de adobe, la de mejores condiciones en el pueblo y donde los viajeros normalmente se detienen. La mujer de la casa era una persona desagradable, fea y mal educada, que fumaba un enorme cigarro y escupía en el suelo. Sin embargo, observé bastantes muchachas de encantador aspecto, y un hombre simpático quien, como más adelante supimos, quedaría aquí durante un corto lapso; era muy rico para pertenecer a este país. La cena en este lugar estuvo mejor de lo usual, pues nos sirvieron un platillo de gallina además del resto de comida, y pudimos dormir en catres, aunque con toda la familia en el mismo cuarto.

Los catres que nos ofrecieron aquí, y que también aprovechamos en la mayoría de los pueblos —a pesar de que apenas tenían tres como máximo en toda la localidad— resultaron más cómodos que las hamacas. Su construcción carecía de complejidad, pues consistía tan solo en una tosca armazón de madera con tiras de cuero crudo clavadas a ella, y cubierta por

un tapete de paja, el cual servía como ropa de cama. Tuvimos que agenciarnos nuestras propias sábanas para cubrirnos, y como almohada usábamos ya fuera un bolso, un abrigo o un chal, aunque en ocasiones las noches eran tan frías que permanecíamos con nuestra vestimenta puesta para mantenernos cómodos. Por supuesto, debido a la dureza de las camas y a que debíamos dormir con todas las prendas puestas, apenas pudimos descansar, pero siempre terminábamos tan exhaustos al final del día que hubiésemos podido dormir incluso sobre una piedra.

Al tercer día, el camino continuaba en ascenso y era tan empinado que veíase aterrador, pero dejaba admirar un escenario magnífico cada vez que cambiábamos de dirección a través de los caminos montañosos. En determinados momentos pasamos bordeamos un profundo precipicio al pie del cual un riachuelo corría, o volvíamos a ver hacia abajo a cientos de metros para descubrir el sendero del cual veníamos, y aun así nos quedaban cumbres por ascender. Todo el borde del camino estaba adornado con flores y árboles tropicales, tales como las de nuestros invernaderos, y divisábamos con frecuencia diminutas cataratas y cascadas, y jardines entre rocas cubiertos por delicados musgos y helechos, mucho más hermosos que los existentes en cualquier jardín de los Estados Unidos.

Al mediodía hicimos nuestra primera parada en Tamaju, a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Es un típico pueblo indígena, quizá un poco más extenso que los que habíamos visitado con anterioridad, y el primero en disponer de una iglesia. Cassimir nos informó, para nuestra sorpresa, que no serían posible avanzar más ese día porque las mulas estaban exhaustas. A decir verdad, Selosa parecía estar más que agotada, y ante nosotros se levantaba una enorme montaña, más alta que cualquiera de las anteriores. A causa de tal anuncio surgió una serie de preguntas sobre cada llegada y salida que continuó durante todo el día, por lo que tuve que servir de intérprete para mi padre hasta que me sentí desgastada.

«¿Cómo se llama el siguiente lugar?», «¿A qué distancia se ubica?», «¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?», «¿Qué tipo de lugar es?», «¿Tienen camas?», «¿Está en mal estado el camino?», «¿No podemos avanzar un poco más?» Sin embargo, la prisa y las preguntas fueron en vano, pues el muchacho mantúvose firme en su decisión, así que ya sabíamos por experiencia que era mejor confiar en su juicio. Un detalle curioso fue que él nunca sabía decir con certeza la distancia a la que se encontraba un lugar de otro; en su respuesta siempre usaba las palabras «tal vez», y evidentemente trataba de adivinar la distancia —a veces sin fundamento—, pero siempre acertaba, casi de inmediato, el momento en que llegaríamos a cierto pueblo, y enorgullecíase de ello.

El comandante de esta región portóse como un verdadero caballero. Nos recibió de forma cordial y comenzó a hacer todos los preparativos para brindarnos comodidad. Mandó un aviso a su esposa —que estaba en su casa, cerca de allí— para que preparase el desayuno e hiciese mandar para nosotros los catres hasta el cabildo. Sucedió que, como acontecer en estos pueblos, el cabildo constaba de dos cuartos, uno de los cuales servía de cárcel, y como estaba vacío, nos lo dejó a nuestra disposición, pero nos hizo dudar sobre si en realidad éramos huéspedes de honor en una habitación vacante o más bien indigentes.

Nuestro desayuno preparóse más temprano, ya que la señora tenía a su disposición varias jóvenes indígenas como sirvientas, a quienes puso a trabajar de inmediato. Así que disfrutamos de una buena comida, comparada con otras, pues nótase la diferencia en cuanto a las tortillas, los frijoles y los huevos fritos. Además, se nos sirvió algo de carne, la cual, sin embargo, estaba tan dura que hubiese servido mejor como adorno. Nos atendían jóvenes doncellas indígenas, quienes entraban y salían sin causar el menor ruido, como si fueran fantasmas morenos pero que se dedicaban a cumplir nuestros deseos con calma y cortesía.

Después de cenar, aproximadamente a los cinco minutos, recorrimos el resto del pueblo y visitamos la iglesia, un maravilloso edificio por fuera —como lo es todo aquí— pero con imágenes repulsivas y horrorosas por dentro. Además, está decorada con oropel y adornos de fantasía que la hacen parecer un templo pagano. Sin embargo, apreciábase la devoción por medio de los hermosos ofrecimientos de frescas flores colocadas ante varias imágenes.

Nuestro amigo nos dejó allí, pues ahora podíamos vernos por nosotros mismos, y así él ya no necesitaba atrasar más el viaje. Hacia él sentiremos siempre la más sincera gratitud, ya que nos había prestado valiosos servicios de la manera más cortés y modesta, con lo que nos suprimió todos los prejuicios y nos hizo cambiar por completo las concepciones que teníamos sobre el temperamento español. Su prestancia era, sin duda, un rasgo digno de admiración. Ningún estadounidense, aun perteneciendo a la alta sociedad, podría haber actuado con la misma entereza ante las mismas circunstancias sin convertirse en un «pesado».

La capacidad de percepción y tacto que poseen los hispanos es realmente maravillosa, y Emilio Carranza es un buen ejemplo de ello. Comprendió la situación por completo al señalarnos cómo nos impresionaría el país y las dificultades que enfrentaríamos; y, sin convertirse en una entrometida o molesta persona, hízose responsable por nuestra comodidad y encargóse de nosotros en todo aspecto. Siempre aparecía —en ocasiones como si bajase del cielo— en el momento preciso que más lo necesitábamos, y efectuaba todo de forma correcta. Luego, sin permitirnos agradecerle, retirábase con tranquilidad cuidándose de no importunarnos y deseoso de mostrarnos, de la mejor manera posible, la mayor cortesía y amabilidad como extranjeros que éramos en una tierra foránea.

Todo lo que faltaba por maravillarnos era contemplar durante la prolongada tarde a los indígenas, que se acercaban en multitud al cabildo. Sus vestimentas, similares a las de todos los indígenas a lo largo del país, lucían una apariencia pintoresca. El vestido de las mujeres

consistía en una falda larga a cuadros, con talle sin mangas, holgado, bordado y a menudo elaborado con los colores de la tribu. El cabello, largo, negro y por lo general hermoso, lo mantienen suelto, pero a veces se lo enrollan con lana roja. Casi siempre se les ve descalzas, y no lucen joyas a excepción de una gargantilla de cuentas y dinero (su gargantilla es su banco). El atuendo de los hombres consiste en una chaqueta holgada y pantalones de tela gruesa, siempre blancos y, lo más sorprendente, siempre limpios. Nunca vimos un indígena desaseado, y rara vez veíamos alguno andrajoso. Cuando transportan cargas usan sandalias de cuero y sombreros blancos, se quitan las chaquetas y enrollan los pantalones, hasta quedar casi desnudos. Nunca usan pintura de guerra ni plumas, y el único indicio de barbarie sería el largo machete de terrible apariencia, que siempre llevan consigo; es indispensable para ellos como la navaja para nosotros, pues los espesos bosques abundan en lianas y arbustos que no los dejaría penetrar a pie, de no ser por estos largos cuchillos.

Cerca del cabildo aglomeróse una multitud de chicos muy «vivos», sin duda curiosos por vernos, aunque un poco asustados. Acercábanse juntos tanto como querían, y luego con una risa y un grito desaparecían por la esquina del edificio. Los alentábamos todo lo posible, así que se aventuraban a acercarse un poco más hasta que por fin satisfacían su curiosidad. Este es un ejemplo de cómo causábamos interés por doquier. En cuanto llegábamos a algún lugar, interrogaban al cochero con toda clase de preguntas sobre nosotros, y su aire de orgullo y propiedad divertíanos bastante.

Los lugareños mostraban ansias por conversar, y decepcionábanse cuando averiguaban que ninguno de nosotros hablaba español. Nos reconocieron de inmediato como estadounidenses, y expresaron la mayor admiración por Estados Unidos y un enorme deseo de hablar inglés. Nuestro cochero aprendió a decir «*all right*» («está bien») con su completa comprensión de significado, y sentíase tan orgulloso de ello que constantemente manifestaba

este conocimiento ante los indígenas, y les decía que él sabía hablar inglés, con ese aire de orgullo que los hacía creer que de verdad dominaba por completo el inglés.

En cuanto oscureció —después del atardecer —, y como no existe el crepúsculo en los trópicos, nos retiramos a la prisión, a pasar la noche. Sin embargo, el sueño tardó en llegar, pues afuera, una aglomeración de indígenas hablaba en su extraño y gutural idioma muy rápido y casi a gritos. Aunque ya habíamos convivido con los indígenas durante tres días, y el miedo inicial —porque lo tuve al principio— habíase desvanecido casi por completo al ver a diario sus afables rostros, sentía aún algo de nervios esa noche —debo confesarlo— al quedarnos en esa solitaria choza rodeados por completo de indígenas. El comandante estaba en casa, a distancia considerable; nuestro cochero dormía en el suelo en alguna parte, no sabíamos dónde, y Emilio Carranza, quien hasta ahora había sido nuestro protector, estaba a kilómetros de distancia. En verdad resultaba alarmante oír a estas personas, quienes por lo general manteníanse silenciosas, hablando con ese vocerío y de forma tan intensa. Me asusté tanto que casi termino por pensar que conspiraban contra nuestras vidas, y permanecí allí temblando, esperando en cualquier momento verlos abrir la puerta de golpe e ir tras nosotros. Charlé con mi padre, pero no le comenté que estaba asustada. ¡Oh no! ¡No confesaría mi debilidad! Pero él sí lo confesó con cierto nerviosismo de otra índole, y manifestó que estaba acabándosele la paciencia debido a tanto ruido. Entonces en ese instante llegó alguien más, una nueva voz artificialmente alta que desterró toda esperanza de sueño, y cuando se vio escaecido y falto de paciencia, vociferó en estentóreas notas y con contundente inglés «*Shut up!*» («¡Cállense!»). De inmediato todo silencióse; cada voz calmóse, y los conversadores desvaneciéronse como por arte de magia, y ni sus pisadas oyéronse. Me levanté del catre y miré por la ventana. La luna brillaba esplendorosamente; no se veía un solo indígena cerca; la

calma y tranquilidad de la noche calmó mi espíritu, y me di cuenta de lo insensatos que fueron mis miedos.

Aun así, no pudimos conciliar el sueño, pues llegaron hasta nosotros, robando la quietud de la noche, los sonidos de la marimba, dulces y monótonos pero no soporíferos, repitiendo la misma tonada una y otra vez. Ese fue un día festivo, y un baile de indígenas tenía lugar en alguna parte del pueblo, y tocaron esta tonada sin cesar durante horas y horas. Finalmente, cerca de la medianoche, los sonidos amaináronse y pudimos dormir.

V

Una semana en un pueblo indígena

Haber perdido medio día en Tamaju a causa de la fatiga de las mulas resultó muy desalentador, ya que habíamos planeado arribar en cuatro días al pueblo de Cobán, uno de los pueblos interiores más extensos y que disponía de un hotel, y si teníamos suerte, lograríamos hallar descanso y comodidad. Además, era ese el final de nuestro trayecto en carruaje, pues debíamos cambiar la modalidad de viaje por las mulas, y los indígenas (o mozos, como se les suele llamar) cargarían nuestro equipaje. El cochero no dio esperanzas de llegar a Cobán en menos de un día, pero nos sentíamos en extremo ansiosos, e insistíamos más que nunca en la importancia de comenzar el recorrido a tempranas horas. Para sorpresa, nos hizo levantar a las tres de la mañana, fuera porque su afecto hacia nosotros se incrementó o porque comprendió nuestros deseos, lo cual significó un gran esfuerzo para él. Ya les había colocado los arneses a las mulas y tomado el café, así que emprendimos de inmediato el viaje. Era noche de luna llena, la cual, en lo alto de los cielos y con una luz casi diurna, iluminaba nuestro camino mientras ascendíamos la colosal montaña hasta alcanzar la cima. A las ocho de la mañana, nos detuvimos para desayunar en Taltic, un pequeño pero próspero pueblo indígena dispuesto en buena manera de jardines, y cuyo aire de frugalidad nos causaba un efecto muy diferente del de otros pueblos, pues los pobladores de todo el lugar construían cercas y creaban jardines. El pueblo localizábase a tan elevada altura que daba la impresión de ser muy frío. Todos los indígenas vestían una enorme manta sobre los hombros, y veíanse obligados a envolverse tanto como pudieran para mantenerse calientes. Desayunamos junto con una simpática y afable familia, aunque en la choza exhibíase un letrero con la expresión «se vende aguardiente», —equivalente al brandy en Estados Unidos—, licor de fuerte sabor y desagradable para todos excepto para los nativos.

Cerca de allí erigíase una bella iglesia, donde los servicios realizábanse en honor de un día festivo, «la fiesta de la Candelaria», y dentro de la abarrotada iglesia, los indígenas arrodillábanse y cantaban un himno en español como respuesta a las palabras del sacerdote. Sus cánticos eran melodiosos, pero la música era extraña y monótona.

Cerca de las nueve, reanudamos la jornada. El joven nos aseguró que si lográbamos llegar al próximo pueblo al mediodía, estaríamos en Cobán por la noche. Mi labor como intérprete se hizo aun más complicada, pues mi padre creía que llegar a Cobán dependía de la cantidad y frecuencia de preguntas que yo formulase al cochero, así que a cada quince minutos me decía: «Pregúntale cuánto falta ahora». Era indescriptible la ansiedad que sentíamos con el pasar de las horas durante esa mañana, y cuando entramos en Santa Cruz casi nos asustaba el hecho de ver el reloj, pero, para nuestra satisfacción y la de Casimir, las agujas señalaban precisamente las doce en punto.

Los poblados en estos alrededores son más extensos y prósperos, abundan en cultivos de café; en la plaza, las mujeres indígenas separaban a mano la cáscara de la pulpa del café, ya que no poseen maquinaria. Permanecían sentadas en el suelo, con canastas de granos rojos, y lucían sus vestidos bordados y un ondeado cabello negro, todo lo cual conformaba una pintoresca imagen. Trabajan con rapidez, pero sólo se les paga seis centavos y un cuarto por día.

Una vez que las mulas descansaron, dejamos pasar un tiempo, y al cabo de unas horas observamos desde la cima de una colina una aldea que, con sus blancas casas y los capiteles de los templos, aparentaba gran belleza.

Desde la distancia, el pueblo se asemejaba bastante a una aldea de Nueva Inglaterra, por lo que pensé al menos existía algo que nos recordase nuestro hogar. Por completo exhaustos, debido al trayecto de más de ciento sesenta kilómetros sobre un agreste camino,

vitoreamos con entusiasmo nuestra primera parada real antes de llegar a Guatemala. En este lugar vivía Cassimir, además de las mulas, que mostrábanse tan alegres como nosotros.

Aunque al borde del agotamiento como para hablar, nos levantamos del carruaje y exclamamos «¡Hurra!». El joven hizo sonar su látigo enérgicamente, alardeó y gritóles a las mulas en señal de triunfo: «A las cuatro, Cobán», y nos lanzamos con regocijo colina abajo para entrar al pueblo. Sin embargo, ¡ay de nosotros!; nuestro júbilo convirtiéndose en decepción cuando entramos a Cobán y descubrimos un ordinario pueblo indígena; más grande, eso sí, y en mejores condiciones, pero nada similar a lo que creíamos contemplar desde lejos.

Nos dirigimos de inmediato al hotel, propiedad de una dama alemana cuyas hijas, para nuestra suerte, hablaban inglés. Tan fatigada me sentía de preguntar tanto al cochero que le indiqué a mi padre que, ya fuese que hablasen inglés en el hotel o no, le correspondía a él esta vez hacer todas las preguntas, pues no me sentía dispuesta a decir una palabra más. El «Hotel Alemán», como todas las estructuras de la zona, consistía en un edificio de adobe pintado de blanco, de una sola pero extensa planta —en todo el pueblo sólo dos casas eran de dos plantas—, dividido en varios aposentos, con piso de piedra, y, de igual manera que las casas de adobe, lucía un aspecto oscuro, húmedo y lúgubre. Permanecíamos en su interior muy poco tiempo, pues afuera disfrutábamos del sol; y frente al hotel, un maravilloso jardín exhibía rosas y violetas en flor durante todo el año.

Los platillos nos agradaron mucho, y a cada comida le rendimos más que suficiente justicia. La verdad es que moríamos de hambre, y debimos haber actuado casi tan vorazmente como la Marquesa en su primer banquete con Dick Swiveller¹⁰. La disposición de las comidas en estos países difiere en gran medida de la nuestra. Nunca desayunan antes de las diez o doce, pero al levantarse por la mañana lo primero que hacen es tomar una taza de café acompañada

¹⁰ Pasaje de la novela *La tienda de antigüedades*, de Charles Dickens. (N. de la T.)

de una porción de pan. El pan de este hotel era muy sabroso; no lo servían en rebanadas como nosotros, sino que en formas diferentes y elaboradas, y algunas parecían pastel en lugar de pan. Disfrutamos tanto del pan como del queso fresco que nos ofrecían. El café lo preparaban de la manera previamente descrita, pero con mayor cuidado, y así adquiría mejor sabor. Sumado a esto, aprovechábamos el lujo de conseguir azúcar y leche. Un arbusto de café en el patio era suficiente para suplir las necesidades de los inquilinos del hotel.

Hallamos bastante interés en una joven indígena, Candelaria, quien manteníase más ocupada que nadie en todo el edificio. Esperaba cerca de la mesa, encargábase de los aposentos, traía el agua para la casa en una jarra sobre su cabeza, iba al mercado, y siempre veíasele dedicada a alguna labor a cada instante, y a pesar de ello, no se le notaba agotada en ningún momento. En ocasiones la oíamos moliendo el café a las nueve de la noche, y siempre se levantaba por la mañana primero que los demás.

Se dice que Cobán es un bello poblado, aunque yo no encontré nada que admirar sobre la arquitectura de adobe. Muchas casas son de gran extensión; cada una, sea grande o pequeña, y junto con sus respectivas cercas, mantiénesse recién pintada de blanco, y todo el lugar permanece lo más limpio y prolijo posible. Esta zona se localiza en un ventajoso valle fértil a más de mil doscientos metros de altitud, por lo que el clima es ameno y saludable. Aunque durante el día hace mucho calor, se siente frío bajo las sombras, por la mañana y la noche. Para nosotros, oriundos de tierras de costas calurosas, nos parece un lugar muy frío, y al principio me congelaba aun con mis más tibias prendas, y trataba de convencerme a mí misma de que debía ser caliente basando mi opinión en la belleza del verdor que contemplaba ante mí.

Los alrededores de Cobán gozan de muchos encantos, y al caminar en cualquier dirección revélanse escenarios llamativos. Las flores abundan en tal manera que la pequeña

villa parece estar plantada en un vasto jardín, casi enmarcado por rosas. Toda la región puede considerarse un vasto campo de estudio para el botánico y el ornitólogo. Existen varias especies de aves, muchas son poco comunes y de magnífico plumaje, y pueden adquirirse por medio de los indígenas, si se les da una moderada suma. En este país, las más delicadas rosas de nuestros invernaderos permanecen en flor durante todo el año, y en los bosques pueden encontrarse exóticas orquídeas que los lugareños venden por cinco centavos, mientras que en Londres se compran por cientos de dólares.

Se estima que la población de Cobán alcanza quince mil habitantes, pero estas cifras tan solo permiten una idea exagerada del tamaño; la mayoría son indígenas, muchos de los cuales viven en espacios bastante pequeños. Los angloparlantes son alemanes, y nos recibieron con muchísima cordialidad y simpatía, y encargáronse de brindarnos la más placentera estadía. Conocimos varias jóvenes bien educadas y cultas, de cuya compañía disfruté enormemente. Algunos alemanes cuentan con plantaciones de café, otros dedícánse al comercio y suministran los pueblos del interior, y es impresionante tanto la cantidad de tiendas que existen en todo el país como la vasta cantidad de productos que se importan, sin que casi nada se manufacture. Pese a no mantener un estrecho contacto con el mundo civilizado, y verse obligados de alguna forma a adoptar las costumbres del país, estos alemanes aún gozan de las comodidades y lujos de la vida, con la diferencia de que se privan de pertenecer a la sociedad excepto cuando se trata de su limitado propio círculo; pues aunque en cierta manera se mezclan con las mejores clases de los nativos, existe todavía una afiliación mínima entre ellos.

Ningún extranjero disfruta realmente vivir en ese lugar. Todo estadounidense y alemán que conocimos en América Central ansiaba el momento de regresar a su tierra natal, aunque apenas uno de cien lo realiza, y aquellos que se van, siempre regresan, atraídos por una extraña fascinación que parece ligarlos a tan misteriosa tierra.

Nuestra llegada a este pueblo resultó ser todo un acontecimiento. Los alemanes regocijaronse de recibir a personas de un país civilizado, y los nativos sentían curiosidad por nosotros. No llevábamos ni dos horas de estar allí y ya ellos sabían de nuestra presencia, por lo que ansiaban vernos. Inquirían: «¿Cómo son?», e ideaban cualquier excusa para acercarse al hotel a observarnos; incluso los niños asomábanse por las ventanas. Mostraban particular interés por la estatura de mi padre, y siempre que paseábamos por la calle nos volvían a ver con admiración y asombro, y con frecuencia oíamos las expresiones «¡qué gordo!» y «¡pesa mucho!». Aunque no lo hacían con la más mínima intención de ofendernos, y considerábamos su curiosidad un cumplido, la situación nos desagradó en demasía, por lo que sabernos «extranjeros» convirtiéndose en una difícil e incómoda experiencia.

Nuestra principal forma de entretenimiento era visitar a diario la plaza, que consistía en un área de gran extensión sobre la cima de una colina en el centro del pueblo, circundado por la iglesia, el cabildo y algunas tiendas. En la plaza, las indígenas sentábanse en el suelo, bajo un ardiente sol, a vender carne, frutas y vegetales. La escena resultaba curiosa, siempre con algo nuevo e interesante, pero imposible de describir, pues en ninguna otra región del mundo se contemplaría tal imagen, salvo en oriente. Los precios eran sorprendentes. Por la moneda de menor valor (una cuartilla¹¹), que equivale a tres centavos, podíamos obtener más naranjas de las que éramos capaces de cargar; piñas, a dos por cinco centavos; cocos y bananos, tres por cinco centavos; huevos, a centavo cada uno; carne de res, casi medio kilo por doce centavos y medio; y cigarros, mil unidades por cinco dólares.

Una tarde visitamos el cementerio, ubicado sobre una alta colina a la que se llega subiendo cerca de cien escalones. Es una subida retadora, pero vale la pena debido a la magnífica vista que se tiene desde allí. Era un lugar de extraña apariencia; muchas tumbas

¹¹ Un cuarto de real. (N. de la T.)

estaban marcadas con una vara solamente, otras por un rudimentario arco de barro, y otras pocas por monumentos de adobe pintado de blanco. Se alzaba una pequeña capilla con los tradicionales adornos de oropel e imágenes. En cuanto alcanzamos la parte superior de los escalones, la campana de la capilla comenzó a repicar con intensidad, y al observar hacia abajo, vimos una procesión funeraria indígena que ascendía la colina al frente de la cual caminaban tres o cuatro violinistas, y tras ellos, una muchedumbre desordenada, en su mayoría mujeres que, según la tradición en este país, eran contratadas como dolientes, y éstas realizaban un gran esfuerzo para llorar y lamentarse.

El ataúd, que cuatro hombres cargaban a los hombros, era un brusco objeto, y estaba cubierto de papel blanco y negro, y lo habían decorado con una calavera y huesos en cruz. La primera se asemejaba a una calabaza de noche de brujas diseñada por niños. La procesión ingresó en la iglesia, donde un sacerdote estaba ante el altar rodeado de candelas encendidas, y todos se arrodillaron. Sin embargo, notamos que no se realizó servicio alguno, ni se oyó nada salvo la música y la campana de la capilla, que repicaba de forma ruidosa.

Pasaron unos instantes, se dirigieron a la tumba y bajaron el ataúd; las mujeres sollozaban escandalosamente, y en su acto mostraban aun más dolor. Aquel acontecimiento referíase al funeral de un indígena acaudalado, pues al pobre mozo tan solo se le envuelve en un petate y se le cubre con algo de tierra, y en ocasiones hasta le queda un dedo del pie por fuera.

También fuimos testigos de otra curiosa costumbre, una ceremonia religiosa. Era una procesión de indígenas que cargaban una imagen de la Virgen María, la cual no era más que una muñeca de gran tamaño vestida maravillosamente de blanco, con muchas lentejuelas y sentada en una silla grande, la cual a su vez adornaron con guirnaldas y flores. Las mujeres

portaban la imagen y eran precedidas por una música estrafalaria; todos en la calle arrodillábanse al verla pasar, y permanecían en esa posición hasta que se alejaba.

Con frecuencia, al pasar ante las casas en la noche, oíamos un cántico monótono, y al asomarnos, pues dejaban las puertas abiertas, observábamos una multitud arrodillada adorando alguna imagen. Díjosenos que no eran muy devotos de la religión; que la costumbre consistía sobre todo en un espectáculo vacío donde repicaban las campanas y exhibían fuegos artificiales. En la extensa y hermosa iglesia rara vez oficiaban servicios. El domingo se consideraba día festivo, ideal para el mercado. Por la tarde, realizaban exhibiciones de tropas, y la banda tocaba en una de las principales plazas.

Aprendimos muchas costumbres españolas, así como la situación de la sociedad, más que deplorable, pero como este lugar representa apenas una versión más reducida de la capital, hemos preferido hablar sobre ello más adelante.

No obstante todo lo que los alemanes hicieron por brindarnos una estadía placentera, tan pronto hubimos descansado, de buena gana queríamos seguir adelante; pero desafortunadamente, nos enteramos de que nos tomaría más tiempo terminar los preparativos de nuestra nueva modalidad de viaje.

Hasta ese momento había abrigado la leve esperanza de que existiese otra manera de viajar que no fuese montados en una mula, a lo que le guardaba cierto temor. Había sido posible por ahora, pero una distancia de por lo menos doscientos cuarenta kilómetros nos separaba de Guatemala, y ésta solo podía recorrerse montados en mula porque el sendero montañoso era angosto, fue utilizado por los indígenas y habíase mantenido desmejorado desde tiempos inmemoriales.

Entonces sobrevino mi mayor tribulación de todo el recorrido. Aunque me había llenado de suficiente coraje para afrontar cualquier situación, me sentía algo temerosa de

montar una mula, y dicho temor había incrementado luego de haber sido arrojada desde un caballo antes de salir de casa. Durante nuestra estadía en Cobán, tenía a mi disposición un grupo de hombres y mujeres que me acompañaron a visitar una de las más refinadas haciendas donde exhibían una impresionante colección de exóticas orquídeas, pero tuve que vencer una ignominiosa retirada, aun después de que había montado a caballo, y dejé que los demás acompañantes se fueran sin mí. Comencé a pensar que tal vez no debería ir a Ciudad de Guatemala. Inquirí con seriedad si existía otra forma, y supe que no era así, excepto la opción de ser cargada en la espalda de un indígena, un método a veces empleado para transportar niños y personas de frágil salud. Ocurrióseme que incluso este modo de locomoción era preferible al de montar mulas, y estaba dispuesta a hacer el experimento de efectuar un corto viaje montada en una silla atada a la espalda de un indígena. No obstante, aunque este joven era sin duda un fornido sujeto, me consideró «muy pesada», y como la ley limita el peso de la carga que un indígena puede llevar a cincuenta y dos kilos, mi caso resultó no tener esperanza. Era evidente que mi padre y yo no estábamos diseñados por naturaleza para viajar en este país. Finalmente, una joven dama, quien sentía también algún temor por viajar en esta modalidad, sugirióme que una buena opción era conseguir que un indígena guiase mi caballo así como ella había hecho, y comentóme que dicha manera garantizaba una gran sensación de seguridad. Decidí adoptar este plan, e intenté llenarme de valor para emprender el largo y afanoso viaje.

Nos sentíamos impacientes de arribar a la capital de la cual habíamos oído los mayores elogios por doquier, pero las expresiones «mañana» y «no hay» trajeron consigo insuperables obstáculos. Salir de este pueblo tornóse más complicado que prepararse para el viaje completo, ya que, aunque estábamos en un país donde la mayoría de los viajes realizáanse montando mulas, era casi imposible conseguir tanto monturas idóneas como animales. Nuestro

caso era aun más serio, pues las mulas resultaban pequeñas y no cargaban más de sesenta y ocho kilos. Por fin, decidióse que nuestra vieja amiga «Dolly», considerada la mejor y más robusta mula del país, se encargaría de llevar la «carga pesada»; para mí escogióse un poni, y encontráronse monturas que después de unas reparaciones ofrecían seguridad pero no comodidad. Los indígenas cargarían nuestro equipaje, y como había muchos de ellos, pensamos que los tendríamos nuestra disposición en menos de un minuto. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando descubrimos que era necesario pasar por todo un proceso! Debíamos acudir donde el comandante a formalizar todas las previsiones por medio suyo, y debía darse a los mozos tres días de preparación para que pudiesen cocinar sus alimentos —es decir, tortillas— para todo el viaje hasta y desde Guatemala. Pagámosle al comandante dos dólares y cincuenta centavos por cada mozo, mísera suma con la que podían cargar un peso de treinta y cuatro o cuarenta y cinco kilos hasta Guatemala para luego regresar a casa, en un recorrido que dura entre nueve y diez días. Además, el comandante no nos cobró con la intención de darles generosos honorarios, pues esto habría sentado un precedente adverso. Parecía muy injusto que para los pobres indígenas alguien más se encargase de sus negocios, y prohibíase incluso tener el más mínimo gesto de caridad. A pesar de eso, la gente los consideraba mejores que los animales. Encajaban bien como los encargados de cargamentos, y se les llamaba siempre «chucho», palabra con que designan al perro en este país. Después de mucha insistencia, logramos que un mozo nos acompañase para guiar mi caballo y cargar mis bolsos apenas estuviésemos listos, pues habíamos decidido no esperar a los encargados de nuestro equipaje. El comandante, al preguntársele si estos últimos pensaban comenzar cuando ellos acordasen, dijo que enviaría un oficial para arrestarlos el día anterior y ponerlos tras las rejas, así que no cabía duda de ello.

VI

Un viaje en mula

Partimos de Cobán una semana después de haber llegado, lo cual sorprendió a muchas personas que pensaron que habíamos sido maravillosamente diligentes. Además del mozo, habíamos contratado un excelente guía que nos tomó trabajo tener por seguro. No era un mulatero extraordinario sino un joven de una de las fincas de café, y demostró ser un ayudante eficiente y leal. Nos resultó imposible encontrar un guía adecuado que hablase inglés, pero él conocía lo que considerábase aun más útil en este lugar —el idioma de los indígenas— y desplegaba tal inteligencia y comprensión en cuanto a nuestros deseos que pocas palabras eran suficientes. Su rostro era uno de los más agradables que había visto alguna vez, y mi padre y yo sentimos gran tranquilidad apenas lo vimos, ya que para nosotros un buen guía constituía la mayor importancia, porque nuestro recorrido dependía por completo de él, y confiábamos plenamente en su juicio. Nos pareció que Melesio Cabrera personificaba la amabilidad, la paciencia y la obediencia, y de no ser por su generosidad y comprensión, creo que no hubiésemos llegado a Ciudad de Guatemala.

Durante los primeros treinta y dos y cuarenta kilómetros, el camino era lo bastante amplio para permitir el paso de un carruaje, y era el mismo que ya habíamos atravesado —que estaba igualmente lejos de Santa Cruz—, por lo que aprovechamos el vehículo. Pero a las seis de la tarde alcanzamos el sitio donde debíamos comenzar con la modalidad de viaje que tanto temía. El dueño del carruaje —un estadounidense— nos había acompañado, y esperó a que comenzásemos nuestra expedición con el nuevo modo de transporte. Marchamos a paso lento, y para cuando empezamos a descender envolviéndonos la oscuridad, y el camino tornóse en verdad espeluznante. No podíamos percibir nada a dos centímetros de nosotros; los animales, aun con la firmeza de sus pasos, tropezaban a cada instante con una piedra suelta, o pisaban de

repente en un hoyo o una zanja, con lo que estuvimos cerca de caer al suelo. Me aferré a la silla de montar hasta que mis manos llenáronse de ampollas, luego de lo cual desmonté y caminé.

Hacia a las ocho de la noche llegamos a Santa Rosa, el pueblito indígena donde pernoctaríamos. El único incidente digno de mencionar lo protagonizó un enérgico chico de siete u ocho años, quien dormía en el tercer catre de nuestro aposento, mientras que una pila de maíz ocupaba el resto del espacio. El chico parecía muy inquieto; lanzábase al sofá durante algún tiempo, hasta que de nuevo poníase en pie, y para nuestra sorpresa, procedía a prender un cigarro. Luego, dirigíase al catre, y después de fumar más de un cigarro, tranquilizábase y por fin quedábase dormido. Optamos por describir este acontecimiento para ilustrar la generalidad asignada al acto de fumar en este país, entre hombres, mujeres y niños. Estos empiezan a la edad de tres o cuatro años; de hecho, vimos uno muy pequeño, de dos años, que ya era adicto al hábito, a pesar de los azotes de sus padres, quienes resultaron ser más estrictos en este asunto.

A la mañana siguiente reanudamos el recorrido a las seis, y en pocas horas le perdí el miedo a montar sin que el caballo fuese conducido, lo cual significó un alivio para el indígena, quien pensaba que dicha acción representaba una absurda tarea para él. No habíamos avanzado mucho cuando empezamos a envidiar la forma en que el mozo se trasladaba, y muy gustosos habríamos cambiado de lugar con él, de haberse podido. Resulta imposible describir con palabras el trabajo que significa montar en mula y soportar los dolores y padecimientos que debimos soportar. Podría disfrutarse del trote a medio galope durante una hora o dos sobre un camino ligero, pero imaginemos al más experimentado montador en un sendero de América Central, marchando durante treinta y dos o cuarenta kilómetros por día durante cinco días, en una testaruda mula, subiendo y bajando montañas, sobre un camino rocoso, y veremos cómo

valorará un Pullman¹², y nunca se quejará de ningún medio civilizado de transporte. Nosotros no éramos precisamente experimentados montadores; aun más, ni siquiera estábamos acostumbrados a montar, y el movimiento de la mula resultaba más agotador de lo que se pudiese detallar.

A las nueve alcanzamos la cima de la montaña, desde la cual contemplamos una maravillosa vista; tan magnífica era que nos detuvimos un instante para admirar el paisaje. Ante nosotros se presentaba un verde valle rodeado de majestuosas montañas que alzábanse imponentes sobre las nubes, y en cuyas laderas apreciábanse desde la distancia pequeños, blancos y hermosos poblados. La más extensa, según nos indicó nuestro guía, tiene por nombre Salama, y era el sitio donde se nos proveería el desayuno; y aunque ya sabíamos por experiencias anteriores que el dicho «la distancia otorga encanto», nunca resultaba ser más cierto que al observar estos lugares, éste en especial era de tal belleza, anidado entre la ladera, y parecía estar tan cerca —casi a un paso de distancia— que nos sentimos sumamente animados por la escena, y continuamos bajando la montaña con nueva motivación. Sin embargo, el camino no dejaba de parecernos largo y extenuante, y daba la impresión de que nunca llegaríamos a Salama, porque después de descender tuvimos que cruzar una extensa y polvorienta planicie. Eran casi las doce cuando llegamos al pueblo, tres horas después de haberla observado desde la cima. Resultó ser un vasto y bello lugar, el mejor que habíamos visto hasta entonces. Disponía de un hotel, un edificio extenso y de buena apariencia con un amplio patio. La dama encargada nos pareció muy simpática, y nos recibió de la forma más cortés; nos invitó de inmediato a entrar y descansar en una habitación amueblada con catres limpios y una suntuosa hamaca. Aproveché la invitación sin pensarlo. Pero ¡ay, la corpulencia!

¹² Se refiere al vagón de los ferrocarriles de la compañía Pullman, donde los pasajeros podían dormir durante el viaje. Este ferrocarril funcionó desde 1867 hasta 1868 en Estados Unidos. (N. de la T.)

La vieja historia de Gulliver entre los liliputienses repetíase; mi padre, a quien admiraban por su tamaño, y quien aun en la mula más grande del país veíase tan ridículo como un chico jugando a cabalgar un bastón, ahora, aunque agotado y cojeando sin poder dar un paso más, dábase cuenta —para su desgracia— de que la puerta era demasiado pequeña para pasar. La mujer portóse de lo más comprensiva, y le instó a pasar «de lado», pero fue inútil. Tuvo que sentarse en una dura banca fuera de la habitación, y desayunó en la plaza, porque era demasiado grande para entrar en la casa.

Nuestro guía, pensando a futuro más que la mayoría de las personas del país, nos aconsejó adquirir pan para comerlo por la mañana con café, ya que éste sería el último sitio donde podríamos conseguirlo antes de llegar a Guatemala. El pan —ya descrito— no era nada diferente del de Cobán; seguía siendo el único alimento con el que estas gentes nos aventajan. Lo moldean de varias extravagantes formas, y aunque se come sin mantequilla, sabe realmente delicioso con una taza de café. Lo encontramos en todos los grandes pueblos y ciudades de América Central, y sin duda destacó como el alimento que más disfrutamos y del que más lamentamos privarnos.

Desde Salama enviamos un telegrama a Guatemala mediante el que solicitábamos un carruaje que nos esperase por la mañana del sábado —era miércoles— en San Antonio, población situada a pocas horas de la ciudad, y requeríamos que estuviese allí tan pronto como fuere posible, pues no ambicionábamos en lo más mínimo montar de nuevo una mula a menos que fuese absolutamente necesario.

A las dos de la tarde, aunque renqueábamos y estábamos adoloridos y exhaustos, montamos una vez más, y arribamos a la próxima parada cerca de las cinco y media. Localizábase en las faldas mismas de la montaña, la cual debíamos subir como parte del recorrido. Habíasenos dicho que era ésta la más alta de todo el camino. Además de que este

hecho nos perturbaba, fuimos invadidos por gran cantidad de pulgas, las cuales nos atormentaron desde ese momento y hasta que regresamos a Estados Unidos. La mujer de la casa donde nos detuvimos padecía bocio. Además, muchos otros hombres y mujeres de la región sufrían esta enfermedad, que consiste en la hinchazón de la parte frontal y lateral del cuello, y éste puede aumentar tanto que se extiende hasta el pecho. Cuando esto ocurre, el peso comprime la tráquea y causa dificultad para respirar, alteración de la voz y una terrible tos, y puede terminar en consunción, apoplejía o sofocación. Inquirimos sobre la causa de esta extraña enfermedad, pero la respuesta siempre era «el agua», lo cual considerábamos casi imposible porque el agua que consumen aquí proviene de los manantiales de las montañas, caracterizados por ser claros, centelleantes y puros. La afección sólo ocurre en países montañosos —como Suiza—, en valles profundos y oscuros donde el aire es frío y húmedo y el agua contiene cal o alguna otra sustancia alcalina.

A la mañana siguiente, subimos la enorme montaña, cuya altura alcanzaba casi los cinco kilómetros, y su descenso, unos diez. Subirla nos tomó más de una hora, y bajarla, más de dos. La bajada resultó muy tediosa, ya que debíamos estar preparados en todo momento, y no nos atrevíamos a cambiar de posición por ningún motivo, no fuese que saliésemos lanzados por encima de las mulas. El camino era angosto y empinado, con tajos bastante aterradores. A las diez finalizamos el recorrido y llegamos a una choza de adobe donde la encargada de la casa y cabeza del hogar era una linda chica de unos quince años. Como en otras ocasiones, nos recostamos en las hamacas a esperar el desayuno, pero la demora prolongóse más de lo normal, pues la chica no tenía quien le ayudase, y preparar el desayuno en este país implica un largo proceso. Todo se cocina en una fogata, y si tienen una docena de huevos por freír o veinte tortillas por cocer, sólo cocinan una pieza a la vez.

Durante toda la tarde recorrimos las planicies. Hacía mucho calor, y el camino era polvoriento y poco interesante. Un angosto tramo del camino pasaba sobre un barranco, pero su profundidad era mínima comparada con lo que veríamos más adelante.

A lo largo del recorrido encontramos el mismo tipo de pueblitos y la misma escasez de alojamiento como en el viaje desde Panzos hasta Cobán, aunque nuestro excelente guía nos liberó de toda preocupación, y nos hizo sentir lo más cómodos posible al proveernos de un lujo que verdaderamente valorábamos en exceso: una jícara de agua todas las mañanas en la que lavarnos el rostro, así que ya no nos era necesario como antes ir en busca de riachuelos, o viajar con el rostro sucio si no lográbamos hallarlos. El trayecto tornóse aun más montañoso que al principio, especialmente después del primer día. La cordillera, en efecto, sobresale por su falta de valles, y con la excepción de un día, cuando anduvimos durante un instante por una caliente y polvorienta planicie, estuvimos subiendo montañas todo el tiempo, y no habíamos descendido una cuando ya debíamos subir otra. Durante el ascenso nos veíamos constantemente rodeados de nubes, y había instantes en que nos envolvía la niebla, o incluso la lluvia, hasta que las atravesábamos y encontrábamos la luz solar de nuevo. En las regiones más altas, notamos menos exuberante vegetación pero más azúcar y plantaciones de banano, haciendas —donde crían ganado—, y campos de maíz y cactus. No había indicios de agricultura o trabajo de ningún tipo, pues los campos suelen ser muy ricos y fértiles aun sin estar cultivados. Sin importar la hora a la que nos deteníamos en una casa para descansar, los hombres por lo general permanecían dentro sin nada que hacer, salvo uno que otro tejiendo, en un sencillo telar manual, la áspera tela con la cual los indígenas confeccionan su vestimenta. Las mujeres parecían ser más diligentes que los hombres, ya que se encargaban del hogar, y el ruido que producían al palmear tortillas para el desayuno era el único sonido que rompía el silencio del tranquilo quehacer matutino. ¿Qué necesidad tenían los hombres de labrar una

tierra en perpetuo verano, donde las frutas son silvestres, y una pequeña porción de la tierra, por sí sola, produce frijoles y maíz; donde las ramas y las resistentes lianas de los árboles decoran las casas, el adobe las recubre y las hojas de palma entoldan el techo?

Despreocúpense y permanecen sin hacer nada bajo el sol, cásanse, envejecen y mueren y nunca superan a sus padres ni, al parecer, anhelan mayores metas. Sin embargo, nunca vióse en el mundo personas más dóciles, amables y felices que éstas, ¿y quién puede decir que no son mejores que nosotros, con nuestros deseos artificiales, siempre en busca de lo imposible?

Pasamos la tercera noche en Las Canoas, bello y pintoresco sitio cerca de un río, donde el comandante fue el primero y el único en todo el viaje en no mostrarnos la más mínima cortesía. Estaba por completo empeñado en aparentar una grandeza inventada por él mismo, y no percatóse de nuestra presencia. Si lo hubiésemos denunciado al presidente Barrios, habría perdido su puesto y quizá la cabeza, pues el presidente dio instrucciones precisas a todos sus oficiales a lo largo del territorio de mostrar la mayor cortesía y amabilidad a los extranjeros. El rostro del presidente ya nos parecía familiar porque su retrato colgaba de la pared de cada cabildo, y con frecuencia oíamos cumplidos sobre su forma de gobernar.

Multitudes de indígenas, quizá entre cuarenta y cincuenta, se aglomeraban en los alrededores del cabildo, y conformaban una llamativa escena mientras participaban de la cena. Las mujeres encendieron una pequeña fogata hecha con ramas y calentaron las tortillas; entretanto, cada uno colocaba una jícara de agua al fuego para calentarla, porque según supimos, siempre toman el agua caliente. Esto nos resultaba extraño, así que le preguntamos al guía, a lo que respondió: «Es bueno para el estómago», lo cual nos hizo preguntarnos si el novedoso remedio de agua caliente habrá tenido su origen entre los indígenas.

Al cuarto día, pasadas las seis, montamos de nuevo y cruzamos un pequeño puente al final del pueblo, lo cual nos sorprendió mucho, pues era el único puente existente en todo el

recorrido, a pesar de que habíamos observado muchos lugares donde los puentes en verdad necesitábanse, tanto sobre ríos como sobre barrancos.

En esta sección del camino empezamos a toparnos con más viajeros que antes, e incrementaba el número conforme nos acercábamos a la capital. Observamos agrupaciones de soldados, hombres y mujeres montando mulas, y grandes grupos de mozos, incluyendo muchachos con cargas casi tan pesadas como ellos mismos. Mirarles los rostros siempre significaba algo nuevo y digno de estudio, así como su andar agraciado, con el que marchaban casi a tan buen paso como una mula. En efecto, el mozo que nos acompañó deteníase en las mismas paradas que nosotros; nunca iba detrás con más de una hora de ventaja. Resulta sorprendente cómo estos indígenas mantiéñense erguidos aunque deban caminar inclinados a causa del cargamento; en cuanto se desprenden de éste, permanecen erguidos como una flecha, y nunca vimos uno encorvado. Nos acostumbramos a su piel oscura, y hasta tomámosle gusto después de un tiempo. Con frecuencia encontrábamos un gran grupo a la sombra de algún frondoso árbol cerca del arroyo, descansando y preparándose para comer. No era posible contemplar, al lado del camino, un escenario más interesante y llamativo que el que ellos ofrecían.

Al cuarto día hizo mucho calor y había gran cantidad de polvo; renqueábamos, estábamos fatigados, y mi padre sentíase sediento a cada minuto. Su constante quejido era «agua, agua», y hacía un alto en cada choza, en cada torrente, o al encontrar un grupo de indígenas. Las únicas poblaciones que encontrábamos eran de mucho menor tamaño, y no se veían señales de trabajo o cultivos. La primera choza a la que llegamos ubicábase en medio de una extensa plantación de banano, sin ninguna otra casa a la vista. Al advertir que el guía estaba a punto de desmontar, le pregunté: «¿A qué distancia está San Bernato?», —donde desayunáramos—, a lo que respondió: «Esto es San Bernato», y efectivamente, a esa única

casa adjudicábasele el rango y título de pueblo. Sin embargo, la cantidad de habitantes no era del todo insignificante, pues residía allí una extensa familia de niños sucios, y de todas las casas donde comimos, ésta fue la única que no mostraba condiciones prolijas.

Cerca del mediodía, cuando sentimos más calor y agotamiento, nos detuvimos de nuevo, esta vez en un sitio donde divisábase un grupo de tres o cuatro casas que en conjunto constituían un pueblo de largo nombre: Talpichi Grande. Recibiéronnos con mucha amabilidad y mostráronse muy atentos. Muy poco podían hacer, ya que tenían poco que ofrecer, pero no pudieron habernos tratado de mejor manera si hubiésemos sido reyes.

En esta casa manufacturaban «chicha», la bebida favorita de los indígenas, cuyo sabor aseméjase al de la sidra, pero es dulce, aunque dicese que es bastante intoxicante. En efecto, fuimos testigos de un ejemplo de ello en este mismo edificio, donde un indígena hablaba con locuacidad el español, idioma que con seguridad hubiese desdeñado en momentos de sobriedad, tal es el odio hacia los españoles entre los indígenas, que, aunque comprenden por obligación el idioma, no lo practican, salvo en las pobladas ciudades, donde es absolutamente necesario saberlo.

Como era habitual, al entrar en estas casas nuestro primer deseo consistía en descansar, pero viví una nueva experiencia aquí, aun tratándose de este país. El catre individual estaba a medias ocupado por una gallina sentada, pero parecía no molestarle mi presencia, y yo sentíame tan agotada y habíame acostumbrado tanto al imperante estilo de vida que nada ya podía sorprenderme, e incluso compartí durante algunos instantes la almohada con mi emplumada amiga antes de que lo absurdo de la situación sucediera, y comencé a imaginarme lo que nuestros amigos de Boston dirían si supiesen la forma en que estuvimos viajando.

Luego de haber descansado lo suficiente, reanudamos la marcha, aunque las personas nos instaron a no viajar en condiciones de calor, y nos ofrecían todo tipo de incentivos para

quedarnos allí, pero no podíamos permanecer mucho tiempo en las miserables chozas, y preferíamos continuar el recorrido que descansar allí. Antes de marcharnos, nuestro mozo llegó, y al ver la «chicha», pidió con impaciencia una «cuartilla». Lo dejamos tomando de un gran tazón, y cuando lo encontramos de nuevo, por la noche, sus efectos eran evidentes en su intento por hablar español, aunque nunca antes habíase aventurado a dirigirse a nosotros.

Muy pronto dejamos atrás las llanuras, y reanudamos el viaje por un angosto camino de montaña, donde el precipicio veíase cada vez más profundo conforme ascendíamos y nos adentrábamos en la montaña. A las tres de la tarde alcanzamos la cumbre, donde hay otra aldea de tres o cuatro casas, y donde habíamos planeado pasar la noche, pero era un lugar tan yermo y solitario, sin cabildo, sin siquiera zacate para las mulas, que no sentimos deseos de quedarnos, y preferimos intentar llegar a otro sitio antes de que cayese la noche. Le suplicaba ansiosamente al guía, pero él decía que no hay otro lugar, ni siquiera una casa desde allí hasta San Antonio, el cual encontrábase tan lejos que no llegaríamos hasta altas horas de la noche, y el camino era muy peligroso para viajar en la oscuridad. Así, desmontamos a regañadientes, y tratamos de pasar, lo mejor que pudimos, la larga y extenuante tarde sentados en una dura banca, oyendo el murmullo del viento a través de los pinos, y observando una manada de escuálidos y hambrientos cerdos que trataban de robarles el maíz a las mulas. O, como acostumbrábamos en una prolongada parada, le dábamos lecciones de inglés al guía, quien ansiaba aprender, y me hacía muy feliz poder ayudarle para pagarle su lealtad y fidelidad. La pronunciación no le ocasionaba mayor problema, y aprendía muy rápido. Los españoles parecen tener una increíble habilidad para aprender inglés, y, como nación, lo hablan bastante bien. Un francés o alemán, sin importar cuán bien conociese el inglés, traicionaría sin duda su origen por el acento; sin embargo, un español lo habla como si fuese su lengua nativa. Nuestro

primer amigo hispano, Emilio Carranza, sabía muy poco inglés, pero las pocas oraciones que decía las articulaba tan bien como si hubiese vivido en Estados Unidos.

Cenamos en una de las casas, donde nos alegró recibir un tazón de miel que compramos por un medio —seis centavos y un cuarto—. No obstante, nos costó trabajo conseguir un vaso de agua, pues el suelo era arcilloso, y el agua, turbia y desagradable. Casi cinco kilómetros antes de llegar a este lugar, nos detuvimos en el camino, y bebimos de un manantial del agua más clara. Como había alrededor muchos indígenas cuyas tarifas eran de un real por día, con la ayuda del guía contratamos a uno, y le dimos dos reales para que fuese por agua de ese manantial. Estuvo fuera durante una hora —apenas el tiempo necesario—, recibió su pago y marchóse antes de que bebiésemos el agua, que estábamos gustosos en recibir. ¡Cuál fue nuestra sorpresa al descubrir que era la misma lodosa, desagradable e insalubre agua de allí cerca! El indígena nos había engañado astutamente. Había partido en la dirección correcta, pero había regresado para quedarse en el afluyente cercano a la casa, y, cuando creyó que ya había pasado suficiente tiempo, tomó el agua, nos la llevó, y recibió un pago equivalente a dos días de trabajo.

El lugar donde pasaríamos la noche consistía en un cobertizo hecho de ramas, atadas con lianas, sin puerta ni nada que cubriese las paredes, sin techo, y con aberturas que nos dejaban ver el cielo. En efecto, era como dormir afuera, y hacía tanto frío que ni nuestras vestimentas alcanzaban para mantenernos calientes. Intentamos dormir en las hamacas, mientras el guía y el mozo dormían en el suelo cerca de allí. Pero nosotros no pudimos conciliar el sueño. Las mulas, ni por un instante en toda la noche, dejaron de masticar maíz; la piara entera chillaba, gruñía y corría por todo el cobertizo; y todos los perros del pueblo, cuyo número supera el de habitantes, ladraban incesantemente. Resulta asombroso que en tan lóbrego sitio, durante las horas de esa noche de insomnio, uno de nosotros, más temeroso que

el otro, oyese ruidos extraños, y hubiese imaginado que una pandilla de indígenas vendría a avasallarnos, como fácilmente hubiesen podido, y habrían gozado de una rica cosecha, pues estábamos desarmados y desprotegidos, y nuestros bolsos contenían gran cantidad de dinero. Un hecho lo dábamos por cierto: de haber estado en México bajo esas circunstancias, no habríamos visto la luz del día nunca más. ¿Es de asombrarse, entonces, el que sintiésemos afecto por la gente de Guatemala?

Por fin nos persuadimos de que no servía de nada intentar dormir, y, aunque no eran ni las tres del mañana, optamos por levantarnos. Llamamos al guía, quien al escuchar la palabra «señor», levantóse al punto para cumplir nuestros pedidos de forma tan afable y expedita como si fuese pleno día y no lo hubiésemos despertado del más profundo sueño. De inmediato comenzó a despertar al mozo, lo cual no era tarea fácil, ya que para él, el suelo asemejaba un blando sofá, y así dormía profundamente. Gruñó y se quejó, y durante quince minutos, trató de ponerse de pie y de encender algunas piñas de pino para iluminar el espacio. Melesio despertó también a la mujer de la casa para que nos preparase café, y luego ensilló las mulas. Bebimos el café, acompañado de tortillas, en la habitación donde el hombre y el chico de la casa aún dormían. Por haber hecho el trabajo, pagámosle a la mujer con un generoso monto, con el cual quedó muy agradecida, y procedió a colocarlo en la cama, bajo la cabeza de su durmiente esposo. Dijámosle irrisoriamente que no lo colocase allí para que él no lo tomara, ya que el dinero habíaselo ganado ella. Agradeció la broma, aunque la tuvimos que expresar mediante gestos, pero tenía ideas firmes sobre la relación matrimonial, así que de buena gana confióselo a él.

Este acontecimiento duró poco, y pronto estuvimos listos para montar de nuevo; pero, sabiendo que nos ubicábamos en la cima de la montaña, no nos atrevimos a viajar en medio de la noche. Incluso nuestro valiente guía, tan acostumbrado al camino, no deseaba empezar, y

dijo que el camino era más empinado y angosto que los vistos hasta ese momento.

Esperábamos con ansiedad el amanecer, pero no aparecía luz alguna; en el cielo brillaban las estrellas, y la gloriosa constelación de la Cruz del Sur —nuestro premio por pasar una noche en vigilia— podía contemplarse aún sobre el horizonte. Cada vez que las antorchas apagábanse, parecía tornarse todo más oscuro que antes, y entonces no nos quedaba más que esperar impacientes por la luz del día. Por fin, aunque eran pasadas las cuatro, nos aventuramos, esperando a que el amanecer llegase pronto. Empezamos a andar a paso lento, en medio de la tenue luz que apenas nos permitía distinguir al uno del otro. Las montañas a nuestro alrededor nos impidieron admirar la salida del sol, pero poco a poco la luz aumentaba, revelándonos lo sobrecogedor de la situación. Estábamos en una planicie de roca que colgaba por encima de un aterrador precipicio. Difícilmente las palabras pueden expresar la majestuosidad y el horror que este imponente desfiladero causaba. El sendero, trazado en la orilla de la alta montaña, era tan angosto que dos mulas apenas podían pasar, y las ramas que colgaban de los árboles con frecuencia nos rozaban con tal fuerza que por poco nos lanzaban al suelo. A un lado, limitábamos con una pared de roca perfectamente lisa; y al otro, con una escarpada pendiente de cientos de metros de altura, lo suficiente inclinada como para caer en picada. Al pie del precipicio, el rugido de una corriente entre las piedras añadía su ensordecedor ruido a lo estremecedor del lugar, y desde allí, se alzaba otra cadena de montañas que parecía encerrarnos por completo, sin esperanza alguna de escapar. Topamos con muchos otros terribles lugares durante el camino, algunos tan aterradores que desmontábamos y seguíamos a pie; enormes barrancos erosionados por el agua, y tajos cubiertos con piedras sueltas, donde las mulas podrían resbalarse y conducirnos a una muerte repentina. Lo más temible era que las mulas andaban muy cerca de la orilla del precipicio, y ni siquiera un buen manejo de las riendas podría evitar una desgracia. En efecto, si las dirigíamos

hacia el muro, se detenían del todo, y como no había lugar para entrar en una riña, aguantábamos el aliento y las dejábamos seguir su camino. Un paso en falso o el más mínimo crujido de la tierra sin duda nos lanzarían a las horrorosas profundidades del precipicio, pues sabíamos que ya antes le había sucedido a más de un desafortunado viajero en ese mismo lugar. Melesio adelantóse con calma; ese sitio tan conocido y familiar para él no le causaba ningún temor. En uno de los puntos donde giramos abruptamente y el camino no era lo suficientemente ancho para las patas de la mula, volvióse y díjonos que miráramos hacia abajo. Inclínamos la cabeza apenas para observar. La aterradora profundidad era capaz de estremecer hasta al más bragado héroe. Si de repente se nos hubiese trasplantado a este sitio, con certeza nos habríamos paralizado de terror; pero a estas alturas, íbamos como bajo los efectos de un hechizo que no nos dejaba darnos cuenta, sino hasta después, de los peligros y la magnificencia del paisaje. En cada vuelta del camino, esperábamos encontrar el descenso, pero continuábamos hora tras hora sin hallarlo, y nos sentíamos tan cansados a causa de la falta de sueño, tan agotados y exhaustos después de haber andado durante kilómetros, que parecía que nunca escaparíamos de las peligrosas y trabajosas alturas. Finalmente, hacia las diez, el camino poco a poco comenzó a descender y a ensancharse, y un trote enérgico nos condujo hasta San Antonio, con lo que concluyó el viaje en mula. ¡Cuánto alivio sentimos al ver un carruaje esperándonos, y con cuánta felicidad desmontamos por última vez, lo cual solo Melesio Guerra puede apreciar por completo! Él comprendía todo, y expresó con la más corta pero contundente frase: «No más mulas».

La familia con la cual desayunamos la componen varias jóvenes; de piel oscura, por supuesto, pero de rasgos perfectos, largo y abundante cabello, y brillantes ojos negros. Atendieron todos nuestros deseos con la gentileza y cortesía características de los hispanos.

Estábamos listos para empezar cuando el mozo llegó. Mi padre le obsequió con su ancho sombrero de paja y un generoso pago, pero aconsejóle no gastarlo en «chicha». Tal amabilidad significa mucho incluso para la impasibilidad de un indígena, y con esto, su rostro brilló de gratitud y exclamó: «Dios se lo pague». El dinero no representaba suficiente retribución, comparada con la bondad de Melesio, pero constituía nuestro único medio de recompensarle. Había demostrado ser un guía eficiente y un amigo valioso, y estarémosle por siempre agradecidos. Habíase encariñado mucho con nosotros, por lo que veíasele triste cuando partimos. Despidióse de mi padre con un apretón de manos y un *bye-bye*¹³, y de mí, con un «Adiós, niña». A él y a Emilio Carranza, dos sencillos pero leales jóvenes de Guatemala, les deberé la mayor gratitud el resto de mi vida. ¡Que Dios, en su misericordia, los cuide y proteja dondequiera que estén!

¹³ «Adiós». (N. de la T.)

VII

La capital

El trayecto entre San Antonio y Ciudad de Guatemala no era muy extenso. El carruaje que nos esperaba, como todo en el país, constituía un peculiar objeto: un vehículo cubierto, con los asientos dispuestos como en un ómnibus, tirado por cuatro pequeñas mulas, apenas más pequeñas que una rata, e igual de indomables. El cochero era un mozo inteligente y de ojos negros, quien mostró una gran habilidad para dirigir las revoltosas criaturas. Ningún carruaje había sido tan bien recibido como éste, y bien nos valió que su dueño ignorase cuánto lo valorábamos, pues mi padre sentíase tan exhausto por montar en mula que no dudó en expresar que, aun para ese breve viaje, lo habría pagado hasta su último centavo.

Arribamos a Ciudad de Guatemala como los seres más exhaustos, sucios y desarreglados que hayan cruzado jamás sus puertas. Nuestras primeras impresiones fueron de asombro, al contemplar una ciudad tan grande y superior a cuanto habíamos observado o imaginado con las descripciones.

Se la considera, debido a la prosperidad que presenta, la París de América Central, o como le llaman aquí, la «Pequeña París». Sitúase en un vasto y fértil valle, rodeado en gran parte por profundas barrancas —o barrancos—, y su altitud corresponde a poco más de ocho mil trescientos ochenta kilómetros sobre el nivel del mar.

El clima es simplemente perfecto, el mejor del mundo. No es ni demasiado caliente, ni demasiado frío; rara vez supera los veintiséis grados o baja de quince. La diferencia es de escasos grados entre invierno y verano; o mejor dicho, entre la estación lluviosa y la seca. Es, en efecto, el clima ideal, apropiado para cultivar jardines de rosas y violetas todo el año. Estuvimos allí durante la estación seca, lujo del cual nos aprovechamos, ya que nunca debíamos preguntarnos, al planear una expedición, si el clima nos favorecería. Sabíamos que

disfrutaríamos de un sol esplendoroso a diario. La estación lluviosa se da entre mayo y octubre, y quienes viven allí nos comentaron que incluso esta estación no es del todo desagradable. No son víctimas, como nosotros, de las amenazadoras tormentas en Estados Unidos, sino que a la misma hora, todas las tardes, llueve de forma estrepitosa, después de lo cual el cielo aclárase de nuevo. Quienes han viajado a México hablan bastante sobre la exquisitez del clima allí; pero nosotros, que habíamos visitado ambos países en el mismo invierno, encontramos una oportunidad excelente para compararlos, y aunque aseméjense, nos declaramos con firmeza a favor de Guatemala, ya que su clima es tan saludable como agradable.

La actual capital se construyó en 1775, luego de la destrucción por causa de un terremoto, de la capital anterior, llamada ahora Antigua, y su población es de unos cuarenta y cinco mil habitantes. Las calles son amplias, regulares y bien pavimentadas. Agregáronse en varios sitios líneas para tranvías tirados por caballos, y exactamente la noche antes de que partiéramos, se instaló la luz eléctrica en la ciudad. Tiene diversos edificios públicos, parques, plazas y bellos jardines. Pareciónos, en general, una placentera ciudad, y disfrutamos mucho las dos semanas que permanecimos allí.

Las casas, aunque de una sola planta en su mayoría debido a los terremotos, son amplias y cómodas. Su arquitectura aseméjase a la del sur de España. Constrúyense como habitaciones cuadradas y vacías, y el patio interior, decorado con árboles y flores, suele ser hermoso. No parecen cautivadoras desde el exterior, pues lo que se observa es su blanca pared con ventanas enrejadas y piso sólido como el de una prisión. Sin embargo, al momento de abrir la puerta, cuando suena la gran aldaba, el visitante es conducido al patio interior y puede deleitarse con un paisaje de verdor y belleza.

Nos detuvimos en el «Gran Hotel», el cual probó sin duda ser el mejor que encontramos en todo el viaje. Los propietarios son unos gentiles caballeros alemanes. Hablaban inglés, lo que nos alegró una vez más después de no haberlo oído durante cinco días, excepto cuando nosotros mismos lo hablábamos. Los alemanes parecen ser excelentes lingüistas; casi todos los que conocíamos sabían hablar, además de su propia lengua, inglés, francés, español e italiano, pues considéranse esenciales para los negocios aquí, ya que es una ciudad cosmopolita. En el comedor, oíamos con frecuencia todos estos idiomas provenir de las mesas cercanas. La casera era una joven alemana muy agradable; y, como era yo la única mujer en el hotel, ella compadecióse de mi situación e hizo todo lo posible por hacerme sentir cómoda. Disfrutamos de momentos amenos en nuestro intento por conversar, ya que no teníamos un idioma en común. Ella sabía poco inglés, yo sabía poco alemán, y ninguna hablaba muy bien español. No obstante, su carácter era alegre, y reíamos cuando no sabíamos cómo llenar los vacíos de nuestra conversación, así que ambas disfrutamos bastante la compañía de la otra.

El edificio en sí, uno de los escasos de dos plantas en la ciudad, es muy hermoso. En el pasado, fue la residencia privada de una adinerada familia, pero según nos dijeron, Barrios mandó al exilio a su dueño por causa de una conspiración, aunque ignórase si fue real o solo aparente, y ahora, las hijas que una vez vivieron en este suntuoso edificio, gánanse la vida como modestas costureras. Había balcones en todo el interior, desde donde se contempla el jardín, así como algunos pericos verdes y un primoroso arrendajo azul, tan domesticado que dejábase acariciar la cabeza, y de vez en cuando, llegaba a posarse en el hombro.

El desayuno nos supo muy bien; mejor dicho, fue exquisito porque en realidad nos moríamos de hambre. El orden de las comidas difiere bastante del nuestro, así como la manera en cómo las sirven. De 7 a 8 de la mañana, café y pan dulce, a la habitación si se desea; el

desayuno, de 9:30 a 11; y la cena, desde las 3:30 hasta las 6. En el desayuno siempre servían carnes frías, ensalada, huevos al gusto, frijoles, plátanos fritos, arepas con miel, y café o chocolate. Para la cena, ofrecían sopa, «olla» —similar a nuestro *boiled dinner*¹⁴—, pescado o alguna pieza de caza, pollo, carne asada, dulces, frutas, y café o chocolate. El chocolate coséchase en el país y es muy agradable, aunque siempre le agregan canela.

La tradición consiste en servir una parte a la vez, lo que un estadounidense considera un tormento, en especial porque no puede obtenerse la taza de café hasta que todo lo demás háyase retirado de la mesa. Con su taza de café, los caballeros se sientan y fuman en su tiempo de ocio, y alternan entre un sorbo de su bebida preferida y una bocanada del cigarro.

Un mozo negro, que viajaba como sirviente de un caballero norteamericano, nos proporcionó algo de entretenimiento con sus intentos por comunicarse en español, o mejor dicho, por intentar comunicarse del todo, pues no hablaba una sola palabra de español; y como los sirvientes del hotel no hablaban nada más, pasó solitario algunos momentos. Un día, acercóse a dos muchachos encargados de los aposentos —ya que las mucamas son hombres en este país—, y procedió a darles lecciones de inglés. La parte que oímos nos causó bastante risa. Él los hacía repetir, una y otra vez, «*Me speak English*¹⁵», y «*y-e-s — yes*¹⁶», aunque la utilidad de deletrear esta palabra, si ni siquiera sabían leer o deletrear en su propio idioma, sigue siendo un misterio.

Durante los primeros tres días no hicimos más que comer y dormir, por causa del agotamiento. El día después de nuestra llegada —domingo— comenzó el carnaval, aunque no teníamos aliciente alguno para asistir, mientras que a la ciudad entera concédesele el

¹⁴ Platillo tradicional de Nueva Inglaterra, de consistencia líquida, hecho a base de carne de res curada o jamón ahumado, acompañado de repollo, zanahorias y papas hervidas. (N. de la T.)

¹⁵ “Yo hablar inglés”; expresado por el personaje de manera no gramatical. (N. de la T.)

¹⁶ “Sí”. (N. de la T.)

inmejorable permiso que abarca tres días. De cuanto pudimos observar, el carnaval de aquí no despierta mayor interés, excepto en los jóvenes maleducados que tuvieron una perfecta bonanza, y quienes desfilaban por las calles, por lo general, en grupos de veinte o treinta, y lanzaban de forma indiscriminada hacia los asistentes harina, huevos y pintura, y disparaban con sus pistolas de agua, que constituían su armamento. Muchas mujeres optaron por encerrarse en sus casas durante toda la festividad, ya que esta multitud no hace ninguna distinción entre las personas. Una noche, mientras observábamos la diversión desde el techo del hotel, vimos a un ministro español y su esposa que entraban al teatro, cuando fueron sorprendidos por un grupo de estos muchachos. Cuanto más contrariada se sienta una persona ante esa situación, peor será para ella. Lo más recomendable es avenirse de forma calmada y silenciosa, si es posible. La policía da órdenes para que no se acose a los extranjeros, y aun así, uno no puede sentirse por completo seguro, aunque nosotros en particular salimos varias veces y no sufrimos inconveniente alguno.

Después del carnaval, tanto alemanes como estadounidenses —quienes se alegraban de dar la bienvenida a algunos de sus compatriotas— nos convidaban a pasar algún tiempo con ellos. Sentíamos como si hubiésemos llegado a casa al encontrarnos con nuestra gente una vez más, en especial con unos pocos que eran de la bella Nueva Inglaterra. Disfruté la más placentera compañía de distintas jóvenes que me acompañaban de un lugar a otro para observar el paisaje, y me mostraban cada sitio de interés, pues su conocimiento de la ciudad aventajaba al mío. El ministro estadounidense, el señor Hall, y su familia, recibiéronnos con mucha cordialidad y entretuviéronnos en numerosas ocasiones en su casa, e hicieron todo cuanto les fue posible por brindarnos una estadía agradable. El señor Hall es un hombre muy capaz, y lo que es extraño y representa un gran elogio, es muy apreciado y querido por todos, tanto nativos como extranjeros. Ha vivido durante bastante tiempo en países de influencia

española, por lo que habla el idioma tan bien como el inglés, y por supuesto, esto es una gran ventaja. La señora Hall es cubana de nacimiento, muy culta y apreciada también.

La ciudad dispone de buena cantidad de plazas y jardines; uno en particular está sembrado con una delicada colección de cactus, algunos más altos que un hombre. La plaza principal lleva el nombre de Plaza Mayor, e incluye, además de los edificios gubernamentales, la gran catedral, una magnífica e imponente estructura, similar a la catedral de México, y como ésta, construida por los españoles.

El mercado, que siempre resultaba interesante en cada pueblo, aquí consistía en un gran edificio, cuyo centro estaba ocupado por mujeres indígenas que vendían toda clase de provisiones, y el exterior estaba rodeado por pequeñas casetas donde vendíase varios tipos de telas confeccionadas por los indígenas, así como baratos artículos importados que ellos compraban. Siempre vivíanse días ajetreados e interesantes allí; presenciábamos situaciones curiosas y no menos agradables. Por ejemplo, durante las pausas del comercio, las mujeres amamantan a los bebés o revisan laboriosamente la cabeza de sus niños con un largo y brusco peine de madera. Ninguna de estas comerciantes dispone de envoltura alguna con la cual amarrar la compra, sino que, ahí mismo en el mercado, unas chicas con canastas encárganse de llevar los artículos por uno. No es nada complicado disponer de este tipo de servicio, pues existe gran cantidad de estas chicas, y tan pronto como uno entra en el mercado, lo asedian para conseguir el trabajo. Lo siguen por doquier durante todo el día si se prefiere, lo guían donde se desea llegar, le recomiendan qué comprar y entonces, cuando términase de hacer las compras, las llevan al hotel por cinco centavos. Algo que aprendimos sobre las compras con quienes llegaban aquí: nunca débese pagar más de la mitad de lo que piden inicialmente. Regatear, aun con lo desagradable que podría parecer, significa un medio sin duda esencial en

este lugar. De no hacerse así, los mismos indígenas échanse a reír y llaman a los extranjeros «estadounidenses verdes».

Obsérvase una buena cantidad de hermosas iglesias construidas por los españoles. En efecto, con la excepción de México, éstas constituyen las más magníficas de la América española. El exterior está bellamente decorado, y en el interior pueden observarse espléndidos altares, maravillosas pinturas y frescos, y muchas imágenes de Cristo, María e innumerable cantidad de santos. Algunas de éstas son en verdad hermosas, pero la mayoría exponen la agonía de Cristo, y contemplarlas resulta doloroso.

Estas iglesias las fundaron los jesuitas en el siglo XVI, quienes corrompiéronse pero obtuvieron mucho poder, de forma que se adueñaron de todo, incluyendo propiedades y gobiernos. En 1870, con el surgimiento del Partido Liberal, su poder comenzó a decaer, y cuando Barrios se convirtió en presidente, en 1872, abolió la orden, destruyó los monasterios, desterró a los sacerdotes y monjas, y confiscó todas sus posesiones. Consideró todo esto absolutamente esencial si Guatemala quería desplegar algún poder o sobresalir de entre otras naciones. Ante aquella situación de entonces, ningún comercio o empresa podía ponerse en marcha, ningún comerciante podía involucrarse en otras profesiones, y así, un país tan rico en recursos e increíbles posibilidades estancábase, corrompíase y desapoderábase.

Sin embargo, aunque la orden se deshizo, la religión aún existe y se sostiene con el apoyo del pueblo. Incluso quienes han renunciado a la fe y gloria en el nombre del «infiel», considéranse católicos de corazón.

Existe una pequeña misión protestante en la ciudad, la única del país. Establecióse hace pocos años, pero se ha convertido en la más exitosa jamás instalada en la América española. El ministro es un hombre competente originario de Nueva York. Junto a esta iglesia, además, instauróse una escuela misionera, la cual ha atraído a la gente debido a su persistencia por

aprender inglés. Tanto la iglesia como la escuela lograron el entusiasta apoyo de Barrios; no tanto porque él favoreciese esta forma de religión, sino porque reconoce en la institución una manera civilizada y progresiva de poder, poder que él admiró sobre otros. Para demostrar su aprobación, llegó tan lejos que decidió enviar a sus propios hijos durante algún tiempo a aquella escuela, a la cual ayudó y fomentó. Dado que la favorecía, nadie atrevióse a manifestar oposición, ya que su palabra representaba la ley; pero las personas la llamaban con sarcasmo la «Protestantería» —lugar donde se generan protestantes—.

En comparación con otros países, Guatemala cuenta con estupendas escuelas a lo largo del territorio nacional, pero especialmente en la capital, donde muchos vienen a recibir educación. El presidente Barrios decretó una ley que establece que todo indígena debe aprender a leer y escribir, aunque no muchos lo apoyan en esta decisión. Una dama alemana expresó su descontento mediante los más sólidos términos. Comentaba: «Es casi imposible conseguir sirvientes ahora, pues ¡todos están en las escuelas! ¿Para qué quiere un indígena aprender a leer y a escribir? Nunca le traerá ningún bien».

La ciudad dispone de dos grandes colegios, y visitarlos significó una experiencia muy interesante. Solían ser extensos conventos, pero Barrios los transformó en centros educativos. Disponen de todo tipo de instrumentos: mapas, gráficos, diagramas y útiles requeridos para una enseñanza avanzada. Por supuesto, no son iguales a los nuestros, pero se ajustan muy bien al país. Ambas instituciones constan de suficiente espacio para la recreación al aire libre, un amplio corredor y un gimnasio. Junto a la escuela para muchachos, la de mayor extensión y que alberga a aproximadamente trescientos pupilos, úbicase un espacioso museo de magnífica apariencia, el cual exhibe una valiosa colección; un jardín zoológico, con todas las aves y animales del país; y otro jardín, abundante en bellos y poco comunes árboles, plantas y flores.

La ciudad consta de un extenso y espléndido teatro, al cual asistimos una noche con la familia del ministro estadounidense como acompañantes. Una compañía de ópera francesa presentábase esta temporada, y recibieron un subsidio de \$20.000 por parte del Gobierno. La obra no fue del todo espectacular, pero la escena completa resultó interesante. Hay que decir que la disposición del teatro era muy diferente de la nuestra. La sala principal del edificio la ocupaban, en su mayoría, hombres, y, es innecesario indicarlo, quedaba vacía entre actos. El resto del lugar consiste en palcos, espacios separados donde caben cinco o seis personas. El palco del ministro estadounidense, en el cual tomamos asiento, era el primer balcón; el del presidente Barrios en la primera planta, daba frente al escenario. Los tocadores eran de buena calidad, pues las damas iban vestidas de gala, y los extranjeros y nativos de las clases más altas vestíanse de manera elegante, con sus indumentarias traídas de París. La señora Barrios apersonóse con una de sus institutrices, y veíase hermosa, ataviada en una rica seda y resplandecientes diamantes.

VIII

Una corrida de toros

Poco tiempo después de nuestra llegada a Guatemala, oímos numerosos comentarios sobre la gran diversión española, las corridas de toros, que realizanse todas las tardes, a las cuatro, durante el carnaval, aunque por lo general tienen ocasión sólo los domingos. Éstas serían las últimas de la temporada, ya que la Cuaresma comenzaba inmediatamente después del carnaval. Nuestro amigo, el propietario de los vapores de río, permanecía en Guatemala, y ofrecióse como nuestra escolta si deseábamos asistir, pero añadió que con seguridad nos decepcionaríamos porque la corrida de toros no era un acto muy entretenido, que los toros estaban muy bien domados, y que la matanza del animal representaba una brutal exhibición que sólo un español podría disfrutar. No obstante, como nunca habíamos presenciado tal acontecimiento y simbolizaba un deporte nacional, debíamos ir. Ésta y solo ésta era nuestra razón para observarlo. Con un deseo de aprender todo lo posible acerca del carácter y costumbres de esta gente, sentimos que su característica institución no podía pasarse por alto. Este entusiasmo por adquirir conocimiento, sin embargo, castigósenos de forma severa, pues lo que atestiguamos fue un espectáculo bárbaro que nos causó una dolorosa experiencia.

Como se trataba del carnaval, nos cuidamos de no vestir nada que el agua, la tinta o la harina nos echase a perder. Dicha precaución, en nuestro caso, fue por completo innecesaria, pues los mozos encargados de nuestro equipaje no habían llegado aún, y los trajes que habíamos vestido durante el largo viaje habíanse deteriorado y decolorado tanto que no podían tentar a los jugadores del carnaval, quienes del todo no nos molestaron.

Mientras nos acercábamos a la plaza de toros, vimos una multitud y muchos policías cerca de una de las ventanas donde vendíanse los tiquetes, y oímos a alguien hablar en inglés con alto volumen y en la forma más vehemente. Al acercarnos más, pudimos notar que la

causa del altercado eran dos jóvenes estadounidenses, de Massachusetts, evidentemente enfurecidos. Estaban cubiertos, de pies a cabeza, de harina, agua y pintura extravagante, y sin sus abrigos puestos y con los puños doblados, bufaban enérgicamente. Sin embargo, daba lo mismo que le hablasen a las piedras o a las personas, pues nadie les entendía una sola palabra. Al acercarnos, uno de ellos decía, de la manera más intensa en que el inglés es capaz de expresarse, que «si no podía caminar por las calles sin ser molestado en ese modo, iría a donde fuese necesario, aun si tuviese que desafiar a la República». Obtuvimos su atención al hablarle en inglés, y les explicamos que todo esto formaba parte de las tradiciones del carnaval, y que era mejor tomarlo con calma y normalidad en vez de asumir la aniquilación en Guatemala. Acto seguido, aplacaron su ira, compraron los boletos y entraron.

Este acontecimiento demuestra la cortesía y paciencia que los oficiales ofrecen a los extranjeros —mucho más de la que se practica en nuestro país—, ya que de haber sido nativos quienes iniciasen tal disturbio, habrían sido encerrados de inmediato.

El diseño de la plaza está basado en el mismo modelo con que construyéronse los anfiteatros de las antiguas Grecia y Roma, debido a que los hispanos heredaron dicha usanza de sus ancestros romanos. Además, las corridas de toros convirtiéronse en el único acto representativo de los tradicionales combates entre gladiadores.

La plaza consiste en una estructura circular, de aproximadamente cuatro metros y medio de altura, está construida con el mismo material que las casas, pero pintada de llamativo rojo y decorada con banderas. Una banda toca afuera mientras la alegre muchedumbre reúnese, y grandes grupos de soldados y policías saltan a la vista como símbolo de alivio, pues un sentimiento de terror aparece frente a uno conforme se acerca al lugar.

Dentro del extenso ruedo circular —la zona de combate—, la plaza interior permite ver el cielo, pero está encerrada por un cercado lo suficiente alto, frente a la cual agregáronse, en

intervalos, barandas de madera, y tras estos, los combatientes pueden refugiarse cuando son perseguidos muy de cerca por el toro. Los asientos están dispuestos de la misma manera que en un circo o teatro, y el círculo más alto está techado, así que protege del sol a las personas, aunque debe pagarse un monto adicional para sentarse en esta localidad.

La capacidad del redondel era entre tres y cuatro mil personas, y la multitud que se reunía allí, incluía a los más acaudalados y aristocráticos individuos de la ciudad, así como a las clases más pobres. Pero lo sorprendente era que los padres traían consigo a sus inocentes niños para presenciar un acto tan brutal. Las damas adineradas vestían elegantes prendas; toda la audiencia exhibía un aire festivo y daba la impresión de que disponían del más alegre y vivaz ánimo. No existió jamás multitud más radiante que aquella en los enfrentamientos de toros al estilo español.

Cuando llegó el momento de empezar el espectáculo, la banda se situó dentro del redondel, y la turba, en la cual el factor masculino era evidente, mostró impaciencia con sus fuertes pisadas, aplausos y demás manifestaciones vistas también en los teatros. Por fin, las puertas abriéronse y aparecieron seis artistas de pie, vestidos en magníficos y ajustados trajes de colores rojo, verde, azul o carmesí, adornados suntuosamente con encaje y detalles dorados, con gorritos de terciopelo negro, medias blancas y largas capas bicolor plegadas con delicadeza en los hombros. Después, llegaron dos hombres a quienes llámaseles «picadores», montados a caballo y también vestidos con elegancia, y portaban largas picas. Tras ellos, desfilaron tres mulas, todas del mismo tamaño, atadas con el mismo arnés, adornadas con campanitas, gualdrapeadas llamativamente con monturas rojiblancas, y conducidas por muchos chicos que hacían chasquear unos látigos de extensa longitud. Recorrieron la plaza y realizaron una asombrosa exhibición; los actores dirigieron una breve reverencia al maestro de ceremonias, y luego todos, a excepción de los seis actores, retiráronse. Uno de ellos dirigióse

hacia una puerta lateral a esperar la salida del toro, sin duda con mucho menos temor que nosotros, quienes presenciábamos nuestro primer enfrentamiento taurino.

La bestia salió con asombrosa energía, y este hombre lanzóle al lomo un alambre de púas, en cuyo extremo había un llamativo ramillete de papel seda. El toro lanzóse violentamente contra los hombres de la plaza, quienes esquiváronlo con destreza, y tan pronto como éste calmóse, ondearon las capas de vivos colores frente a él. Luego los jinetes acercáronse para provocarlo aún más con sus largas lanzas. A manera de opinión, lo de introducir caballos en la plaza es una pésima idea; a las pobres criaturas les vendan los ojos y son obligadas por los jinetes a acercarse al toro, de forma que terminan bajo su entera voluntad y a menudo los matan.

El siguiente acto consistía en la incrustación de las banderillas —largos dardos adornados con pintoresco papel seda—, las cuales lanzan a los hombros del toro, de dos en dos. Tal proceder tiene el fin de enfurecer al animal, pero la pobre bestia parecía estar domada, y, después de perseguir a algunos de los hombres hasta que se refugiaban en las barandas de madera, miró alrededor con tal aturdimiento y desesperanza que resultaba muy lamentable observarlo, pues con certeza sentía mucho dolor, y la sangre, producto de las heridas causadas por los dardos, recorríale los costados. El público, sin embargo, no mostraba lástima alguna por él, sino escarnio por haber perdido su ferocidad, y gritaba «otro toro, otro toro», y pedía más música para animar sus languidecidos espíritus. Los actores siguieron incitándolo mediante las coloridas capas que ondeaban frente a él, y entonces los jinetes aguijoneáronlo con la pica, hasta que nuestro último deseo fue que lo matasen de una vez por todas para acabar con su sufrimiento.

El sacrificio del toro es en realidad un acto que requiere de mucha habilidad y gran valentía, si se realiza de la manera correcta. El arma utilizada es una espada de poco menos de

un metro de longitud, y además, el actor debe cumplir con ciertas condiciones. No puede tomar al toro por sorpresa, éste debe encontrarse en una posición ofensiva, venir de frente para atacar, y la espada debe clavarse en determinado sitio detrás de la cabeza y delante del lomo, de forma que alcance el corazón. Luego de que el toro se canse un poco, el matador prepárase para acabarlo. La capa roja que ondea frente a él llama su atención y apresúrase a ir tras el hombre, quien, sin moverse de su lugar, y mientras el toro baja la cabeza para intentar lanzarlo al aire, muévase hacia un lado con destreza para esquivar los cuernos, clávale la espada con la velocidad de un rayo y se aparta.

El matador, en esta ocasión, mostró mucha destreza, y rápidamente hundióle la espada hasta el corazón. El toro detúvose en seco, y cayó muerto. Después de esto, sacaron a las ataviadas mulas, y el cuerpo sin vida fue arrastrado alrededor del circuito, para finalmente ser llevado hasta la puerta en medio de los chasquidos de látigos, campanas, alegre música y ensordecedores aplausos.

La actuación repítase hasta que llegan a matar cuatro toros, sin variar la estrategia, excepto por la disposición que el toro ofrece. En este enfrentamiento, el segundo toro notábase lo suficiente animado para alterar al jinete en repetidas ocasiones; pero el tercero tenía un carácter muy diferente, lo que muy pocas veces se ve. Saltó a la plaza con furia, como si estuviese empeñado en vengar la injusta muerte de los anteriores; abrióse paso velozmente apenas se abrieron las puertas, tan apresurado que el actor falló al lanzarle el ramillete de alambre. Sin embargo, no hubo necesidad de provocar o torturar a este animal para encender su ira, y los actores expresaban algo de miedo. Pasaron algunos instantes antes de que pudiesen clavarle las banderillas, y cuando las dos primeras le atravesaron la piel, detúvose, agitó el cuerpo para intentar deshacerse de ellas, piafó en el suelo y empezó a echar espuma como muestra de impetuosidad. En cuanto uno de los jinetes aventuróse a acercársele, el toro

tomó impulso y abalanzóse contra un costado del caballo, destripándolo y lanzando al jinete al suelo. Luego, sin bajar la velocidad, arremetió contra el otro caballo, volcándolo, e hizo despedido al jinete a tres metros de altura. El hombre cayó de espalda de forma violenta, y quedó en suelo sin sentido, a merced del toro. Era el único en la plaza; todos los demás habíanse refugiado detrás de la baranda, pero uno de ellos apareció en el acto para atraer al toro. Al embestirlo, éste apartóse ágilmente, y corrió tan rápido como pudo, pero cuando estaba a punto de saltar la barda, quedó atrapado en los cuernos del animal, y éste lanzólo al aire bruscamente. Sacáronlo de la plaza aún vivo, pero murió al día siguiente por causa de las heridas. El toro entonces regresó donde su primera víctima, que permanecía inconsciente en el suelo, dirigió sus cuernos a la cabeza del herido y acabó con su vida, probando así ser el maestro de la situación al matar a dos hombres y un caballo.

Esta aterradora desgracia, como pudimos notar, no tuvo efecto alguno en el público, que parecía no conmoverse ni sentir horror o lástima. No permitieron la matanza del toro, sino que écharonle el lazo, atáronlo con cuerdas, y lleváronselo de la plaza. Para entonces, había llegado la hora de la cena, pero después de haber sido testigos de tanta acción, desistimos de comer, aunque nuestro amigo nos aseguró que habíamos presenciado un verdadero enfrentamiento de toros.

Luego del espectáculo, acostúmbrase rifar los cuerpos de los toros sacrificados. Los números de los asientos numerados colócanse en un sombrero y sácense cuatro. Después de esto, la plaza se abre al público, dejan salir varios toros, y los jóvenes y todo aquel que quiera entrar puede ir y entretenerse.

En cuanto a los efectos morales en una nación que permite un acto tan salvaje como el enfrentamiento de toros, no es necesario decir ni una palabra. El hecho de que una concurrencia de hombres, mujeres y niños observe, sin sobresaltarse, un evento así, y que en

realidad disfruten ver cómo se tortura, martiriza y asesina a un animal, y cómo nobles caballos son sacrificados por gusto, e incluso cómo la vida humana desprecíase de forma tan imprudente, demuestra una terrible y casi inverosímil condición de la sociedad. ¡Cómo pueden deleitarse los españoles —y nadie más que ellos puede—, va más allá de la comprensión de cualquier ser humano! Igualmente difícil resulta apreciar la forma en que este modo de entretenimiento es tan enaltecido por los hispanos. Considérasele una profesión digna de respeto y admiración desde el punto de vista artístico. Existen ciertas leyes prescritas que los participantes deben obedecer, y a todo matador críticasele como se hace con cualquier actor estrella o cantante de ópera en Estados Unidos. No obstante, el español es el único que considera este deporte como arte. Para un estadounidense, sean cuales sean sus sentimientos, no existe un espectáculo más espantoso o desgarrador que las corridas de toros. Los sentimientos de indignación, horror y repulsión, acrecentados al presenciar por primera vez una actividad así, sobrepasan tanto la capacidad de describirla como el poder de la imaginación. Sin duda, en tierras donde los enfrentamientos taurinos ocurren, la agitación social es frecuente, y la vida humana deja de apreciarse en gran medida. Sería esperanzador que estos acontecimientos pronto formasen parte del pasado, aunque es extraño que no hayan desaparecido ya. Muy poco esfuerzo realizase en este ámbito. En España, las leyes prohíben el establecimiento de nuevas plazas, y en México, en lo que se conoce como el Distrito Federal —donde localízase la Ciudad de México—, tampoco se permiten; pero a pocos kilómetros de la ciudad todavía llévase a cabo, y la inmensa cantidad de vehículos de todo tipo, además de un gran número de carruajes tirados por caballos, así como jinetes que con ansia se dirigen al sitio, demuestra con elocuencia el acogimiento de esta brutal forma de distracción. Los extranjeros, por lo general, presencian un solo enfrentamiento de toros, y pocas veces muestran deseos de volver a ser testigos de ello.

INFORME DE INVESTIGACIÓN

Introducción

Información general sobre el texto traducido

Este trabajo de graduación consistió en la traducción de un texto narrativo del siglo XIX y un informe de investigación sobre un aspecto específico de dicha traducción. Se trata del libro *A Winter in Central America and Mexico* (1886), de Helen Sanborn, quien relata su recorrido por esta región en el año 1885¹⁷. El texto se compone de 197 páginas, de las cuales se tradujeron aproximadamente 70, partiendo del primer capítulo. En la obra, la autora describe su viaje por América Central y México en compañía de su padre y otros personajes que desempeñaron el papel de guías o compañeros de viaje, entre otros. El texto, escrito a finales del siglo XIX, refleja ciertos temas de la época, como las secuelas de la esclavitud en Estados Unidos, las dificultades a la hora de realizar viajes largos, las concepciones acerca del tema del género, las implicaciones políticas en diferentes contextos y países, y las generalizaciones sobre diferentes grupos étnicos tales como los negros, los indígenas y los europeos, todo desde la perspectiva de una mujer joven estadounidense, y en apariencia, acaudalada. El género discursivo, por lo tanto, corresponde a una crónica de viaje que puede considerarse novela histórica.

En cuanto a las características textuales, la autora utiliza un registro formal, no coloquial, que brinda al texto un tono de seriedad, aunque no excluye algunos matices de comedia. Las oraciones son, en su mayoría, de mediano tamaño, y el léxico es selecto, sin caer en un nivel elevado de especialización o elegancia. Los diálogos escasean, pues al estar escrito en primera persona, hay pocas oportunidades para la interacción directa entre los personajes. También es limitada la cantidad de personajes; no se caracterizan de forma particular, solamente intervienen en la historia sin llegar a evolucionar. El rasgo más sobresaliente, y que

¹⁷ Sanborn, Helen. *A Winter in Central America and Mexico*. Boston: Lee and Shepard, 1886. Impreso.

representa el punto de partida de esta investigación, consiste en el uso de vocabulario general para describir personajes y situaciones. Aunque la autora menciona conceptos relativos a la época en la cual se desarrolla la crónica (“carruaje”, “barco de vapor”, el “real” como moneda, etc.), no utiliza palabras específicamente “antiguas” para describir su experiencia. El lector puede percibir que la historia tiene lugar a finales del siglo XIX porque el contenido es en sí una descripción de un viaje realizado en 1885; sin embargo, la traducción fiel del estilo de la autora no reflejaría con exactitud el estilo utilizado en español para proporcionar el ambiente histórico esperado.

Justificación

Desde el punto de vista histórico cultural, este texto es una fuente de información valiosa sobre el estilo de vida y costumbres de los centroamericanos a finales del siglo XIX. Además, refleja la percepción de la cultura estadounidense acerca de los pueblos centroamericanos y su forma de desenvolverse durante esos años.

De esta manera, el texto muestra datos culturales y acontecimientos históricos que podrían interesar tanto a quienes estudian la historia centroamericana, como a lectores aficionados por los textos antiguos. Una vez traducida, esta obra servirá como referencia para historiadores, sociólogos y otros profesionales de las ciencias sociales, así como para quienes hallan placer en la lectura relacionada con historia, pues todos ellos podrán encontrar en él abundante información acerca del estilo de vida de los pueblos centroamericanos a finales del siglo XIX, con el valor agregado de la perspectiva de una mujer estadounidense.

Desde el punto de vista traductológico, este texto ofrece material para indagar en el mecanismo de enfrentar uno de los retos interesantes de la práctica traductológica: el de “envejecer” el texto al recurrir a palabras que proporcionan un significado más antiguo, con lo que se enriquece el ambiente histórico. Mediante la teoría de la deconstrucción como principal

base para esta investigación, se analizará este mecanismo como un proceso que genera una cadena de significados capaz de transportar al lector meta al pasado. Además, la teoría del funcionalismo o skopos permite establecer un propósito específico que sirve como guía para el análisis. El sistema de significación propuesto en este trabajo proporciona una base para el análisis de las diferentes cadenas de significados contenidas en los elementos léxicos seleccionados.

Antecedentes

Aunque existen varias investigaciones sobre la traducción de este tipo de textos, entre las presentadas como trabajos de graduación en el Plan de Maestría en Traducción de la Universidad Nacional, no hay ninguno que utilice la Deconstrucción como base de marco teórico para su análisis. Así, por ejemplo, el informe de investigación de María Gabriela Mora (*La neutralización y la conservación: sistemas de traducción para un texto de importancia histórica*) estudia los sistemas de neutralización y conservación como estrategias para la traducción de un texto histórico titulado *The Experience of Samuel Absalom, Filibuster*, el cual narra la historia de un filibustero en Nicaragua durante la Campaña de 1856 y 1857 desde la perspectiva de este personaje. El enfoque traductológico de dicho trabajo se centra en explicar las técnicas antes mencionadas, sin considerar las posibilidades explicativas que ofrece la deconstrucción. Por otra parte, el informe de investigación de Laura Gutiérrez (*“Communication between Cultures”, de Larry A. Samovar et al.: adaptación metalingüística e ideológica en un texto cultural*) se centra en las dos principales causas de la adaptación de un texto cultural cargado de ideología, pero no analiza tampoco la creación del efecto semántico desde la perspectiva de la Deconstrucción. En el trabajo monográfico presentado por Jeannette Soto en el 2011, *Un traductor desconocido: Ricardo Fernández Guardia*, se hace referencia a la labor traductológica de este escritor y se muestra al traductor como un “agente histórico”.

Se refiere ampliamente a la Teoría de los Polisistemas y explica el aspecto de la estilística adoptada por Ricardo Fernández Guardia en sus propias traducciones. El informe de investigación de Silvia Rodríguez (*Una colección de documentos sobre las relaciones económicas entre los Estados Unidos y Centroamérica*) se concentra en el análisis de la voz pasiva como parte del estilo, y en el desarrollo de un glosario de anglicismos. Finalmente, Florizul Acosta, en su trabajo del 2007 denominado *Documentos relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 1857 con sus antecedentes Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, de Manuel Jiménez y Faustino Víquez: Traducción del discurso arcaizante*, estudia la traducción de elementos léxicos, como saludos iniciales y finales de algunas cartas, la terminología especializada en temas militares, diplomáticos y de orden legal, y elementos sintácticos como oraciones largas y recursos de coherencia. Para explicar estos aspectos recurrió al concepto de la traducción filológica y las categorías del *modelo textual* de Albrecht Neubert, la traducción como acto político de Lawrence Venuti, y la situación diacrónica de los textos y la noción de fidelidad de Wilhem von Humbolt. Aunque todos estos temas se relacionan directamente con la traducción y estudio de textos históricos desde diversas teorías y perspectivas, no se ha propuesto la perspectiva combinada entre la traducción de un texto histórico y la Deconstrucción y el Funcionalismo como bases para estudiar los elementos arcaizantes.

Otros trabajos investigativos, que utilizan la deconstrucción para el análisis de textos de importancia histórica, no se refieren directamente a su traducción, sino sólo a su tratamiento. El artículo “Deconstruyendo la originalidad y la autoría: la de-construcción del traductor "no literario" como orquestador/autor de los textos traducidos”, por Francisco Vargas (2007), argumenta en contra de la visión que se tiene del traductor no literario como “copista” y no como autor primario de un texto traducido; sostiene que la deconstrucción permite adjudicar al traductor no literario la autoría de sus textos traducidos. Aparte de esta

idea, el artículo no hace mención alguna de la deconstrucción como herramienta de análisis de la traducción de textos históricos. El artículo “Hacia una teoría particular de la traducción histórica. Reflexiones sobre una investigación en curso”, de Lía de Luxán Hernández, se refiere a la traducción de textos históricos como textos en los que intervienen ciertas convenciones y diversos aspectos culturales que requieren un enfoque teórico particular. Incluye el estudio de áreas como la humanística y la lingüística, entre otros, y resalta el objetivo científico propio que deben tener las teorías de traducción por estar incluidas dentro del campo de la comunicación verbal. La importancia de traducir textos históricos pertenecientes a variadas culturas es otro aspecto estudiado dentro del campo de la traductología. Las razones por las cuales este tipo de textos requieren de una traducción son analizadas a la luz de la importancia que tiene la documentación en toda sociedad, aun más si se trata de textos que involucran el origen y desarrollo de la cultura a la que un pueblo pertenece. Este importante aspecto se estudia en el artículo de Eustaquio Celestino Solís “La traducción de textos históricos en Nahuatl”. No obstante, se limita a analizar las razones temáticas y no explica estrategia traductológica alguna para este tipo de texto.

Entre los textos comparables consultados está *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran mariscal de Ayacucho*, en 1846, por Antonio de José Irisarri, el cual narra la historia del asesinato de Antonio de José Sucre y la forma en cómo se llevó a cabo este suceso. En este texto se buscó indicios del uso de palabras o frases propias de la época en que fue escrito, y se encontró que la mayoría de las palabras aún se usan en la actualidad, como la palabra “cama”, aunque otras como “careo” y “mitra” no pertenecen al léxico con que se suele hablar hoy día. En otras palabras, el vocabulario del texto de Irisarri concuerda en su mayoría con el que se usa actualmente, pero presenta ciertos elementos léxicos cuyo uso en el siglo XIX era muy común y que se han dejado de usar al presente.

Algunas obras del guatemalteco Antonio Batres también fueron fundamentales en la comparación de textos históricos, pues se comprobó en ambos el uso de algunas palabras analizadas en este trabajo. Sus obras *Cristóbal Colón y el nuevo mundo*, y *Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala*, fueron escritas en los años 1893 y 1892 respectivamente.

Problema investigativo

El método de utilizar vocabulario arcaico para generar el ambiente de historicidad a un texto antiguo no es nuevo, sino que se ha utilizado en traducciones anteriores para causar este efecto. Sin embargo, no se ha establecido una relación entre el uso de esas palabras y su funcionamiento dentro de la traducción. Por lo tanto, surge el siguiente problema: ¿cómo funcionan ciertos elementos del texto traducido (sustantivos, adjetivos y verbos) que lo “envejecen” a los ojos del lector meta? Este problema surge durante el proceso de traducción a partir de la búsqueda de vocablos específicos capaces de generar la sensación de antigüedad para la cual no todas las traducciones posibles funcionan, ni todas las estrategias convencionales de traducción ofrecen. Al seleccionar ciertas opciones, la coherencia del mensaje se podría mantener mediante el uso de palabras generales que transmitirían el mismo sentido pero sin transportar al lector al pasado. Por esta razón, el problema lidia con cómo lograr que el lector meta se sienta parte del ambiente histórico propio del texto original, y para esto, la cadena de significados que se crea con ciertas palabras pretende causar ese efecto.

Hipótesis

A partir del problema, se planteó la siguiente hipótesis: para cada palabra, existen diversos niveles de significado cuya interacción constituye el mecanismo de “envejecimiento” del texto al generarse cadenas de significados que crean ambigüedad. De esta manera, el uso

de vocablos específicos causa un efecto de antigüedad que no se alcanza con palabras usadas comúnmente en la actualidad.

Objetivo general

El objetivo general de la investigación consiste en mostrar el efecto de ciertos elementos léxicos como agentes arcaizantes mediante el análisis de los diferentes niveles de significado que los constituyen dentro del contexto traductológico.

Objetivos específicos

- Identificar diferentes tipos de significado para cada elemento léxico: actual, contextual, e histórico o en desuso.
- Explicar la función de cada significado dentro del texto meta mediante un cuadro comparativo de ejemplos del texto traducido.
- Comparar el efecto de los diferentes significados según su función y propósito dentro del texto.

Estructura del informe

El presente informe de investigación consta de un capítulo sobre las consideraciones teóricas, el cual define y explica las teorías utilizadas para realizar el análisis de ejemplos. Las teorías empleadas son la deconstrucción y el funcionalismo, cuyos enunciados constituyen las bases del análisis. En este capítulo, además, se establecen algunos conceptos de la lingüística que ayudan a delimitar el objetivo general de este trabajo. El informe también presenta un capítulo de análisis de ejemplos representativos con los que se explica la hipótesis, en el que se desarrollan conceptos esenciales para comprender estos. Por último, las conclusiones obtenidas a partir de dicho análisis, en las cuales se puntualiza los resultados de éste y la comprobación de la hipótesis.

Capítulo I

Consideraciones teóricas

Las teorías utilizadas para el estudio del proceso traductológico en esta investigación comprenden dos grandes campos: 1) la lingüística, y 2) la traductología, dentro del cual se incluyen la teoría de la deconstrucción y la teoría del funcionalismo. Los conceptos básicos de la lingüística ofrecen un marco teórico en el cual las dos teorías traductológicas se apoyan para ampliar sus respectivas funciones como recursos de análisis de la traducción. La deconstrucción establece que se puede generar un número infinito de interpretaciones de una misma palabra mediante su concepto de la cadena de significados; y las nociones de meta, propósito y función que propone el Funcionalismo establecen una importante base para estudiar un fin determinado en una obra traducida. Si bien no son las únicas teorías que ofrecen bases para analizar las estrategias de traducción, representan cimientos estables para manifestar una perspectiva diferente en el proceso del análisis traductológico. Además de considerar estas teorías como recursos prácticos para analizar la traducción, se debe tomar en cuenta también el hecho de que un texto de importancia histórica involucra aspectos de trascendencia cultural. La traducción corresponde a un acto intercultural en el que se debe valorar diversos elementos, tanto culturales como lingüísticos. Por este motivo, el texto origen y el texto meta no pueden ser del todo equivalentes, ya que en medio del proceso traductológico existen agentes como el emisor, el receptor y el marco cultural dentro del cual el texto meta se ve involucrado. A su vez, el análisis de estos factores puede realizarse desde las teorías antes mencionadas para explicar la relación entre las decisiones tomadas en el proceso de traducción. En el estudio de esta traducción se estableció un sistema de diferentes niveles de significado (actual, contextual e histórico) para ciertos elementos léxicos, lo cual a su vez supone un fin último que es también objeto de estudio desde la perspectiva de la teoría

de Skopos: crear en el lector meta un efecto de historicidad por medio de la cadena de significados.

Conceptos básicos de la lingüística

Antes de presentar las dos teorías principales que conforman el marco teórico de este trabajo, es necesario recurrir en primer lugar al campo de la lingüística como apoyo teórico, pues desempeña un papel importante en este trabajo de investigación. En 1916 nace la lingüística moderna con el lingüista suizo Ferdinand de Saussure como su creador. Esta ciencia estudia todas las formas de expresión del lenguaje humano tanto oral como escrito, en cualquier cultura y en cualquier momento de la historia (Saussure 34). Los estudios lingüísticos incluyen la descripción de todas las lenguas existentes y la creación de los registros respectivos de estas a lo largo de la historia, así como la identificación de las reglas generales que comparten todas estas lenguas. Desde el punto de vista de este trabajo, se definirán aquellos conceptos de la lingüística que tienen especial relevancia. Estos conceptos son:

Signo: la combinación de concepto y de la imagen acústica; es una unidad psíquica.

Significado: “concepto”

Significante: “imagen acústica”

En su *Curso de lingüística general*, Saussure afirma que las lenguas son sistemas de signos y se encargó de precisar estos. Definió el signo lingüístico como “una unidad psíquica de dos caras”, el conjunto de dos elementos: el significante (previamente designado como *imagen acústica*) y el significado (que viene a reemplazar al *concepto*) (93). El signo lingüístico es la unidad estable de la que se compone la lengua; el significante es el referente al cual se le asigna el significado, que consiste a su vez en la realidad extralingüística asociada con el referente (93). Los signos tienen una indudable dimensión social y son usados dentro de

un determinado marco social y cultural, por lo que no pueden aislarse del contexto en el cual se desarrollan.

Los significados son producto de un proceso que involucra la subjetividad y la contextualidad. El signo, por lo tanto, no se puede estudiar como un ente apartado, pues el valor de su alcance depende de la situación en la que se desenvuelve. El contexto aporta una buena parte de su significación, aunque el trabajo intrínseco del interpretante interviene en gran medida en el proceso semántico a través del cual el signo adquiere sentido. De esta manera, la significación de un conjunto de signos depende de la situación cultural para que cada referente tenga un valor primario compartido por los miembros de la cultura. Este principio es definido por Saussure como la *arbitrariedad* del signo (94); sin embargo, no significa que cada individuo tiene la potestad de asignarle al signo lingüístico el significado que quiera, ni que siempre es arbitrario, sino que la cultura y la lengua particulares dictan los significados para cada conjunto de sonidos o significantes. Se dice que es arbitrario porque surge a partir de una situación acordada en cada cultura. En efecto, a pesar de la diversidad de idiomas en el mundo, cada lengua tiene su propio sistema de signos comprendido por sus hablantes, y entre hablantes de diversos idiomas es todavía posible entender signos pertenecientes a idiomas ajenos al propio porque los significados se asocian con ideas previamente establecidas. La intención comunicativa es parte del proceso de reconocimiento por parte del interlocutor; por lo tanto, la significación es de carácter esencial en la comunicación porque sirve como instrumento de interacción social.

La importancia del sistema de signos y sus componentes en el proceso traductológico radica en el efecto que produce directamente en la percepción del lector, ya que éste pertenece al contexto en el que se localiza el conjunto de signos. El proceso subjetivo implicado en el

reconocimiento del significado lidia con el contexto en el cual se desenvuelve el contenido y en el que se halla el lector mismo, ya que dichos contextos son diferentes.

Teoría de la deconstrucción

La teoría de la deconstrucción fue propuesta en 1966 por el filósofo francés Jacques Derrida (influido por Saussure y Nietzsche, entre otros) quien perteneció a la corriente posestructuralista de los años 1960, y que se oponía a los movimientos estructuralistas del momento. Aunque esta teoría no suele relacionarse directamente con el campo de la traducción, algunos de sus conceptos se pueden aplicar a ella, como la cadena de significados y la ambigüedad de los conceptos definidos a continuación según esta teoría:

Cadena de significados: cadena infinita de significados atribuibles a la palabra; la interpretación de una palabra lleva inmediatamente a otra.

Ambigüedad: efecto causado por esta cadena de significados ya que no existe un único valor para una palabra.

La deconstrucción se centra en lo concreto, y por esta razón, afirma que los principios de la existencia se pueden ubicar en un plano histórico y se estructuran mediante los símbolos, el lenguaje y la cultura como es percibida en el momento. Derrida no admite la existencia de un centro que rige toda estructura y del que no se puede ir más allá, al que denomina “logocentrismo” en su obra *De la gramatología* (19). Los sistemas de pensamiento como la crítica literaria, por ejemplo, pueden ser deconstruidos, lo que implica la variabilidad de los significados, y esto a su vez sugiere que es “el texto traducido quien nos escribe a nosotros, y no nosotros al texto” (Gentzler 145). Según Reyes en su artículo “Breve introducción a Jacques Derrida y la deconstrucción”, deconstruir un texto significa “interrogar los supuestos que lo conforman para dar una nueva perspectiva. Lo que propone Derrida en sus libros es una lectura minuciosa a textos literarios o filosóficos para llevarlos al extremo de darles una

significación diferente de lo que parecían estar diciéndonos”. Es decir, una palabra puede tener más significados del que se aprecia en un primer plano; por lo tanto, no es posible establecer un único sentido. En la deconstrucción incluso se afirma que la traducción es en sí misma una deconstrucción, o dicho de otra manera, cada vez que se traduce un texto se está deconstruyendo.

El concepto de la deconstrucción que se explota en el presente análisis de traducción es la cadena de significados que resulta de la existencia de más de un significado para cada significante. Esta cadena se relaciona con la intertextualidad, ya que los textos no siempre se leen desde el punto de vista del autor, sino que cada texto está interrelacionado con otros y por eso el lector podría no identificarse con el autor original. Otros autores concuerdan con Derrida al afirmar que la uniperspectividad de las palabras es un concepto nulo desde sus puntos de vista. Por ejemplo, Barthes, citado en Karoubi en el artículo “*Ideology and Translation with a Concluding Point on Translation Teaching*”, explica que al no existir un autor desde esta perspectiva, los lectores (incluyendo al traductor), interpretan los textos basándose en su propio banco de datos y conocimiento previo de las palabras, frases, convenciones y conceptos conocidos gracias a la interacción con otros textos en el pasado, por lo que su conocimiento general es ideológico, y lo que advierten del texto es posible debido a su percepción individual y no a la intención del autor. De este modo, la posibilidad de encontrar varias interpretaciones de un mismo concepto se traduce en la “no-razón” (“Deconstrucción”, Peretti), que al fin y al cabo corresponde a la única razón universal, y que conduce precisamente a la contradicción mencionada con anterioridad. No es posible encontrar en las ideas el sentido último generado o intentado por el autor, sino que cada interpretación requerirá una interpretación de sí misma. Dentro de una traducción, la cadena de significados puede conducir al lector a un plano lingüístico en el cual el significado no es

definitivo ni restrictivo. Asimismo, cada lectura de un texto conlleva ideas ya deconstruidas porque el proceso de interpretación es subjetivo y depende de cada lector concederle al texto uno u otro valor. La cadena de significados y la ambigüedad que supone ayudan a explicar cómo cada idea dentro de un texto se deriva en otras ideas hasta concluir en que existe una infinidad de significados atribuibles a éstas.

Partiendo del hecho de que la deconstrucción no es un método, ni una crítica ni un análisis, se puede afirmar que consiste básicamente en una estrategia de “desmantelamiento” para descubrir las estructuras ocultas. No intenta “destruir” una idea, sino desarmarla e intentar comprenderla desde varias perspectivas. Su objetivo sería entonces explorar la configuración de un sistema, de una cultura, de una sociedad, de un discurso. En otras palabras, la deconstrucción busca investigar los presupuestos existentes dentro de dicho discurso, o identificar los que no existen. Por esta razón, cuando se afirma que un texto original es también producto de una “traducción” anterior basada en ideas preconcebidas, se debe a que nunca se llega al origen verdadero de una idea, sino que éste se remite a sí mismo como parte de un proceso que sigue un patrón en forma de espiral. Huamán sugiere en su publicación denominada “Claves de la deconstrucción” que “La deconstrucción supone que toda escritura es una construcción intencional, no la representación de la realidad” (93). Esto significa que lo observado a simple vista no es necesariamente lo único que existe dentro de un texto, sin importar si el autor (o incluso el traductor) quiso de manera deliberada expresarlo.

La Teoría del funcionalismo o skopos

La Teoría del Funcionalismo fue desarrollada principalmente por Hans J. Vermeer en 1978, aunque colaboró con él Katharina Reiss, y sobre la cual Christiane Nord también ha escrito al respecto. No obstante, difiere de Vermeer al señalar que el skopos (propósito) de la

traducción debe centrarse en las instrucciones del “iniciador” de ésta, y no necesariamente en la perspectiva del traductor (9). El funcionalismo, según Vermeer y Reiss, se centra en el skopos como principal elemento de una traducción; la función en torno a la cual gira el proceso traductológico determina la estrategia que se utilizará para alcanzar este fin. El resultado en el texto meta, por lo tanto, depende del propósito establecido por el traductor desde el inicio.

Para Nord, existen cuatro conceptos clave que el traductor debe analizar antes de traducir, ya que constituyen el cuerpo de su obra:

Meta: es el resultado final que se desea conseguir mediante una acción translatoria.

Propósito: es un paso intermedio para conseguir una meta

Función: es referente a lo que el texto meta significa o pretende significar desde el punto de vista del receptor.

Intención: es referente al propósito que se desea conseguir con el texto meta y que se plantea desde el punto de vista del emisor.

Los cuatro conceptos se interrelacionan de manera que cada uno aporta un valor de diferente tipo pero de igual magnitud, ya que no se puede pensar en una traducción basada en skopos que no requiera la presencia del emisor, el receptor o el fin que se persigue. Nord afirma también que el emisor y el receptor pertenecen a situaciones y contextos diferentes, por lo que la función no es necesariamente la misma, y así la meta dependerá del punto de vista que se tome. Lo que sí se puede distinguir, según Nord, es el tipo de propósito, que se puede clasificar en tres tipos:

1. El propósito general que está en función del traductor y que consiste en su propio propósito con respecto a la traducción.

2. El propósito comunicativo, que se refiere al propósito de la traducción en la situación meta.
3. El propósito centrado en los procedimientos o estrategias de traducción.

En la presente investigación se utilizarán los dos primeros tipos, ya que se relacionan con el propósito establecido por el traductor desde el inicio y con la finalidad de la traducción. Sin embargo, se tomará en cuenta la posición de Reiss y Vermeer en cuanto a la traducción como producto de un propósito específico del traductor y no necesariamente del autor, como sugiere Nord.

Reiss, además, distingue cinco reglas en general por las cuales se rige la teoría del Funcionalismo:

1. Un texto meta se determina por su skopos.
2. Un texto meta transmite información proveniente de una cultura y una lengua de origen en una cultura y una lengua meta.
3. Un texto meta no es claramente reversible.
4. Un texto meta debe ser coherente en su estructura interna.
5. Las cinco reglas anteriores siguen un orden jerárquico, siendo el skopos el de mayor importancia.

Para Reiss, un texto meta es funcional si responde a las preguntas: ¿Por qué se traducirá el texto de origen?, ¿Cuál será la función del texto meta? La primera pregunta ayuda a delimitar los aspectos tanto culturales como lingüísticos que ha de tener el texto meta, ya que en ellos se encuentra el contenido que va a ser interpretado por el receptor. La segunda pregunta permite la profundización del propósito que tiene en mente el traductor para seleccionar las estrategias de traducción. Al traducir de una lengua a otra existe un rango de variabilidad en la exactitud, ya que no siempre la función del texto meta encajará

con la función del texto original, y esto es a lo que se refiere la característica de la irreversibilidad. La coherencia interna del texto meta debe coincidir con el sistema lingüístico del público receptor para evitar no sólo malinterpretaciones sino también la transmisión de un mensaje incorrecto, incompleto o inapropiado según la cultura meta. Con respecto a la coherencia intertextual, el texto meta debe ser coherente con el texto original en términos de lo que el traductor percibe de éste, la interpretación que el traductor hace de él, y la información que se transmite al público receptor.

Si se quisiera hablar de los alcances que esta teoría intenta explicar, puede mencionarse el hecho de que con ella se analiza las diferentes maneras de traducir que no necesariamente obedecen a normas externas o en extremo rígidas que delimiten el texto meta. Esto no significa que el traductor debe (o puede) ignorar las convenciones que establecen las pautas a seguir durante el proceso de traducción, sino que con un propósito específico en mente puede apoyarse en las estrategias que mejor le parezcan para cumplir el objetivo. A diferencia de textos científicos que requieren, en su mayoría, de normas específicas y fijas para su traducción, la literatura ofrece un rango más amplio para transmitir un mensaje en la lengua meta. Por este motivo, la teoría de skopos representa una puerta más abierta para que el traductor establezca su propia intención, tomando en cuenta las especificaciones culturales y lingüísticas que el público receptor demanda.

El funcionalismo también explica la modificación del propósito para delimitar un proceso de traducción específico. El traductor no sólo establece su propio fin sino que puede variarlo dependiendo del contexto en el que desee involucrar al lector. Ya sea por decisión propia o por encargo, el cambio de propósito implica la posibilidad de que la función comunicativa en el texto meta sea levemente “alterada” sin que esto signifique un cambio radical en el sentido original. De ahí que la traducción orientada al propósito constituye una

manera efectiva de asegurar el cumplimiento de una intención comunicativa particular, como lo es crear determinado efecto en el lector, por ejemplo, mediante la posibilidad de asignar diversos niveles de significado a elementos léxicos contenidos en el texto original.

La relación de ambas teorías (deconstrucción y funcionalismos) con el análisis investigativo radica en la explicación de las decisiones traductológicas empleadas. Con respecto a la teoría de la deconstrucción, la cadena de significados describe la variada interpretación de los conceptos que el público receptor encontrará en el texto meta. Estos conceptos implican niveles de significado de una misma idea que difieren entre sí porque su capacidad para generar historicidad varía en cada nivel. Por esta razón, la existencia de estos niveles posibilita la interpretación subjetiva por parte del lector final, que con su propio conocimiento de los significados (si está familiarizado con todos) puede reconocer el texto como uno escrito en el siglo pasado. En cuanto a la teoría del Funcionalismo, con ésta se analiza la finalidad establecida para el texto en forma directa como parte de la metodología de traducción. El cumplimiento de esta finalidad se determina en parte por la cultura meta, ya que los elementos léxicos seleccionados para la traducción tienen la capacidad de generar una impresión particular según su conocimiento general del mundo, y en parte por el traductor, porque su resolución no ha sido escogida al azar sino mediante un proceso selectivo. Si el efecto esperado se da en el receptor, el propósito se habrá cumplido.

Capítulo II

Vocabulario portador del sentido histórico en la traducción de un texto histórico-cultural

La teoría de la deconstrucción establece la multiperspectividad como un modelo que genera ambigüedad del significado. Dicha teoría afirma que hay más de un significado para cada significante, por lo que no es posible obtener un único significado. En otras palabras, en cada lectura se genera una cadena de significados que le permite al lector interpretar una misma palabra o texto de diversas maneras, sin que ninguna de ellas sea inadecuada o errónea. El lector interpreta de forma subjetiva el texto: en el presente trabajo de investigación se intenta determinar, examinando ciertos elementos léxicos, la gama de posibilidades a las cuales dicho lector se podría enfrentar con el texto de llegada.

Si bien esta cadena de significados enriquece el texto mediante la gama de posibilidades para el lector, cada uno de ellos cumple una función determinada según el propósito de la traducción. La teoría de skopos permite establecer una meta en particular para el texto traducido, donde la generación de posibles significados se da en el contexto de la búsqueda de un efecto de antigüedad. Para lograr este efecto, se empleó un método bien conocido, el de incluir vocabulario que evoque el pasado, produciendo el “envejecimiento” del texto meta. En el presente análisis se intentará mostrar cómo funcionan.

Los elementos léxicos seleccionados consisten en sustantivos, adjetivos y verbos cuyos significantes permiten generar la cadena de significados antes mencionada. La categoría gramatical no es esencial para esta investigación, los términos se escogieron más bien según su capacidad para generar más de un significado posible, con lo cual surge un grado de ambigüedad, y por lo tanto, según las posibilidades de proporcionar más o menos historicidad al texto meta. Es decir, cada vocablo se analiza desde tres posibles niveles de significado:

1) actual, 2) contextual, y 3) histórico o en desuso. En la primera categoría (significado actual), el vocablo tiene un significado utilizado en la actualidad; es el significado común que maneja el lector fuera del texto. En la segunda categoría (significado contextual), el significado de la palabra se deduce a partir del contexto verbal o textual, sin que intervenga un plano temporal específico. En la última categoría (significado histórico o en desuso), se le atribuye a cada término un significado primitivo, común en la época en la cual se desarrolla la narración, por lo que en el contexto actual carece de fuerza. Este planteamiento surge como una forma de entender el concepto derridiano de “encadenamiento de significados”, de la siguiente manera: el significado actual es manejado sin problema por el lector contemporáneo debido a su uso rutinario. El significado contextual ofrece la información necesaria para encontrar el sentido dentro del texto, y el significado histórico se obtiene de diversas fuentes de referencia donde se ejemplifica su uso. Aunque el contexto le puede permitir al lector interpretarlo, la información es limitada si el lector desconoce que se trata de un término usado en otra época. Una vez establecidos los diferentes niveles de significado, se presentará el análisis respectivo de un grupo seleccionado de ejemplos que representan distinta capacidad para generar uno, dos o tres de los posibles significados. Para esta investigación se clasificaron los elementos léxicos en tres diferentes grupos según el criterio anterior:

- A) Elementos léxicos que encadenan los tres tipos de significado
- B) Elementos léxicos que solamente encadenan el significado contextual e histórico, mientras que el significado actual se descarta
- C) Elementos léxicos sin significado actual en uso

Se mostrará que cada uno de estos tipos produce mayor o menor efecto en el lector meta según su función dentro del texto. El primer grupo, al permitir los tres significados, provoca un efecto menor porque el significado actual limita el rango de ambigüedad. Aunque

el lector meta podrá encontrar vestigios de historicidad, el significado actual le impedirá interpretar el término como algo totalmente arcaizante, y por esta razón, el efecto será menor en comparación con los otros dos tipos. En el segundo tipo se descarta el significado actual pero se une el contextual con el histórico. De esta manera, la inexistencia de un significado actual intensifica el efecto de historicidad, mientras que la relación entre los otros dos significados (que podrían o no ser similares entre sí aunque con una ligera diferencia en cuanto a función) permiten una interpretación más variada, por lo que el efecto de historicidad es mayor que el del primer grupo. Finalmente, el último grupo implica un único significado que es el histórico, cuyo desuso en la actualidad eleva su “poder transportador” al contexto del siglo XIX. Por este motivo, las palabras de dicho tipo provocarían el mayor efecto de antigüedad del texto meta, pues su uso en la actualidad no es frecuente ni común; son palabras en desuso para las cuales los lectores de la época actual no tienen un significado.

Para el estudio de las palabras no se tomó en cuenta la localización del léxico; es decir, el uso de estos vocablos no se considera dentro de un espacio determinado (en este caso, América Central), sino que se estudiaron por su función dentro del plano temporal. Algunos provienen de raíces latinas y todos aparecen en los registros de la Real Academia Española. El significado actual, en efecto, se tomó de esta fuente primaria. Para obtener y corroborar el significado histórico de cada palabra, se acudió a diversas bases de datos relacionadas con palabras arcaicas o en desuso, como las páginas *Reserva de palabras* o el diccionario *Los santos*, entre otros. El análisis de este significado se basó en su comparación con el significado actual, obtenido del diccionario de la Real Academia española. Otros textos escritos a finales del siglo XIX se usaron como referencia para verificar su uso dentro del contexto establecido. El significado contextual se basó en la interpretación del contenido inmediato, sin recurrir a referencias externas. Para este tipo de significad, se analizó las posibilidades de concordancia

entre el significado histórico y una posible interpretación primaria por parte del lector meta. En algunas ocasiones el significado contextual se asemejaba más al significado actual, y en otras ocasiones concordaba con el histórico, lo cual indica que el conocimiento previo de la cultura general va de la mano con este tipo.

A continuación se presenta el análisis de algunos elementos léxicos según el nivel de historicidad que permite la cadena de significados para cada uno:

A) Elementos léxicos que encadenan los tres tipos de significado:

1. *Savageness* → **Barbarie**

T.O.: “They never wear war-paint or feathers, and the only indication of **savageness** is the long, cruel-looking 'machete'...” (48)

T.T.: “... y el único indicio de **barbarie** sería el largo machete de terrible apariencia, que siempre llevan consigo...” (37)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Barbarie	Actual: falta de civilización o cultura	} “Comportamiento cruel de gente inferior”	Colonial/ Moderno
	Contextual: violencia, crueldad		
	Histórico: carácter inhumano, animal, “incapaz de hablar”		

El término “barbarie” se usa en la actualidad de manera diferente (en el contexto actual, se usa para designar la falta de cultura o educación), pero en el pasado se utilizaba para designar un comportamiento salvaje o animal. En efecto, Antonio Batres en su obra *Cristóbal Colón y el nuevo mundo* usa la palabra “barbarismo” para referirse a los crueles actos

cometidos contra los indígenas por los conquistadores españoles cuando arribaron a América Central (126), los cuales incluían violaciones y matanza masiva. En el pasaje del texto original existe algún indicio de la percepción subjetiva de la autora original al expresar cierto rasgo característico de los grupos indígenas, pues parece tener una idea generalizada de que estos son salvajes por naturaleza, y que por lo tanto, originan miedo y aversión (quizá infundados). Se tiene la misma situación en el caso de los indígenas centroamericanos, como se puede apreciar en este comentario. Según el contexto, el machete constituía el único símbolo de crueldad en contraste con la apariencia de esas personas, y la autora se refiere precisamente a este contraste como resultado de su percepción de la cultura. Algunos extranjeros norteamericanos *podrían* tener una imagen estereotipada de los habitantes de países tercermundistas en especial durante épocas coloniales, por lo que en este contexto se da con frecuencia algún comentario u opinión parcializada en cuanto a los indígenas de América Central.

2. *Receive many callers* → **nos convidaban**

T.O.: “After Carnival we began to **receive many callers**, both Germans and Americans, particularly the latter, who were most glad to welcome some of their own countrymen.” (78)

T.T.: “Después del carnaval, tanto alemanes como estadounidenses (quienes se alegraban de dar la bienvenida a algunos de sus compatriotas) nos **convidaban** a pasar algún tiempo con ellos.” (68)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Convidar	Actual: ofrecer algo a alguien	} “recibir invitaciones para salir”	Colonial/ Moderno
	Contextual: invitar a participar de algo		
	Histórico: rogar a una persona a que le acompañe a participar de algo		

En la actualidad se usa el verbo “convidar” para referirse al hecho de compartir algo con alguien. En el siglo pasado, “convidar” se refería a pedirle a la persona que accediera a participar en algún asunto, que es precisamente lo que implica el pasaje. Batres menciona también esta palabra en su obra *Cristóbal Colón y el nuevo mundo* para describir cómo el encanto de una tierra nueva “invitaba” a los recién llegados a permanecer allí para vivir (98). De esta forma, el lector meta sentirá un efecto mayor de historicidad en comparación con palabras cuyo significado actual es prácticamente nulo, pero reconocerá que el significado es diferente por hallarse en otro contexto. A pesar de que aún se escucha en ciertas regiones de Costa Rica, por ejemplo, el verbo “convidar” no tiene el mismo uso ahora, pues no es común en conversaciones diarias en la época actual para referirse a la acción de invitar a alguien a realizar una actividad.

3. *Moved* → **Bogaba**

T.O.: “For the first afternoon and evening we were on the Mississippi, and the boat **moved** as quietly as if on a pond.” (20)

T.T.: “La tarde y noche primeras las pasamos navegando el Mississippi; el barco **bogaba** con mucha calma, como si navegara sobre un estanque.” (5)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Bogar	Actual: navegar remando	} “navegar por el río”	Colonial/ Moderno
	Contextual: navegar		
	Histórico: conducir una embarcación		

La palabra “bogar” no se usa frecuentemente en el español contemporáneo, pero su significado sigue vigente. Para el contexto en el cual se desarrolla la narración y según el significado antiguo mencionado en la RAE, este verbo implica el acto de navegar por el río, sin necesidad de ser una embarcación con remos. La embarcación a la que se refiere el texto era un vapor. Este matiz genera la sensación de antigüedad que se intenta dar al texto meta. La diferencia entre el navegar con remos y la acción de navegar per se es lo que otorga historicidad al pasaje, ya que al encadenar los tres significados, el lector podría interpretar la idea como una acción propia de la actualidad. Un pasaje de la obra de Batres en el texto *Cristóbal Colón y el nuevo mundo* muestra la frase “infelices bogas” para describir a los navegantes españoles que, estando en su barco, perdieron el camino en cierto momento de su viaje (69).

B) Elementos léxicos que solamente encadenan el significado contextual e histórico, mientras que el significado actual se descarta

1. *Bonanza* → **bonanza**

T.O.: “As far as we would observe, Carnival seemed here to amount very little, except a perfect '**bonanza**' for rude boys, [...] throwing at everybody indiscriminately, flour, eggs, paint, and showers from squirt-guns...” (75)

T.T.: “De cuanto pudimos observar, parece que al carnaval no se le daba mayor importancia excepto por los jóvenes maleducados que tuvieron una perfecta '**bonanza**', [...] y lanzaban de forma indiscriminada hacia los asistentes harina, huevos y pintura, y disparaban con sus pistolas de agua...” (67)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Bonanza	Actual: prosperidad; tiempo tranquilo en el mar; navegar con viento suave	Se descarta	Colonial/ Moderno
	Contextual: buen momento		
	Histórico: Caminar con felicidad en lo que se desea y pretende	“tener un momento para divertirse”	

“Bonanza” aparece en español en el texto original entre comillas, lo que permite pensar que la autora la usó con el significado que se le daba en dicha época y cultura. En la actualidad, “bonanza” significa “experimentar un período de prosperidad”, además de que sugiere momentos de serenidad al navegar. El contexto original no se refiere en absoluto a estas ideas, por lo que su significado histórico, es el que cumple con mostrar un efecto de

antigüedad en el texto, ya que el lector comprenderá que se trata de una connotación diferente de la que se da hoy.

2. *Called out* → **vociferó**

T.O.: “... and a new voice struck up in sharp falsetto key which banished all hope of sleep, and so exhausted my father’s patience that he **called out** the forcible English ‘Shut up!’ in stentorian tones.” (49)

T.T.: “... una nueva voz artificialmente alta que desterró toda esperanza de sueño, y cuando vio acabada su paciencia, **vociferó** en estentóreas notas y con contundente inglés ‘*Shut up!*’ (‘¡Cállense!’)”. (38)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Vociferar	Actual: Vocear o dar grandes voces; Manifestar ligera y jactanciosamente algo	Se descarta	Colonial/ Moderno
	Contextual: mostrar enfado		
	Histórico: gritar con enojo	“gritar con ira”	

En este ejemplo, el contexto indica que el personaje se expresaba con ira mediante ciertas palabras, por lo cual el significado actual no equivale al histórico. Según la RAE, el significado moderno corresponde al acto de hablar en voz alta sin incluir muestras de ira. En cambio, tomando en cuenta el significado contextual y el histórico se obtiene un efecto de antigüedad en el que se mezcla el hecho de estar enojado y el de gritar con fuerza determinadas palabras que denotan ira. Un ejemplo de ello es visible en la obra de Batres *Cristóbal Colón y el nuevo mundo*, en el cual se lee la expresión “la turba que vociferaba

rebelde...” (30), que narra un evento de ira por parte de un grupo de personas. El uso del verbo “vociferar” no es común ni frecuente en el contexto y cultura actuales, excepto si se trata de expresar una idea en sentido figurado.

3. *Performers* → **artistas**

T.O.: “Finally the gate opened and the company consisted of six **performers** on foot...” (83)

T.T.: “Por fin, las puertas se abrieron y aparecieron seis **artistas** de pie...” (74)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Artistas	Actual: persona que se destaca en alguna de las bellas artes	Se descarta	Colonial/ Moderno
	Contextual: participante de las corridas de toros		
	Histórico: persona habilidosa y diestra en algún campo	“Torero”	

Una traducción diferente para “*performers*” podría ser “actores”, pues cumple con referirse a una persona que intervendrá en determinada acción. Una opción más ambigua es “artistas”, la cual no se refiere directamente a un “matador” o a un artista como se conoce en el presente. La palabra “artistas” puede aludir a los “actores” del evento como personas muy hábiles para llevar a cabo una actividad peligrosa como lo son las corridas de toros. En este caso, el significado actual de este sustantivo, proporcionado por la RAE, no ofrece ningún acercamiento a la intención del mensaje, mientras que los significados histórico y contextual

cumplen con presentar un escenario donde la percepción que se tenía de estos hombres era precisamente su capacidad para maniobrar la situación en la que se enfrentan con el toro.

4. *Gesticulating* → **bufaban**

T.O.: “They were covered completely from head to foot with flour, water, [...], and, with coats off and fists doubled up, were **gesticulating** a torrent of angry words.” (83)

T.T.: “Estaban cubiertos, de pies a cabeza, de harina, agua y pintura extravagante, y sin sus abrigos puestos y con los puños doblados, **bufaban** enérgicamente”. (73)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Bufar	Actual: dicho de un animal, especialmente de un toro o de un caballo: Resoplar con ira y furor.	Se descarta	Colonial/ Moderno
	Contextual: mostrar ira		
	Histórico: dicho de una persona: manifestar su ira o enojo extremo de algún modo.	“Insultar”	

Dado que “bufar” se refiere en la actualidad más a animales que a personas, su significado actual (según el diccionario de la RAE) se descarta por no pertenecer al contexto en el cual se desarrolla la narración. En el pasado, “bufar” se usaba para designar la acción de sentir ira y expresarla por medio de palabras o gestos, pues se asociaba a esta manifestación la que la bestia expresaba mediante su resoplido. Cabe destacar que en el pasado se convivía más con animales como el toro y el caballo, por lo que la asociación entre ambos significados

resultó ser de uso común. Según el pasaje del texto, las personas que se expresaban así en ese momento lo hacían de manera iracunda y por medio de ciertas palabras que denotan insultos.

C) Elementos léxicos sin significado actual en uso:

1. *Being jeered at* → **mófanse**

T.O.: "...the men when together considering it a deep disgrace to use the language of the women; and if perchance one lets fall a word of the woman's talk, he **is greatly jeered at.**" (29)

T.T.: "Cuando los hombres se juntan se considera una vergüenza hablar el lenguaje de las mujeres, y si por ventura a uno de ellos se le escapa una palabra en el lenguaje de ellas, los demás hombres **mófanse** de él." (15)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Mofarse	Actual: en desuso en C.R.	} Ø	Colonial
	Contextual: burlarse		
	Histórico: Burla y escarnio que se hace de alguien o de algo con palabras, acciones o señales exteriores	} "Burlarse"	

El verbo "mofarse" carece actualmente de uso en Costa Rica aunque su significado no ha variado con el tiempo. En efecto, en el diccionario de la RAE se indica que este vocablo carece de uso frecuente en la actualidad. Según el texto original, se da una situación que provoca la burla entre los personajes, pero además hay cierta humillación implícita, por lo que los significados contextual e histórico juntos aportan el sentido de antigüedad que se busca.

Este vocablo, cuyo significado según la RAE es “hacer mofa”, se usaba con bastante frecuencia en tiempos anteriores en comparación con el uso que tiene ahora en nuestro país.

2. *Jaunty* → **Garboso**

T.O.: “... and the driver was a young ‘ladino,’ a happy-go-lucky, rather capable fellow, wearing clothes of an odd coarse cloth [...], which gave him rather a **jaunty** appearance.” (39)

T.T.: “... era un joven ladino, despreocupado pero ágil, que vestía un atuendo curioso y poco refinado, [...], lo cual lo hacía parecer más bien un joven **garboso**”. (26)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Garboso	Actual: en desuso en C.R.	} ∅ } “alegre”	Colonial
	Contextual: alegre, desenvuelto		
	Histórico: airoso, gallardo y bien dispuesto.		

El significado histórico de “garboso” se refiere a una persona “bien parecida”, en este caso, un hombre. Se descarta por completo su uso en el contexto actual de la sociedad por no proporcionar ninguna idea acerca de su implicación en el pasaje. Para poder deducir su significado dentro de la oración, es necesario recurrir al contexto. Dado que “garboso” se define en el diccionario de la RAE como “Airoso, gallardo y bien dispuesto”, este adjetivo se ajusta de manera apropiada al contexto histórico en que se desenvuelve la narración. La relación entre el adjetivo “garboso” y el atuendo que lucía el personaje para ser calificado como tal radica en que su vestimenta le daba la apariencia de una persona extrovertida, sin serlo necesariamente, de ahí el contraste por medio de la frase “lo hacía parecer más bien...”

3. *Rocking (of the ship)* → **Vahído**

T.O.: “The fourth day we were in the Caribbean Sea, and had a little respite from **rocking.**” (21)

T.T.: “Al cuarto día llegamos al mar Caribe, donde descansamos un poco del **vahído** causado por el movimiento del barco.” (7)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Vahído	Actual: en desuso en C.R.	∅ “Mareo por causa del movimiento del barco”	Colonial
	Contextual: mareo		
	Histórico: Desvanecimiento, turbación breve del sentido por alguna indisposición.		

Al traducir *rocking* como el “movimiento” o el “bamboleo del barco” se entiende que éste produce efectos físicos como el mareo. Si bien la palabra “mareo” cumple con especificar el tipo de reacción física que produce el movimiento del barco, es una palabra de uso común en la actualidad, carece de ambigüedad y no satisface el objetivo del trabajo. El mismo caso se da con las palabras “desmayo” y “desvanecimiento”, entre otros. Por otro lado, “vahído”, que según el DRAE significa “desvanecimiento o mareo momentáneo debido a una indisposición pasajera”, como información adicional mediante una palabra en desuso permite crear el efecto buscado. La palabra “vahído” en la actualidad carece de sentido porque se designa con otras palabras al efecto físico causado por el movimiento de un barco. Ésta se deriva de “vaguido” o “váguido”, y se define en la obra de Antonio Batres *Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala* como “mareo” (544). Batres indica que tanto su escritura como su pronunciación

se cambiaron desde la época de Cervantes. El nivel de antigüedad aumenta con el uso de esta palabra, a diferencia de cómo reaccionaría un lector si se propusieran opciones como “náuseas” o “mareo”, que son de uso común.

4. *Crowd* → **jarca**

T.O.: “‘Alick’ was an active colored boy of some fifteen years, and seemed to be the leader of this numerous **crowd**.” (23)

T.T.: “Alick” era un muchacho negro de unos quince años, y parecía ser el líder de esta numerosa **jarca**”. (9)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Jarca	Actual: en desuso en C.R.	} ∅	Colonial
	Contextual: grupo de personas		
	Histórico: grupo de amigos; gentecilla.	} “grupo de jóvenes”	

Históricamente, una “jarca” constituía un grupo de amigos y era muy común escuchar en personas mayores cuando se referían a los muchachos que andaban en grupos. En la actualidad, dicha palabra carece de sentido. Su significado histórico aparece, por ejemplo, en el diccionario español de *Los Santos*, de donde se tomó la palabra, y en la página *Reserva de palabras*, donde se ejemplifica dentro de un contexto. Es similar a “jaracatal”, que Batres define como “multitud” (Vicios 344), lo que podría relacionarse con una derivación que desemboca en significados similares a partir de palabras similares. Un lector actual difícilmente puede interpretar esta palabra sin la ayuda de un contexto. Según el pasaje del

texto original, la protagonista llega a tierras extranjeras donde ve aparecer, desde la distancia, un grupo de jóvenes al cual se refiere en inglés como *crowd*.

5. *Dream away* → **se embaen**

T.O.: “Unused as yet to the country and the natives, we foolishly asked, ‘What do people do here?’ and the answer was, ‘Nothing; they lie in the sun and **dream away** their lives.’” (31)

T.T.: “Nosotros, que aún no nos acostumbrábamos a esta cultura ni a los nativos, preguntamos ingenuamente: “¿Qué hace la gente en este lugar?”, y la respuesta obtenida fue: “Nada, yacen bajo el sol y **se embaen** soñando”. (18)

Término	Significados generados	Interpretación	Época
Embaír	Actual: en desuso en C.R.	∅	Colonial
	Contextual: no hacer nada		
	Histórico: entretenerse; perder el tiempo	“soñar despierto”	

El verbo “embaír”, proveniente del latín *invadēre*, significa según el DRAE “perder el tiempo, entretenerse”. Ha dejado de usarse en el contexto centroamericano en la actualidad, por lo que tiene carácter antiguo si se lee en algún texto. Con este verbo es posible para el público meta ubicarse dentro de un contexto histórico particular que data de épocas anteriores al no estar familiarizado con el vocablo. Dicho significado aporta un alto nivel de envejecimiento del texto por corresponder a un verbo actualmente en desuso. Al unir los significados contextual e histórico se enriquece el contenido, ya que el lector meta podrá

identificar el mensaje por el contexto y a la vez será capaz de identificar un sentido histórico que va más allá del contexto actual.

Los ejemplos estudiados muestran la interacción entre los diferentes significados atribuidos a cada palabra. Se puede observar que entre menos niveles se encadenen, mayor será el carácter histórico de la palabra. Por el contrario, a mayor cantidad de significados entrelazados, menor efecto arcaizante tendrá ésta. El encadenamiento es necesario para que se forme la idea de ambigüedad, que a su vez genera las variadas interpretaciones por parte del lector. La relación entre el significado actual y el histórico determina la intensidad del efecto deseado. Si el significado actual no corresponde al histórico, el carácter arcaizante de la palabra tiende a aumentar por la falta de ambigüedad. Si el significado actual equivale al histórico en términos de uso, el efecto de historicidad disminuye; esta situación implica que la palabra tiene cierto uso en la actualidad y que la ambigüedad generada sería insuficiente para crear el efecto deseado. El papel del significado contextual está ligado a un escenario en el que el lector meta ignora al menos el significado histórico, lo cual puede también producir ambigüedad al interpretar el texto. En general, la interacción entre niveles de significado establece la mucha o poca ambigüedad generada según los niveles que interactúen, y cada uno de estos encadenamientos produce una intensidad diferente en el efecto buscado.

Conclusiones

El efecto arcaizante de ciertos elementos léxicos puede atribuirse a la interacción entre los diversos niveles de significado de cada elemento. Este efecto se explica desde la perspectiva que ofrecen las teorías de la deconstrucción y del funcionalismo, ya que cada una aporta una base específica para el análisis. En efecto, la cadena de significados, como concepto fundamental de la deconstrucción, explica la existencia de una cantidad infinita de interpretaciones para cada elemento. La teoría de *Skopos*, por su parte, explica el empleo de este recurso a partir del propósito del texto traducido y lo que se pretende proyectar en el texto meta.

A continuación, las conclusiones obtenidas en este estudio:

1. El uso de palabras cuyo significado está en desuso total o parcialmente en Costa Rica pueden crear en el lector meta la sensación de leer un texto antiguo.
2. Este efecto se crea mediante la cadena de significados que la palabra genera, ya que la variedad de estos permite al lector identificar una o varias interpretaciones de la cuales una en específico consiste en el significado histórico que pretende crear el efecto. Además de la existencia de las cadenas de significados como mecanismo para crear el efecto de historicidad, el estudio también reveló que este efecto aumentará cuanto menos niveles entrelazados de significado tenga la palabra.
3. El estudio reveló tres diferentes niveles de significado cuyo entrelazamiento genera el efecto antes mencionado, y que el lector manejará según el conocimiento del mundo que posea al momento de la lectura: a. Actual, b. Contextual, c. Histórico o en desuso.
4. Aunque el efecto depende del conocimiento previo del lector meta, el propósito para la traducción es el mismo: crear el efecto sea éste comprendido o no durante el proceso de lectura.

5. La intención de la traductora se mantiene en primer plano porque sin el propósito inicial de crear determinado efecto, la traducción sería diferente.

Cabe resaltar que el efecto esperado es válido bajo una de dos condiciones: a. Que el lector meta conozca la palabra que se ha seleccionado deliberadamente, y reconozca que se trata de un término “arcaico”. b. Que el lector desconozca la palabra del todo; en este caso, el resto de las palabras “agentes” que forman una cadena dentro del tejido textual le proporcionan la pista para ubicarla como otro portador de historicidad. Si esto no sucede, el lector simplemente ignorará este elemento. Ambas condiciones surgieron como parte de los posibles escenarios dentro de una situación traductológica en la que la hipótesis no plantea evaluar el alcance de la traducción en el lector meta.

El método de introducir palabras “arcaizantes” en el texto para crear historicidad es el más común para traducir textos históricos. Esta investigación no persigue establecer un método específico de traducción, sino que busca explicar cómo y por qué éste funciona para cumplir determinado propósito. De acuerdo con el análisis, la variedad de significados que pueden crearse a partir de una palabra, están ligados a la subjetividad del lector meta y al efecto deseado de la traducción.

El estudio de estas palabras como agentes portadores del sentido histórico indicó además que sus diferentes niveles de significado interactúan de forma que puede crearse un mayor o menor efecto según los tipos de significado que se entrelacen. Para lograr un efecto de historicidad mayor, debe existir la mínima interacción entre los significados actual e histórico, ya que por sí solo, el significado histórico es capaz de intensificar el efecto, mientras que el significado actual le resta valor si se considera su vigencia en la actualidad. De ahí que la ambigüedad producida por esta interacción demuestra que toda traducción es

deconstrucción, ya que la cadena de significados equivale a infinitas interpretaciones de un vocablo.

Bibliografía

Estudios traductológicos

Acosta, Florizul. “Documentos relativos a la Guerra Nacional de 1856 y 1857 con sus antecedentes Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, de Manuel Jiménez y Faustino Víquez: Traducción del discurso arcaizante”. Trabajo final de graduación para aspirar al grado de Magíster en Traducción Inglés–Español de la Universidad Nacional. 2007. Impreso.

Gutiérrez, Laura. “*Communication between Cultures*”, de Larry A. Samovar, et al.: *adaptación metalingüística e ideológica en un texto cultural*. Trabajo final de graduación para aspirar al grado de Magíster en Traducción Inglés–Español de la Universidad Nacional. 2006. Impreso.

Mora Meléndez, María Gabriela. *La neutralización y la conservación: sistemas de traducción para un texto de importancia histórica*. Trabajo final de graduación para aspirar al grado de Magíster en Traducción Inglés–Español de la Universidad Nacional. 2009. Impreso.

Rodríguez, Silvia. *Una colección de documentos sobre las relaciones económicas entre los Estados Unidos y Centroamérica*. Trabajo final de graduación para aspirar al grado de Magíster en Traducción Inglés–Español de la Universidad Nacional. Impreso.

Soto, Jeannette. *Un traductor desconocido: Ricardo Fernández Guardia*. Trabajo final de graduación para aspirar al grado de Magíster en Traducción Inglés–Español de la Universidad Nacional. 2011. Impreso.

Libros de referencia

Derrida, Jacques. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971. Impreso.

Gentzler, Edwin. *Contemporary Translation Theories*. Nueva York: Routledge, 1993.

Impreso.

Nord, Christiane. *Text Analysis in Translation. Theory, Method, and Didactic Application of a*

Model for Translation-Oriented Text Analysis. Nueva York: Rodopi, 2005. Impreso.

Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1945. Impreso.

Vermeer, Hans, Katharina Reiss. *Fundamentos para una teoría funcional de la traducción*.

Madrid: Akal, 1996. Impreso.

Artículos en línea

Celestino Solís, Eustaquio. “La traducción de textos históricos en Nahuatl”. *CIESAS*. s.f. Web.

Nov. 2012.

Huamán, Miguel Ángel. “Claves de la deconstrucción”. *Universidad Nacional Mayor de San*

Marcos. 2006. Web.

Karoubi, Behrouz. “Ideology and Translation with a Concluding Point on Translation

Teaching.” *Translation Directory*. Islamic Azad University. 2003-2012. Web.

Luxán Hernández, Lía de. “Hacia una teoría particular de la traducción histórica. Reflexiones

sobre una investigación en curso”. *aietics2011*. Universidad de Las Palmas de Gran

Canaria. Ene. 2011. Web. Nov. 2012.

Peretti, Cristina de. “Deconstrucción”. *Diccionario de Hemenéutica. derridaencastellano*.

Universidad de Deusto. 1998. Web.

Reyes García, Everardo. “Breve introducción a Jacques Derrida y la deconstrucción”.

Hipercomunicación. 2005. Web.

Vargas Gómez, Francisco. “Deconstruyendo la originalidad y la autoría: la de-construcción

del traductor "no literario" como orquestador/autor de los textos traducidos”. *Letras*

1.41 (2007): 41-68. Web. Marzo 2012.

Textos comparables

Batres Jáuregui, Antonio. *Cristóbal Colón y el nuevo mundo*. Guatemala: Encuadernación y Tipografía Nacional, 1893. Impreso.

Batres Jáuregui, Antonio. *Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala*. Guatemala: Encuadernación y Tipografía Nacional, 1892. Impreso.

Irisarri, Antonio José de. *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran mariscal de Ayacucho*. Editorial América, 1846. Impreso.

Diccionarios y bases de datos

Acanomas.com. Acanomas Networks. 1999. Web. Marzo 2012.

Cambridge Dictionaries Online. Cambridge University Press, 1999. Web. Marzo 2012.

Diccionario de la Real Academia Española. Web. Marzo 2012.

Linguee. Linguee GmbH, 2009. Web. Marzo 2012.

Manzano Mesón, Ángel. “Palabras antiguas o arcaísmos”. *Los Santos*. 10 julio 2000. Web. Marzo 2012.

Martínez Redondo, Fabián. “Glosario de palabras”. *Villa Rubia de los Ojos*. 2002. Web. Marzo 2012.

“Palabras en desuso y extrañas del español”. *Taringa*. Wiroos. Web. Marzo 2012.

Quesada Pacheco, Miguel Ángel. *Nuevo diccionario de costarriqueñismos*. 3ª ed. 2007. Impreso.

Reserva de palabras. Escuela de Escritores de Madrid, 2007. Web. Marzo de 2012.

TheFreeDictionary. Farlex. Web. Marzo 2012.

Word Magic Soft. Word Magic Software, 1998. Web. Marzo 2012.

Word Reference. 1999. Web. Marzo 2012.

**APÉNDICE:
TEXTO FUENTE**